

OBRA REUNIDA

Gabriela

3

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

OBRA REUNIDA

Gabriela Mistral

SELECCIÓN E INVESTIGACIÓN

Gustavo Barrera Calderón / Carlos Decap Fernández
Jaime Quezada Ruiz / Magda Sepúlveda Eriz



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE



BIBLIOTECA
NACIONAL
DE CHILE

OBRA REUNIDA DE GABRIELA MISTRAL

© Ediciones Biblioteca Nacional de Chile, 2025

Primera edición: diciembre de 2019

Segunda edición: noviembre de 2025

ISBN Obra Reunida: 978-956-244-646-4

ISBN Tomo 3: 978-956-244-647-1

Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

Carolina Arredondo Marzán

Subsecretaria de las Culturas y de las Artes

Jimena Jara Quilodrán

Subsecretaria del Patrimonio Cultural

Carolina Pérez Dattari

Directora Servicio Nacional del Patrimonio Cultural

Nélida Pozo Kudo

Directora Biblioteca Nacional de Chile

Soledad Abarca de la Fuente

OBRA REUNIDA

Gabriela

3

POESÍA

*

Mistral

EDICIONES
BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Í N D I C E

Prólogo	15
<i>Gabriel Boric Font</i>	
Palabras preliminares	18
<i>Carolina Arredondo Marzán</i>	
Recado ciudadano	20
<i>Fernanda Pizarro Urrutia</i>	
P O E M A D E C H I L E	25
Prólogo de Jaime Quezada	27
Al lector, Doris Dana	37
Hallazgo	41
En tierras blancas de sed	45
Noche de metales	49
Cobre	51
Atacama	52
Aromas	54
Canción de cuna del ciervo	55
Emigración de pájaros	57
Viento norte	60
La chinchilla	62
Montañas mías	65
A veces, mama, te digo	66
Animales	68
Valle de Elqui	71
El cuco	75
Huerta	77
Pascua	80
Tordos	81
Anochecer	83
Despertar	84
El mar	85

Concón	88
Valparaíso	90
Palmas	91
Palmas de Ocoa	94
Alcohol	96
Monte Aconcagua	97
Mancha de trébol	100
Valle de Chile	101
Jardines	102
Flores	103
Alamedas	118
Luz de Chile	119
Manzanos	121
Salvia	123
Manzanillas	125
La ruta	128
La cordillera	134
La malva fina	139
Raíces	142
Perdiz	144
Castañas	152
Mariposa	154
El maitén	156
Garzas	157
Frutas	158
Frutillar	160
Chillán	163
Boldo	167
Noche andina	169
Constelaciones	171
La tenca	173
Campesinos	176
Reparto de tierra	178
Fuego	180
A dónde es que tú me llevas	184
Tomé	186

Talcahuano	188
Concepción	189
Bío-Bío	190
Linar	194
Cormoranes	196
Araucanos	197
Copihues	200
Helechos	204
Piedra de la amistad	206
Volcán de Villarrica	207
Araucarias	212
El musgo	214
Cisnes (en el lago Llanquihue)	215
Selva austral	219
El mar de Chiloé	224
Niebla	227
Patagonia	230
La hierba	232
Islas australes	236
Despedida	237
ANEXOS	239
ANEXO I	
Tierra de Chile: poemas y textos en prosa	241
Salto del Laja	245
Salto del Laja	247
Bío-Bío	249
Bío-Bío	251
Volcán Osorno	253
Volcán Osorno	255
Lago Llanquihue	257
Cuatro tiempos del huemul	259

ANEXO II

<i>Poema de Chile en el Legado Gabriela Mistral</i>	265
Recado sobre un viaje imaginario	269
Desierto	271
Atacama II	272
Mineros	273
Encuentro con el ciervo	275
Arcángel del cobalto	277
Chinchilla	281
Valle de Elqui	284
Camino a Montegrande	286
Mi aldea	288
Devuelta a la tierra de mi cruz	290
A unos niños del valle de Elqui	291
Salvia elquina	292
Flor de san Juan	294
Hiedra	298
Canción del buen sueño	299
Canción de cuna del huemul	300
Otra canción de cuna para dormir al huemul	301
Hombres de Chile	302
Geografía	308
Valle central	309
Álamos	310
Viento	312
Trigo de Arauco	314
Espiga	316
La parva	317
Malleco	319
Ya nos vamos allegando	320
Misioneros	322
Volcanes	323
Valdivia	324
Lagos	325
Chile al pecho	327

Magallanes	328
Patagonia II	331
Si cualquier día me callo	332

ANEXO III

<i>Algunas versiones del Poema de Chile</i>	335
---	-----

Valle de Elqui	339
Alamedas	342
Palmas de Ocoa	343
Cordillera	345
Tomé	349
Talcahuano	350
Linar	351
Mar de Chiloé	353

L A G A R I I

Nota introductoria de Carlos Decap	359
------------------------------------	-----

D E S V A R Í O

Convite a la danza	367
La llama y yo cambiamos señas	369

J U G A R R E T A S

Balada de mi nombre	373
Hace sesenta años	374
La paloma blanca	376

L U T O

Mi artesano muerto	381
Lugar vacío	385
La liana	388

Ruta	391
El viento oscuro	393
Cuando murió mi madre	395
LOCAS MUJERES	397
Antígona	399
La cabelluda	401
La contadora	405
Electra en la niebla	408
Madre bisoja	413
La que aguarda	416
Dos trascordados	418
La trocada	419
NATURALEZA	421
Monte Orizaba	423
Golondrinas del yodo	426
Lavanda argentina	428
Montaña y mar	430
Raíces	432
Reseda	434
El santo cactus I	436
El santo cactus II	438
El mar I	440
El mar II	443
Montañas	448
NOCTURNOS	449
Nocturno I	451
Nocturno II	452

OFICIOS	455
Aserradero	457
Altos hornos	459
Recado sobre una copa	461
RELIGIOSAS	463
Arcángeles	465
Espíritu Santo	467
La remembranza	469
Vine de oscura patria	472
Pascuas	473
Padre veedor	475
Acción de gracias	477
RONDAS	479
Ronda del azúcar	481
Ronda de la zafra	484
Ronda de las manzanillas	485
Ronda del mar	488
Ronda de la hierba	489
Ronda de la creación	491
Vamos a bailar la ronda	492
VAGABUNDAJE	493
La gruta	495
Despedida de viajero	497
Un extraviado	499
El huésped	502
Canción de las niñas catalanas	504
Poema de los hebreos	505

TIEMPO	507
¿A qué?	509
El tiempo	511
INVITACIÓN A LA MÚSICA	513
Invitación a la música	515
DE PUÑO Y LETRA	521

PRÓLOGO

“A mí me gusta la historia de Chile como un oficio de creación de patria” escribió Gabriela Mistral, como previendo su permanente deseo de pertenecer, retornar a su valle natal y hacer del mundo un lugar al que humanizar. Entre montañas, estrellas y ríos, Montegrande fue su “patria chiquita” y uno de sus primeros y últimos amores. En parte por eso, llevará consigo una bolsita con un puñado de tierra del Valle del Elqui en su peregrinaje.

¿Se habrá imaginado esa pequeña Lucila entre cantos y huertas, que se transformaría en 1945 en la primera persona latinoamericana en recibir el Premio Nobel de Literatura y la novena mujer del mundo en ser reconocida en todas sus categorías?

En el aniversario de los 80 años del Premio Nobel de Gabriela Mistral queremos que sienta a su propia patria cerca, acompañándola en un viaje épico donde la Academia Sueca reconocerá que su poesía lírica está “inspirada en emociones poderosas” y “ha hecho de su nombre un símbolo de las aspiraciones idealistas de todo el mundo latinoamericano”.

En esta ocasión, hemos querido reconocer la posibilidad que *Obra Reunida* abrió a la investigación, la creación artística y, especialmente, al cariño del pueblo de Chile por Gabriela Mistral. Esta reedición ciudadana incluye una nueva dimensión: la huella que la lectura de sus ocho tomos ha dejado en escuelas, bibliotecas, la cultura y las instituciones que custodian su legado, expresada en recados escritos por diferentes generaciones y lugares de Chile.

La *Obra Reunida* nunca será completa por su vastedad y multiplicidad enciclopédica. Recoge transcripciones, manuscritos de su puño y letra, mecanografiados, con notas en los bordes, borrones y otras marcas que trazaba Gabriela Mistral mientras escribía en una tabla de madera sobre sus rodillas. Estas son solo una muestra de los más de 18 mil documentos y objetos personales que fueron donados por Doris Atkinson el año 2007 a la Biblioteca Nacional de Chile y al Museo Gabriela Mistral de Vicuña.

Entre sus fondos, hay un borrador de lo que póstumamente se publicará como *Poema de Chile* en el que se lee “¿Qué será de Chile en el cielo?”, pregunta que inspira esta conmemoración. Desde la lejanía, su imaginación fraguaba una epifanía que nunca la dejó en paz y que siguió construyendo, porque, como ella decía, “nuestra obligación primogénita de escritores es entregar a los extraños el paisaje nativo”.

Su viaje no es solo a pie, en trenes, barcos o aviones, también es cantando a Chile. Rememora, estudia e inmortaliza el aroma de la manzanilla y el vuelo de los cisnes de cuello negro; los pueblos pequeños y las gradas de la catedral capitalina; los choapiños clásicos de la Araucanía y la gente que labra con sus manos, sobre todo, el pan, la greda y la tierra.

En cada poema, en cada recado, en cada ensayo, en cada decálogo o epístola, Mistral escribió sobre lo imprescindible: la libertad, la educación, los derechos humanos, los afectos, la paz, la cultura y la justicia. En su obra también dio voz al mundo campesino, la infancia, las mujeres, los pueblos originarios y otros protagonistas cuya historia aún no alcanzaban las portadas.

“Es sobria y simple, como un mármol clásico” declaraba sobre su Chile, como si escribiera de ella misma. Sencilla, soberana, alegre y triste, sus letras nos cuentan de un vuelo que emprendió más como huemul que cóndor, sin olvidar nunca que “La patria es el paisaje de la infancia”.

“Un Nobel al pueblo” escribió Gabriela Mistral en su testamento y en este aniversario, su patria se une de norte a sur, atravesando cordilleras, valles y costas para rendirle un homenaje y recordar que es la “Hija de la Democracia chilena”, como conmovida declaró al recibir el Nobel un 10 de diciembre de 1945 y nos recuerda desde su dedicatoria de *Desolación* a Pedro Aguirre Cerda y Juana de Aguirre Luco, por “la hora de paz que vivo”.

¿De dónde viene Gabriela? ¿De Vicuña, Montegrande, Los Andes, Punta Arenas, Temuco? ¿De México, España, Italia, Brasil, Estados Unidos? ¿De los niños, de los indios, de los estudiantes? ¿De la Biblia, de la muerte, de la pena?

Gabriela Mistral viene de la tierra, y es humanidad. Seguir su recorrido físico es viajar a través de Chile y el mundo a través de la palabra y el amor, pero también de la preocupación por los destinos de una civilización con valores en disputa, de la que ella se hizo parte en su época desde el humanismo universal que siempre cultivó.

Esta edición de parte de su obra hasta ahora inédita nos trae al presente la fuerza de la ética, en tiempos en donde el viaje de Gabriela se vuelve una vez más refugio de esperanza frente los vaivenes del mundo.

Gabriel Boric Font
Presidente de la República de Chile

Con la reedición de esta obra reunida de Gabriela Mistral, celebramos un acontecimiento que vuelve a situar su palabra en el centro de nuestra vida social y cultural. Cada página aquí contenida, al ser nuevamente convocada en este volumen, confirma la vigencia de un pensamiento y de una sensibilidad que no se agotan en su tiempo, sino que continúan proyectándose hacia el futuro.

En la historia, los libros han sido siempre más que un objeto: han sido vehículos de identidad, de diálogo y de encuentro. Esta nueva edición se inscribe en esa tradición y la renueva, al ofrecer a la ciudadanía la posibilidad de reencontrarse con la obra reunida de Gabriela Mistral, cuya voz mantiene intacta su capacidad de iluminar los desafíos del presente y de abrir caminos hacia el futuro.

El año 2025 ha sido una oportunidad de celebrar nuevamente todo ese legado, en el contexto de la conmemoración de los 80 años de la obtención del Premio Nobel de Literatura. Un acontecimiento que la convirtió en la primera persona en Latinoamérica y en la única mujer hasta ahora de la región en recibir este importante reconocimiento.

Como Estado y Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio celebramos este hito no solo por nuestra convicción de que la instituciones y la sociedad debe reconocer a una de nuestras más grandes creadoras, sino también por la continuidad de nuestra memoria colectiva y la dignidad de quienes habrán de recibirla y enriquecerla con nuevas lecturas. Esta reedición no es únicamente una compilación de textos: es también un acto de reconocimiento y de con-

fianza en la capacidad de la cultura para transformar y dar sentido a la vida en común.

Espero que estas páginas de Gabriela Mistral puedan ser leídas hoy con el mismo espíritu con que fueron concebidas: como una invitación a pensar, a recordar y a proyectar, con la certeza de que en su palabra encontramos siempre la fuerza necesaria para enfrentar el presente y construir el porvenir.

Carolina Arredondo Marzán
Ministra de las Culturas, las Artes y el Patrimonio

RECADO CIUDADANO

GABRIELA Y YO

Nací en el Valle del Elqui, en la comuna de Vicuña, vivo en un pequeño pueblo llamado Chapilca. Mi nombre es Fernanda Pizarro. Al igual que Gabriela Mistral, siento un amor profundo por la tierra y la gente que la habita. Chapilca es un lugar mágico donde la naturaleza es mi mejor amiga. Me gusta explorar los cerros y los campos, y sentir el sol en mi cara. La poesía de Gabriela Mistral es como un reflejo de mi propia alma. Ella también amaba la naturaleza y la vida en el campo.

Me siento conectada a ella y a este lugar que me vio crecer. Me gusta jugar con los niños pequeños y ver cómo descubren el mundo. Es como si estuvieran viendo todo por primera vez y eso me hace sentir viva. Quiero ser como Gabriela Mistral, que usó su poesía para hacer que las personas se sintieran vistas y escuchadas. El Valle del Elqui es un lugar especial, donde la naturaleza es nuestra compañera constante. Me siento afortunada de poder vivir aquí y de poder inspirarme en la belleza que me rodea. Quiero seguir explorando y descubriendo todo lo que este lugar tiene que ofrecerme.

Es tan conmovedor ver, a lo largo de los años, como se reconoce en el país y en el mundo sus obras, el cómo llegaron sus letras a personas que están en otros continentes. Es un orgullo ver como ella dio a conocer toda la cultura de nuestro valle, sus tradiciones y la belleza de su geografía al resto de Chile y al mundo.

Ella es un ejemplo a seguir y es una inspiración para muchos niños, niñas y jóvenes que deben siempre salir a delante, porque se puede. Así como lo hizo ella, con su humildad y entrega logró dar a conocer su corazón y nobleza propios de una mujer de pueblo.

Siempre me he preguntado ¿Cómo logró llegar tan lejos? Cruzó fronteras y se quedó en todos los lugares del mundo que conoció a lo largo de su vida, donde entregó muchos aprendizajes y dejó legados para todas las personas del mundo. Ojalá muchos jóvenes y las generaciones que vienen consideren el ejemplo de vida que nos entregó Gabriela Mistral, es decir, lo que logró hacer a lo largo de su carrera y en su vida.

Al igual que ella, yo espero tener, ser y entregar a esta vida un legado, con humildad, y cumplir mis sueños.

Fernanda Pizarro Urrutia
Estudiante Colegio Leonardo Da Vinci de Vicuña

PRÓLOGO

Chile, el “país inédito” como lo llamará en sus permanentes conferencias por el mundo, constituye intenso y cotidiano tema en el vivir y en el pensar de Gabriela Mistral. Y no a la manera “de hacer fervorosa patria ciudadana”, sino en evocación y escritura rescatadora y reflexiva de su esencialidad misma, sin metáfora ni alegoría alguna. Tanto en su deslumbradora poesía como en su rotunda prosa, la autora define y conceptualiza lo geográfico y lo humano de la tierra natal, desde un recado sobre la cordillera andina a una estampa sobre la araucaria, desde un floral motivo sobre el copihue a un recado sobre el huemul, o desde un recado sobre la chinchilla a un texto sobre el tordo elquiño. Y, en fin, nada dejó sin tocar en una revivida naturaleza chilena, esa “naturaleza que nos sustenta y nos enseña”, y en la cual se fundamenta lo esencial de su escritura.

Así, el territorio, la geografía, las materias que la pueblan, o bultos corporales, serán su modo de mirar, pensar y contar la patria. La importancia de lo geográfico se unirá a lo social e irrevocablemente al todo en reflexiva conciencia recreadora. También sus mujeres y sus hombres en sus oficios de creación; y aquellas gentes tantas en sus Efigenias, Rosalías, Soledades o Lucilas; o Juanes y Pedros cosecheros, mineros o pescadores, que hacen su ciudadanía más allá de sus telares, de sus artes y de sus afanes cotidianos: “Bueno es espigar en la historia de Chile los actos de hospitalidad, que son muchos; las acciones fraternas, que llenan páginas olvidadas”. Mirada sensitiva que anda buenamente en el trasluz de este gran texto póstumo.

Si el proceso poético de Gabriela Mistral es a través de *Desolación*, *Ternura*, *Tala*, *Lagar*, siempre sorprendente y asombroso, no lo es menos en este mismísimo *Poema de Chile*, tan notable de escritura y tan revelador en el tratamiento de sus temas. Libro en el cual están, por cierto, los vitales temas que tanto importaron a la autora: la vida y la tierra, lo social y lo indígena, los asuntos ciudadanos y la naturaleza, lo geográfico y las artesanías (“criollas y araucanas”, dice ella), los mitos y costumbres, el folclor, su país todo, que hoy nos resulta una suerte de reencuentro con un Chile propuesto por ella en su tipificadora escritura recadera.

Y no solo el paisaje de manzanos en flor o de soberbios ríos o de aves cantoras en pastoriles valles que tienen, sin duda, su esplendorosa y admirativa presencia. Igual el paisaje de lo resueltamente humano y fervoroso en “Campesinos”, “Reparto de tierra”, “Araucanos”, poemas reveladores de bravas pasiones mistralianas. Así sea su temprana y activa defensa de la tierra y sus seres o criaturas que la habitan: “Palma chilena”, “Emigración de pájaros”, “Cisnes en el lago Llanquihue”. Y, en fin, una poeta que no canta recordando, “sino que canto así, vuelta tan solo a lo venidero”.

Originalmente este libro se publica de manera póstuma (Barcelona: Editorial Pomaire, 1967), diez años después de la muerte de la autora. Sin embargo, Gabriela Mistral trabajó en este extenso proyecto a lo largo de varias permanentes décadas de su vida. Se diría que tan pronto recibió el Premio Nobel de Literatura en 1954, y aun antes, hacia las postrimerías de la publicación de *Tala* (1938), se dedicó a testimoniar poéticamente su apego al país natal con la escritura diaria en torno a este libro que de “Recado sobre Chile”, en sus inicios, en algún momento quiso llamarlo “Viaje imaginario por Chile”. Y eso precisamente,

y de buenas a primeras, pareciera ser el *Poema de Chile*, en el sentido de que su autora, protagonista y personaje de la obra, recorre el territorio más allá de todo tiempo y toda época como una sonámbula o fantasma, o mujer trascordada.

Durante todos esos años de oficiosa y casi obsesiva escritura, Gabriela Mistral se desvivió en afanes lecturales e investigativos acerca de su geografía, de mar a cordillera y de desierto a Patagonia. O en los oficios varios de sus gentes: pescadores, mineros, artesanos, hortelanas. Y para ello buscó cuanto texto le fue posible consultar, ya revisando y recordando en lo posible su propia y misma memoria vuelta de sus idas y venidas por el país patrio, o ya solicitando a sus relaciones amigas libros de botánicas y zoologías (sobre todo acerca del ciervo o huemul, “personaje central de mi poema”), además de todo dato posible de tal o cual “hierbecita loca” de los campos. Este afán investigativo o de averiguación y de estudio previo indica que Gabriela Mistral no tuvo atarantamiento alguno en la escritura de su magno proyecto poético, sino más bien exigiéndose una rigurosidad y una acuciosidad en torno a la materia de su escritura.

A través de sucesivas cartas de años varios, y desde lugares diversos del mundo, este libro encuentra el desarrollo de su génesis y su visible derrotero: “Estoy escribiendo un poema largo sobre Chile, que se llama *Viaje imaginario*. Va en 70 estrofas y sé que falta allí mucho que añadir de orden descriptivo, pero no debo alargarlo mucho más, sino solamente corregirlo y ratificar algunos datos de la tierra austral que tengo borrados en mí. Dejo ahí, en los versos, contado el territorio en la medida de lo que sé y de lo que puedo” (Monrovia, California, marzo de 1946).

Y en otra carta fechada en Nápoles, en 1951: “Yo sigo en ese trabajo del poema descriptivo de Chile. Y nadie de allá me ayuda. Y lo que pido es sencillo y poco. Pido datos de hierbas y pastos chilenos. Pido algo sobre las minas. No consigo nada sobre el cobalto, por ejemplo, esa preciosidad que Dios nos dio. Pido datos de animales que no sean los vulgares: pájaros y bestezuelas”. También desde Rapallo, Italia, en 1952: “Ese *Recado sobre Chile* me exige, ¡ay!, mucha lectura. Nuestra gente o no hace ciencia o la hace a lo bizco: en tres librotos franceses e italianos persigo a mi huemul. No está. Solo aprendo la vida de los ciervos en general. Me gusta mucho leer ciencia: es la fiesta de mi vejez. Hago encargos: datos sobre el huemul. No he logrado nada científico de veras sobre el huemul. Costumbres y descripción del animal un poco minuciosa. Es el personaje central de ese poema mío. Y tengo librotos de zoología. Tratan solo los ciervos europeos. Y él es otra cosa”.

E, incluso, en un emotivo saludo mensaje al regreso al país después de 15 años de ausencia, dirá: “Yo quisiera subir hacia mi valle de Elqui y bajar hasta mi Punta Arenas. Es este un deseo, pero además una deuda. De paso por las provincias del sur, y por la mía, me será muy grato conversar con mi gente y recoger el material que me falta sobre la flora chilena en un largo poema sobre Chile. Nada más voy a pedir” (Santiago, septiembre de 1954).

Sin embargo, y de regreso a Nueva York, y aún con mucho de ese material de flora y fauna en sus carpetas, no alcanzaría a concluir su cada vez más extenso libro, ni siquiera a ordenarlo texto a texto de manera definitiva. Su precaria salud se resentía aceleradamente, aunque nunca dejó de lado ese seguir viajando en su escritura por su tierra. Meses antes de su muerte y en carta a su leal amigo, el escritor

mexicano Alfonso Reyes, le dice: “Ahora, escribiendo estrofas de mi *Recado sobre Chile*, huelo en el aire frío, atrapo sobre el frescor de la nieve, un aroma que llega roto por los pinares, y en el que reconozco, pobre de mí, las manzanas que mi madre ataba para sus infusiones”.

En esta obra, y después de todo, está Gabriela Mistral en su vivir y su desvivir, desvelándose, sonámbula o fantasma, por las realidades e identidades, los sueños y las geografías del país natal, y en ese humano bien mirar y ese bien pensar el territorio: “Me voy por el cuerpo de Chile, doy vida y voluntad mías”. En este acercamiento revelador de lo propiamente nacional, Gabriela Mistral trata, con fervor y con pasión, y a su vez con mirada crítica y veraz, todos aquellos asuntos: sociales, educacionales, mujeriles, agrarios, indigenistas, ecológicos, que fueron siempre sus materias y sus afanes, sus desvelos y sus rezongos permanentes. Asimismo, y muy fundamentalmente, los elogios de las cosas de Chile: cordillera, mar, flora, fauna, lenguaje, costumbres, folclor, artesanías, que en sus textos poemáticos adquieren categoría de valoración y de respaldo de una nacionalidad. Mitos y creencias de una identidad perdida o no asumida. Esto es, redescubrir un país en su amplia y humana relación de lo chileno y valorarlo bellamente en su dimensión geográfica, en su dimensión económica y en su dimensión moral.

Esta casi siempre permanente y novedosa obra viene a testimoniar además la verdadera y vivísima relación que Gabriela Mistral tuvo con lo real y lo genuino, lo criollo y lo autóctono de nuestra tierra. Abundan en estos poemas, tan expresivos de forma y de fondo, los chilenismos, las expresiones verbales originalísimas, las locuciones populares, los diminutivos, los arcaísmos y la lengua hablada suya, y

hasta voces vernaculares e indígenas. Son, por cierto, sus decires en intencionalidad de lenguaje y escritura evocadora y recreadora del suelo patrio. Y escribe los textos con reverencial sentimiento, como un vagido del pensar lo chileno donde el poema toma modo de canto o romance, de recado o de cuento, o de diálogo o de conversación erudita y, a su vez, muy criolla, incluso de verso popular (“Me gustan los ademanes / y los gestos de mi gente”). Que todo eso es, *Poema de Chile*, en su forma y en su fondo: gestos y ademanes reveladores en una presencia viva.

Y no solo una escritura de intencionalidad y de lenguaje evocador y recreador del suelo patrio (en “un repasar dichosa el cordón de los recuerdos”), sino igualmente un motivar a sus gentes a descubrir y redescubrir su propio y mismísimo real país. Ella, en sus años de extranjería, confesaba: “Toda mi vida yo sentiré el remordimiento de no haber caminado Chile zancada a zancada, de poseer en mis sentidos apenas unos rumbos de mi tierra y unos cuantos colores organizados en mi recuerdo, y unos pedazos de carreteras”. Y lo dice Gabriela Mistral que, desde muy temprano, se recorrió nuestro mapa geográfico en andanzas geográficas y educacionales verdaderas: de Coquimbo a Antofagasta, de Los Andes a Magallanes, de Temuco a Santiago. Y para irse luego a la extranjería en su errancia de vagamunda voluntaria, pero llevando preciosamente consigo nada menos que una bolsita de tierra de su valle de Elqui. En esa bolsita —talismán, aroma, rito— iba, por cierto, su patria chiquita, es decir, su región que la vio nacer, es decir, su Chile.

Ese sentido de “lo regional”, como una permanente reivindicación de lo más neto y nutricio de la vida nacional, estará siempre casi fisiológicamente en el pensar y en el

vivir de Gabriela Mistral, tanto en sus años aquí como en aquellos muchos de sus viajes por el mundo. En cada lugar, sin embargo, será fiel a sus preocupaciones y motivaciones por el país natal y por sus habitantes en sus geografías y sus costumbres, en sus vidas y sus oficios, en sus cuestiones sociales y ciudadanas, y más que todo, en sus maneras de rescatar con amor y acto de amor lo mal deletreado o lo mal averiguado. “En geografía como en amor, el que no ama minuciosamente, virtud a virtud y facción a facción, ni ve ni entiende ni ama tampoco”.

Así, *Poema de Chile* es un recorrer el territorio patrio: su naturaleza física y humana, sus valles y sus ríos, su cordillera y sus metales (“Noche de metales”), su desierto y su mar, su flora y su fauna. Lo visto y lo viviente del suelo natal en un redescubrir la entraña del largo país. Viene a testimoniar también, la verdadera y siempre permanente relación que nuestra Mistral tuvo con lo real y lo genuino, lo criollo y lo autóctono de la tierra chilena. El libro no es una descripción física o política del territorio (que eso sería una mera lección de geografía nacional), sino que es a su vez un repasar y redescubrirlo desde su contenido humano y desde lo emocional cotidiano. Y en sus hablas muchas de auténticos y originalísimos decires. Un mirar y sentir el territorio patrio como nuevo o como visto por vez primera: hallazgo y asombro en un cantar que es encantar: “Aquí estoy si acaso me ven, / y lo mismo si no me vieran” (poema “Valle de Elqui”).

Tratándose del país no hay en el libro una relación de historia en el sentido convencional de destacar al héroe o de relatar gestas o procesos episódicos. “La historia de Chile me gusta como oficio de creación de patria”, dice la autora. Y cuando hay una referencia, por ejemplo, a Bernardo

O'Higgins —el Bernardo, como simplemente lo nombra en el poema "Chillán"—, no es para destacar al hombre héroe, ganando batallas o gobernando, o sufriendo destierros, sino para hacer vivo y evocador el retrato de la niñez del padre de la patria, en su anécdota o en su entretenimiento, jugando a los volantines, encumbrando cometas pintarrajeados en la aldea vieja de su Chillán siglo dieciocho.

A su vez, la presencia humana, activa y dialogante de *Poema de Chile* está en Gabriela Mistral misma que se hace acompañar de un niño diaguita atacameño en su recorrido por "mi país más largo que la anguila", dando en consecuencia a lo poético y geográfico un enlace conversacional y vivificador en lo mejor de sus albricias y sus hallazgos. En este acompañarse mutuamente —"las rutas sin compañero parecen largo bostezo"—, ella, "la mama", va contando, sin afanes didácticos ni pretensiones pedagógicas, el real conocer y maravillarse de la patria geográfica, lección natural que llena de contentamiento al "chiquito", al "indito", al "tontito mío", al "indito cara taimada", como llama familiar y tiernamente al niño curioso de ver y de preguntar. Protagonistas en un caminar juntos en hermosura de cuento: "tú echando sombra de niño, / yo apenas sombra de helecho".

En la andanza irá también, y trota que trota lado a lado, un huemul o ciervo, bestezuela siempre sensitivamente admirada por Gabriela Mistral. De alguna tierna y reflexiva manera, niño y huemul representan aquí sin duda, dos de aquellas motivaciones permanentes de la autora: su defensa, cuidado y preservación de la naturaleza en su flora y fauna ("Canción de cuna del ciervo", "Cuatro tiempos del huemul") y su indigenismo o netas indignidades en su apego y adhesión a los pueblos originarios ("indito" o niño diaguita). En este tan chileno libro —de chilenidad cabal—, autora, niño

y huemul constituyen vívidamente la andariega trilogía por el territorio patrio.

Libro hito, destinado a ser obra fundamental no solo por el maravilloso tratamiento poético de la escritura mistraliana, sino sobre todo para entrarse en el ritmo de acción o voluntad de ser del chileno, y en la neta e identificadora chilenidad de país. Ella misma con verdad y fe rotunda por lo chileno bien lo dijo: “Dejo ahí, en los versos, contado el territorio en la medida de lo que sé y de lo que puedo”. Libro de acción de gracias por el suelo nutricio en su alabanza y en su elogio. En *Poema de Chile* está, pues, el país entero, y el cuerpo y el alma de una Mistral que eterniza lo geográfico: “Mama, ¿todo lo que vos estás contando es un cuento? A veces son grandes veras y otras, humos frioleros”.

Aunque Gabriela Mistral durante muchos años —como queda dicho— vino escribiendo estos poemas sobre Chile, la obra no quedó concluida como libro definitivo a la fecha de su muerte, sino dispersa en antologías, revistas, publicaciones de periódicos, cuadernos y papeles diversos. Fue precisamente, la diligente profesora y escritora estadounidense Doris Dana, fiel amiga, secretaria y albacea de la autora, la que en definitiva logró reunir, revisar y ordenar los textos según su leal y bien conocer los numerosos manuscritos. Con una nota —“Al lector”— de ella misma, Editorial Pomaire publicaría, como ya se dijo al inicio, *Poema de Chile* en 1967. Es esta original y póstuma edición, sin alterar ni forma ni fondo del poema todo, la que se ha tenido presente para este volumen de su obra reunida.

Jaime Quezada
Noviembre, 2019

Es necesario dar a conocer cómo llegó a publicarse este libro póstumo de Gabriela Mistral. Ella, al morir, dejó inconclusa la obra. Durante los últimos veinte años de su vida tuvo una preocupación continua: escribir poemas sobre toda suerte de asuntos relacionados con su país: cantar sus plantas, animales, los ríos, el mar, los lugares y sensibilizar los problemas del campesino y la reforma agraria; escribir para ella estos poemas no fue un afán literario, sino una necesidad vital.

El frecuente recuerdo de su patria la movía a escribir lo que evocaba. Y cada vez que algún chileno la visitaba o en las cartas que escribía a sus connacionales, solicitaba información de algún nombre, la descripción de un animalito o de una planta, con un afán apasionado por penetrar el ser mismo de la historia natural de Chile y de todos los problemas de su tierra.

Otro valor tuvo la elaboración de estos poemas: la hacían volver a Chile, más que recordarlo, y en esta vuelta a través de la poesía, se encontraba con su pasado, con su infancia en Montegrande; en estos romances de *Poema de Chile*, hay frecuentes diálogos entre ella y un niño indio; bien podemos ver en ellos que está dialogando la Gabriela adulta con la muchacha que fue; en el poema “Tordos” dice:

*Yo me tengo lo perdido
y voy llevando mi infancia
como una flor preferida
que me perfuma la mano.*

Asimismo se aprecia que en ese lenguaje, ella revisa, valora, critica y ama a su Chile, en múltiples aspectos y problemas, como si hablara con diversos connacionales sobre esa vida lejana, con una mirada tierna que revela su mayor amor por el campesino y el mundo de los pobres, los que siempre saben “ofrecer sopa y casa”.

En esos veinte años fue acumulando textos, muchos de los cuales no fueron terminados y otros no alcanzaron a pulirse. Así nos encontramos con un conjunto suelto, al cual tuvimos que crearle una coherencia de estructura. Solo sabíamos que el poema titulado “Hallazgo” iniciaría el libro, y que el titulado “Despedida” sería su final. El resto ofrecía varios problemas. El primero, establecer una sucesión de poemas que correspondiese con la geografía de Chile, puesto que la obra constituye un viaje de ella a lo largo de su país, de norte a sur, en compañía del niño indio y un huemul. Ahora, los pájaros y plantas descritos y vivificados en los versos debían llevar también su ubicación geográfica, de acuerdo con la historia natural de Chile.

Un orden especial debió cuidarse: el fenómeno de la temporalidad en estos romances. Si se trataba de una canción de cuna al huemul, debía situarse dentro de la secuencia en el atardecer y no en la mañana. Y en general, fue preciso mantener un equilibrio estético, para conservar la mejor calidad posible.

Muchas veces encontramos versos y estrofas que llevaban variantes, y otras, vacíos entre estrofas, acompañados de palabras sueltas, hasta seis, que debimos elegir para completar el verso. Además, había que unir versos en estrofas incompletas para conservar el sentido.

Durante dos años hemos trabajado en sacar a la luz esta importante obra de Gabriela Mistral no solo para darle la estructura, solucionando los problemas señalados, sino que también recopilando el material, que no se encontraba reunido en un solo haz.

En esta labor recibimos la generosa colaboración de John Thompson, el cual durante muchos meses me asesoró en esta tarea tan delicada; sin él no se hubiera podido llevarla a cabo.

También quiero agradecer la colaboración que recibí de Hugo Montes, al cual debo el glosario¹ que acompaña el libro, y por diversos consejos, a Jaime Eyzaguirre, Hernán Díaz Arrieta y a Alfredo Lefebvre, y el apoyo recibido por la Fundación Rockefeller y por el Instituto Hispánico de la Biblioteca del Congreso, en Washington. Y a muchos amigos chilenos que me favorecieron con su amistad y toda suerte de apoyo para llevar a cabo la publicación de esta obra póstuma de Gabriela Mistral.

Doris Dana

1 Ese glosario, que iba como notas a pie de página, se eliminó de esta edición. (N. de los Eds.).

HALLAZGO

Bajé por espacio y aires
y más aires, descendiendo,
sin llamado y con llamada
por la fuerza del deseo,
y a más que yo caminaba
era el descender más recto
y era mi gozo más vivo
y mi adivinar más cierto,
y arribo como la flecha
este mi segundo cuerpo
en el punto en que comienzan
patria y madre que me dieron.

¡Tan feliz que hace la marcha!
Me ataranta lo que veo,
lo que miro o adivino,
lo que busco y lo que encuentro;
pero como fui tan otra
y tan mudada regreso,
con temor ensayo rutas,
peñascales y repechos,
el nuevo y largo respiro,
los rumores y los ecos.
O fue loca mi partida
o es loco ahora el regreso;
pero ya los pies tocaron
bajíos, cuestras, senderos,
gracia tímida de hierbas
y unos céspedes tan tiernos
que no quisiera doblarlos
ni rematar este sueño

de ir sin forma caminando
la dulce parcela, el reino
que me tuvo sesenta años
y me habita como un eco.

Iba yo, cruza cruzando
matorrales, peladeros,
topándome ojos de quiscos
y escuadrones de hormigueros
cuando saltaron de pronto,
de un entrevero de helechos,
tu cuello y tu cuerpecillo
en la luz, cual pino nuevo.

Son muy tristes, mi chiquito,
las rutas sin compañero:
parecen largo bostezo,
jugarretas de hombre ebrio.
Preguntadas no responden
al extraviado ni al ciego
y parecen la Canidia
que solo juega a perdersos.
Pero tú les sabes, sí,
malicias y culebros...

Vamos caminando juntos
así, en hermanos de cuento,
tú echando sombra de niño,
yo apenas sombra de helecho...
(¡Qué bueno es en soledades
que aparezca un ángel ciervo!).

Vuélvete, pues, huemulillo,
y no te hagas compañero

de esta mujer que de loca
trueca y yerra los senderos,
porque todo lo ha olvidado,
menos un valle y un pueblo.
El valle lo mientan Elqui
y Montegrande mi dueño.

Naciste en el palmo último
de los incas, niño ciervo,
donde empezamos nosotros
y donde se acaban ellos;
y ahora que tú me guías
o soy yo la que te llevo,
¡qué bien entender tú el alma
y yo acordarme del cuerpo!

Bien mereces que te lleve
por lo que tuve de reino.
Aunque lo dejé me tumba
en lo que llaman el pecho,
aunque ya no lleve nombre
ni dé sombra caminando,
no me oigan pasar las huertas
ni me adivinen los pueblos.

Cómo me habían de ver
los que duermen en sus cerros
el sueño maravilloso
que me han contado mis muertos.
Yo he de llegar a dormir
pronto de su sueño mismo
que está doblado de paz,
mucho paz y mucho olvido,
allá donde yo vivía,

donde río y monte hicieron
mi palabra y mi silencio,
y coyote ni coyote
hielos ni hieles me dieron.

¿Qué año o qué día moriste
y por qué cruzas sonámbula
la casa, la huerta, el río,
sin saberte sepultada?
Ve más lejos, solo un poco
más, donde está tu morada,
al lugar adonde miras
y te retardas, quedada.
No respondas a los vivos
con voz rota y sin mirada.

Se murieron tus amigos,
te dejaron tus hermanas
y te mueres sin morir
de ti misma trascordada,
y sueles interrogarnos
sobre tu nombre y tu patria.

Llegas, llegas a nosotros
desde una estrella ignorada,
preguntando nuestros nombres,
nuestro oficio, nuestras casas.
Eres y no eres; callamos
y partes, sin dar, hermana,
tu patria y tu nombre nuevos,
tu Dios y tu ruta larga,
para alcanzar hasta ellos,
hermana perdida, hermana.

En tierras blancas de sed
partidas de abrasamiento,
los cristos llamados cactus
vigilan desde lo eterno.

Soledades, soledades,
desatados peladeros.
La tierra crispada y seca
se apareja con sus muertos,
y el espino y el espino
braceando su desespero,
y el chañar cociendo el fruto
al sol que se lo arde entero.

Y en el altozano y en
las quebradas, como aperos
tirados como tendal,
tumbados de buhonereros,
aldeas y caseríos
llenos de roña y misterio.

Locos repechos, bajadas
como para niño y ciervo,
pero apenas un bocillo
de pastos de trecho en trecho
y caseríos callados
a medio alzarse, de miedo,
bajo el viento que los lleva
y que los suelta en dos tiempos.

Y otras tierras desolladas
en Bartolomé inmensos,
de un costado desangradas,
del otro en tendido incendio.
Y otra y otra vez aldeas
acurrucadas, friolentas,
con techo de paja y
huyendo y permaneciendo.

Tienen sed el cabrerío,
el olivillo y la salvia,
el pasto de cortos dedos
y el cuarzo y el cuellecillo
de muchachito y el ciervo.
Miseria de higuera sola
azuleando higos cenceños
y de tunal en que araña
a tuntas un rapazuelo,
y de mujeres que vuelcan
las “gamelas” y los tiestos,
y el umbral empedernido:
toda la tierra y el cielo.

Claman ¡agua!, silabeán
¡agua! durmiendo o despiertos.
La desvarían tumbados
o en pie, con sustancia y miembros.
Y agua que les van a dar
a los tres entes pasajeros
con garganta que nos arde
y los costados resecos.

Cruzamos, pasamos, blancos
de puna y de polvo suelto,
del resuello de la Gea
y el sol blanco de ojo ciego,
y repetimos los tres
callando, de pecho adentro;
agua de Dios, un cadejo
de nube, un hilillo fresco.

El agua en sorbo o en hebra,
sonando su silabeo,
merced al hilo de agua
delgada, piedad de estero,
mejor que el oro y la plata,
y el amor dado y devuelto.

No se me doble el huemul
al que le blanquea el belfo
y no me mire el diaguita
que me rompe su deseo.
Un poco más y ella salta
con sus ojos azulencos
y van a beber de bruces
con risadas de contento
más doblados que sus cuellos
iguales en ciervo y ciervo.

Se paran, o siguen y arden,
callan y laten enteros;
y el soplo que yo les doy
no les vale, de ser fuego...

Apunta, sí, el “ojo de agua”,
ya en lo bajo del faldeo;
yo no sé, no, si es verdad
o mentira del deseo.
Está redondo y perfecto,
está en anillo pequeño;
brilla pequeñito y quieto
con dos párpados de hierba
y el ojo a nosotros vuelto
asombrado de sí mismo,
sin voz, pero con destello,
milagro tardío y cierto.

¿Cómo beben, cómo beben,
que yo les oigo los cuellos!
Y bebiendo son iguales
el con belfo y el sin belfo.
La lengüecilla rosada
apura su terciopelo
y el niño bebió con toda
su cara que tomo y seco.

NOCHE DE METALES

Dormiremos esta noche
sueño de celestes dejos
sobre la tierra que fue
mía, del indio y del ciervo,
recordando y olvidando
a turnos de habla y silencio.

Pero todos los metales,
sonámbulos o hechiceros,
van alzándose y viniendo
a raudales de misterio
—hierro, cobre, plata, radio—
dueños de nosotros, dueños.

Son lameduras azules
que da la plata en los pechos,
son llamaradas de cobre
que nos trepan en silencio
y lanzadas con que punza
a las tres sangres, el hierro.

Por confortarnos los pies
vagabundos, y aprenderse
nuestros flancos y afirmarnos
los corazones sin peso,
los tres del miedo ganados,
los tres de noche indefensos.

Y la noche se va entera
en este combate incruento
de metales que se allegan

buscando, hallando, mordiendo
lo profundo de la esencia
y la nuez dura del sueño.

Al fin escapan huidos
en locos filibusteros
y seguimos la jornada
cargando nuestro secreto,
arcangélicos y rápidos
de haber degollado el miedo.

Liberados caminamos
como los raudales frescos,
sin acidia y sin cansancio,
ricos de origen y término,
por la nocturna merced
de los Andes arcangélicos
que dentro de su granada
impávidos nos tuvieron.

Vamos cargando su amor
como un amianto en el pecho,
como la casta y el nombre,
como la llama en silencio
que no da chisporroteo
y según nuestros orígenes,
despeñados de lo eterno.

C O B R E

Están redimiendo el cobre
con las virtudes del fuego.
De allí va a salir hermoso
como nunca se lo vieron
las piedras que eran sus madres
y el que lo befó por necio.

Suba el padre cobre, suba,
que naciste para el fuego
y te pareces a él
en el fervor de tu pecho.
Todavía, todavía
no confiesas el secreto
del amor y de la fiebre
que está en tus piedras gimiendo.
Nadie te habrá dicho hermoso,
porque el pecho no te vieron.

Día a día te volviste
la pobre piedra quedada,
la pobre piedra que duerme
y dura y odia la llama,
y eres, ya, todos tus muertos
antes de ser sepultada.

Helados, llanto y sonrisa,
la oración y la palabra,
al amanecer la siesta
y la oración no arribada.
Ya es lo mismo, ya es igual
la mudez que la palabra.

ATA C A M A

En arribando a Coquimbo
se acaba el padre desierto,
queda atrás como el dolor
que nos mordió mucho tiempo,
queda con nuestros hermanos
que en prueba lo recibieron
y que después ya lo amaron
como ama sin ver el ciego.

El sol ya coció su piel
y olvidaron verdes huertos
como la mujer que olvida
amor feliz por infiernos.²

No vuelvan atrás los ojos,
pero guarden el recuerdo
de los que doblados tapan
sal parecida al infierno.
La hallan y la reguŝtan
en el yantar, en el deajo,
y son como ella los hizo
de los pies a los cabellos,
y la terca sal los guarda
íntegros hasta de muertos.
ŝQué dura tiene la índole
sal sin ola y devaneo,

2 Falta un par de versos en el original. (N. de los Eds.).

pero que noble los guardas
enteros después de muertos!

Vamos dejando el casajo
y las arenas de fuego,
y vamos dando la cara
a olores que trae el viento
como que apuntando el agua,
vuelva nuestro ángel devuelto.

AROMAS

Cuentan entre los arcángeles
el que da el aroma lento,
el que da el aroma denso,
y uno es aquel que regala
salvia, tomillo y romero,
y este no anda en los jardines,
porque ha escogido los huertos.

—Mama, yo nunca lo he visto,
¿será que no anda el desierto?
¿Será que al indio no quiere?

—Para qué lo quieres ver
si te repasa en el viento.

—Mama, tendrá no más que alas
y que se ve solo en sueños
o no le gustan los indios,
o pasará cuando yo duermo.

Sí, sí, mama, algo me pasa
cuando al sueño voy cayendo.
Llévanos por donde pasa,
despiértame si estoy durmiendo.

—Pero pasa tan ligero
y tú tienes duro el sueño.

CANCIÓN DE CUNA DEL CIERVO

Duérmete con tus dos sangres,
en cervato del desierto,
bien si acaso te despiertas,
bien si quedas en el sueño:
bueno es vivir y morir,
ser creado y ser disuelto.
Duerme tú, duerme hasta que
en cristiano despertemos.

Jugarreta con lomillo
y pezuñitas y vellos,
duerme a mitad de la sal,
la pelambre y el desuello,
el belfo blanco y salobre,
los lagrimales sangrientos.

No te oiga de dormido
el alma del hormiguero,
ni la araña te repase
las ancas de terciopelo,
ni el alacrán te conozca,
ni te revuele el murciélagó,
ni te halle la bestia hirsuta
que en la noche hirió a mi ciervo.

Pedrisco ni piedra hondeada
del Caín color de infierno,
ni la flecha envenenada
te den muerte que le dieron.
No duermas como él dormía,
fiados alma y alientos.

Blanda y morosa es la hierba,
viva como ángel atento.
Duerma la gracia tacneña,³
duerma con sus dos alientos,
el color de la piñeta,
la blandura del mansueto,
con yerba buena en las añas,
sin sangre sobre los belfos,
cribado de las estrellas,
ebrio de olores disueltos,
soñando herbazal tumbado
y pañal que va subiendo:
¡duerme, chiquito,
pace tu sueño!

(Y el velludito se va
como rama desprendiendo,
cargado del sueño suyo,
del pedregal y del médano.
Ya está parado en su bien,
rico de tiniebla y sueño).

3 Hay que recordar que Tacna formó parte de Chile después de la guerra del Pacífico y se reincorporó a Perú luego del Tratado de Lima de 1929. (N. de los Eds.).

EMIGRACIÓN DE PÁJAROS

Como si nos saludasen
desde lo alto la llegada
a la extremosa región,
a la madre más lejana,
viene por los aires altos
como por obra de gracia,
cortando el azul celeste,
la mayor “gente” emigrada.
Vienen, vienen, los pelícanos...

—¿Qué ves, mama, que no veo
y miras embelesada?

—Para que los veas, párate.
¡Qué lindas recién llegadas!
Son las gentes del mar último,
pelícanos en bandadas.

—Miéntalos, mama, ja, ja, ja,
ya veo ya la bandada.

—Porque es pura nieve y hielo
la Patagonia extremada,
vienen las aves del mar
en esa cinta azorada.
Tantas son que cubrirían
el potrero, si abajaran.

—Gritan, mama, gritan todas.
Será que temen y llaman.

—No, mi loquillo, que bajan
gritando por su arribada.
Pero no nos dan el gusto
de oírles bien la algarada.
Conténtate con mirarles
la línea donosa y blanca.

—Pero, ¿para dónde van?
¿Van perdidas y no bajan?

—¿Qué se van a perder ellas,
mi niño disparatado!
Nosotros, sí, nos perdemos,
pero aquellas nunca fallan.
Bajarán cuando divisen
playa suya acostumbrada.

La peonada ni mira
lo linda que es su pasada.
Las gentes, chiquito, saben
de pájaros poco o nada;
solo yantares y cosas,
y chismes de la contrada.

Bajan, bajan, bajan en vertical
a pastos acostumbrados.
Óyelas en vez de hablar,
mira y no grites, mi niño,
no te pierdas su pasada.
Ahora se oye un poco más;
es que divisan sus playas...

—Cuenta más, cuenta, mama.

—Ayunas de calendario,
de señales y de llamada,
las tres o las cinco mil
saben la fecha llegada
y se dan voz de partida
como casta convocada,
y suben como llamadas.

Dejan el hielo, la arena
menuda, el nido y las playas,
el sol esquivo y se vienen
hacia la segunda patria.
Ya se ven más, ya torcieron
el rumbo, como silbadas.
Ellas están advertidas
casi, casi son llamadas.
La mancha se va entreabriendo.
Ya reconocen las playas.
Y ahora es bajar muy recto
y con gritos de arribada.
Bienvenidas a las dunas,
tan dulces y acostumbradas.
Bajan, bajan, bajan todavía...

VIENTO NORTE

El viento norte viene
levantándose, ladino,
y aunque es más viejo que Abraham,
así comienza de fino,
y si no se apura el paso,
ya nos coge el torbellino
y somos dentro del loco,
un frenético, un zarcillo,
un volantín con que juega
hasta que cae vencido
y se devuelve a sus antros,
también él roto y vencido.

—Mama, pero te has trepado
a donde el viento es indino.

—Porque yo me envicié en él
como quien se envicia en vino,
trepando por los faldeos,
siguiéndolo por el grito.
Yo no era más, era solo
su antojo y su manojillo,
y a mí me gustaba ser
su jugarreta sin tino,
y en donde estoy todavía
le llamo a voces “mi niño” ...

¿Sabes a qué baja el loco?
Baja a cumplir su destino.

—Él no sabe nada, mama,
y hace no más desatinos.
Zamarreaba nuestra casa
como si fuese un bandido.
Ninguno entonces dormía
y era como el Anticristo.

—Te tiras al suelo como
si pasase el diablo mismo,
¡ay, mi zonzo novelero!
Tapa tus orejas hasta
que cruce mi loco suelto,
pero déjalo que a mí
me cante en loco divino.
Porque, sábelo, nosotros
poetas de él aprendimos
el grito rasgado, el llanto.

LA CHINCHILLA

Te traje por andurriales,
dejando a la bien querida,
la madre y señora ruta,
madre tuya y madre mía.
Ahora que hagas paciencia,
vamos siguiendo una huida.

—¿A quién, di, mama antojera,
rebuscas con picardía?

—Calla, calla, no la espantes:
por aquí huele a chinchilla.

—¡Oh!, las mentaba mi madre;
pero esas tú no las pillas.
Pero ahora es el correr
y volar, ¡mírala, mírala!

—¿No la ves que va delante?,
¡ay qué linda y qué ladina!

—¿Qué ves, di, qué se te ocurre?

—Corre, corre, ¡es la chinchilla!

—Yo veo una polvareda
y tú como loca gritas.
Queda atrás que yo la sigo,
suéltame que ya la alcanzo.

¿Quién pierde cosa tan linda?
Calla, para, yo la atrapo.
Escapó, mírala, mírala,
ya se pierde en unas quilas.
¿Que no se la logre un pícaro!
Es la chilena más linda.
Su bulto me lo estoy viendo
en las hierbas que palpitan.

—Tú la quieres y, ¿por qué
dejas que otros la persigan?

—Ja, ja, ja. Yo soy fantasma,
pero cuando era una viva,
nunca me tuve la suerte
de ser en rutas oída.
Tampoco en casas ni huertos.
¿Por qué tan triste me miras?

—Mira la raya que deja
sobre los trigos la huida.

—No rías tú, tal vez tienen
un ángel las bestiecitas.
¿Por qué no? ¿Cómo es, chiquito,
que todavía hay hermana chinchilla?
Las hostigan y las cogen.
Quien las mira las codicia,
los peones, los chiquillos,
el zorro y la lobería.

—Oye, ¿la mentaste hermana?

—Sí, por el hombre Francisco
que hermanita le decía
a todo lo que miraba
y daba aliento u oía.

—Eso, eso me lo cuentas
largo y tendido otro día.
Ahora, mama, tengo pena
de no mirar cosa viva.
Tú caminas sin parar
y yo me pierdo lo que iba,
apenas me alcanzo a ver,
veo aguas y bestiecitas.

MONTAÑAS MÍAS

En montañas me crie
con tres docenas alzadas.
Parece que nunca, nunca,
aunque me escuche la marcha,
las perdí, ni cuando es día
ni cuando es noche estrellada,
y aunque me vea en las fuentes
la cabellera nevada,
las dejé ni me dejaron
como a hija trascordada.

Y aunque me digan el mote
de ausente y de renegada,
me las tuve y me las tengo
todavía, todavía,
y me sigue su mirada.

A VECES, MAMA, TE DIGO..

—A veces, mama, te digo,
que me das un miedo loco.
¿Qué es eso, di, que caminas
de otra laya que nosotros
y, de pronto, ni me oyes
y hablas lo mismo que el loco
mirando y sin responder,
o respondiendo a los otros?
¿Con quién hablas, dime, cuando
yo me hago el que duerme... y oigo?
Será con los animales,
la hierba o el viento loco.

—Porque todos están vivos
y a lo vivo les respondo.
También contesto a lo mudo,
por ser mis parientes todos.

—Ja, ja, ja, mama, mama,
calla o me lo cuentas todo.

—Me llamaban “cuatro añitos”
y ya tenía doce años.
Así me mentaban, pues
no hacía lo de mis años:
no cosía, no zurcía,
tenía los ojos vagos,
cuentos pedía, romances,
y no lavaba los platos...
¡Ay!, y, sobre todo, a causa
de un hablar así, rimado.

—¿Y qué más, qué más hacías?
¡Ve contando, ve contando!

—Me tenía una familia
de árboles, otra de matas,
hablaba largo y tendido
con animales hallados.
Todavía hablo con ellos
cuando te vas escapado.

Pero ellos contestan solo
cuando no les haces daño.
No los hostigó mi santo
Francisco y les dijo hermanos.

ANIMALES

En este revoloteo
nuestro y este toma y daca,
doblando helechos mojados
y quebrando gajos muertos,
vamos oyendo los dos
un ruido que no es confeso,
una carrerita corta,
un paro y un mástiqueo.

—Yo oigo, sí, pero se va
en cuantito que me allego...
Pero con el ruidecillo
pasan, mama, ojos con miedo.

—Le apuntaste, pero tú
no sabes el nombre de eso.
Eso se llama el castor
y malo no es, solo es feo.
Tiene más miedos que tú,
ocho miedos y diez celos.

—Mama, no te estés riendo
de mí. ¿Qué es eso de celo?

—Es don Castor marrullero,
o tal vez doña Castora
que ya tendrá críos nuevos
y que los cela de ruidos
y ojos que son traicioneros.

—Allá saltó, mama. Párate,
que si corro me lo tengo.

—Si es cañora y tiene críos,
no te allegues, te lo ruego.
Déjalo, novedosillo.
Ya lo viste. Donde apunte
debe tener la manada
y va a los suyos corriendo.

—Óyeme, indito, oye. Mío:
nunca mates lo que es madre
que amamanta bajo el cielo,
da su leche y acarrea
semillas y comederos.

—No mataré, pero, mama,
déjame ver el nidero.
¡Cosa nunca vista!
Y también son feos, mira,
y saltan y son pequeños.
Repíte, mama, su nombre.
Ahora ya no me lo tengo.
¿Todos se llaman lo mismo?
Ya los vi. Vámonos yendo.

Cas-tora, cas-tor. ¡Qué lindo
es mentar un nombre nuevo!
Y tú, ¿tienes otro nombre,
mama?

—Sí, el que me dieron
y el que me di de mañosa,
y el nuevo me mató el viejo.

No averigües más. ¡Camina!
¿Tienes hambre? Se han quedado
muy atrás los piñoneros.
Trota más, para llegar...

VALLE DEL ELQUI

Tengo de llegar al valle
que su flor guarda el almendro
y cría los higuerales
que azulean higos extremos,
para ambular a la tarde
con mis vivos y mis muertos.

Pende sobre el valle, que arde,
una laguna de ensueño
que lo bautiza y refresca
de un eterno refrigerio
cuando el río de Elqui merma
blanqueando el ijar sediento.

Van a mirarme los cerros
como padrinos tremendos,
volviéndose en animales
con ijares soñolientos,
dando el vagido profundo
que les oigo hasta durmiendo,
porque doce me ahuecaron
cuna de piedra y de leño.

Quiero que sentados todos
sobre la alfalfa o el trébol,
según el clan y el anillo
de los que se aman sin tiempo,
y mudos se hablan sin más
que la sangre y los alientos.

Estemos así y duremos,
trocando mirada y gesto
en un repasar dichoso
el cordón de los recuerdos,
con edad y sin edad,
con nombre y sin nombre expreso,
casta de la cordillera,
apretado nudo ardiendo,
unas veces cantadora,
otras, quedada en silencio.

Pasan, del primero al último,
las alegrías, los duelos,
el mosto de los muchachos,
la lenta miel de los viejos;
pasan, en fuego, el fervor,
la congója y el jadeo,
y más, y más: pasa el valle
a curvas de viboreo,
de Peralillo a La Unión,
vario y uno y entero.

Hay una paz y un hervor,
hay calenturas y oreos
en este disco de carne
que aprietan los treinta cerros.
Y los ojos van y vienen
como quien hace el recuento,
y los que faltaban ya
acuden, con o sin cuerpo,
con repechos y jadeados,
con derrotas y desnudos.

A cada vez que los hallo,
más rendidos los encuentro.
Solo les traigo la lengua
y los gestos que me dieron,
y abierto el pecho les doy
la esperanza que no tengo.

Mi infancia aquí mana leche
de cada rama que quiebro
y de mi cara se acuerdan
salvia con el romero,
y vuelven sus ojos dulces
como con entendimiento,
y yo me duermo embriagada
en sus nudos y entreveros.

Quiero que me den no más
el guillave de sus cerros
y sobar, en mano y mano,
melón de olor, niño tierno,
trocando cuentos y veras
con sus pobres alimentos.

Y si de pronto mi infancia
vuelve, salta y me da al pecho,
toda me doblo y me fundo,
y como gavilla suelta
me recobro y me sujeto,
porque, ¿cómo la revivo
con cabellos cenicientos?

Ahora ya me voy, hurtando
el rostro, por que no sepan
y me echen los cerros ojos
grises de resentimiento.

Me voy, montaña adelante,
por donde van mis arrieros,
aunque espinos y algarrobos
me atajan con llamamientos,
aguzando las espinas
o atravesándome el leño.

EL CUCO

La siesta de los cinco años
el cuco me la punteaba.
Él no volaba mi rostro
ni picoteaba mi espalda.
Yo no sé de dónde el tierno
sus dos sílabas mandaba
o las dejaba caer
de alguna escondida rama.
Pero a la siesta, a la siesta,
esas dos me adormilaban,
dos no más, pero insistentes
como burlona llamada...
Y la lana de mi sueño
ya era lana agujereada.
Y la mata de mi sombra
se abría de su lanzada.

Cuco-cuco al mediodía,
y en la tarde ensimismada,
cuco-cuco a medio pecho,
cuco-cuco a mis espaldas.
¿Por qué no ponía nunca
otra sílaba inventada?

Cuco pico entrometido,
cuco nieto de un solo árbol,
siempre en una misma rama
y nunca de ella abajado,
cuco ni blanco ni rojo,
ni azul, ¡pobre cuco pardo!

Ya no duermo bajo árbol
que tenga cuco en las ramas
ni al sol ni a la luna juegan
conmigo las que jugaban.
Burladas y burladoras
en los trances de la danza.

Pero donde es Montegrande
nunca se rompió la danza
ni el cuco falló a la cita
en higuerales ni chacras,
¿ni a mí me faltó al dormir
el cuco de mis infancias!

H U E R T A

—Niño, tú pasas de largo
por la huerta de Lucía,
aunque te paras a veces
por cualquiera nadería.

¿Qué le miras a esa mata?
Es cualquier pasto. ¡Camina!

—¿Qué? Es la huerta de Lucía.
Tan chica, mama, y sin árboles.
¿Qué haces ahí, mira y mira?
Esa vieja planta todo.
Por vieja, tendrá manías.

—Tontito mío. Es la albahaca.
¡Qué buena! ¡Dios la bendiga!

—Pero si no es más que pasto,
mama. ¿Por qué la acaricias?

—Le oí decir a mi madre
que la quería y plantaba,
y la bebía en tisana.
Le oí decir que alivia
el corazón, y eran ciertas
las cosas que ella nos contaba.

—¿Por qué entonces no la coges?

—Chiquito, soy un fantasma
y los muertos, ya olvidaste,
no necesitan de nada.

—¡Ay, otra vez, otra vez
me dices esa palabra!

—¿Cómo te respondo entonces
a tantas cosas que me hablas?

—Mama, oye: algunas veces
me lo creo, otras veces, nada...
Me dices que te moriste,
pero hablas tal como hablabas.
Cuando voy solo y con miedo,
siempre vienes y me alcanzas,
casi nada has olvidado,
¡y caminas tan ufana!
¿Por qué te importan, por qué
todavía hasta las plantas?

—Chiquito, yo fui huertera.
Este amor me dio la mama.
Nos íbamos por el campo
por frutas o hierbas que sanan.
Yo le preguntaba andando
por árboles y por matas,
y ella se los conocía
con virtudes y con mañas.

Por eso te atajo cuando
te allegas a hierbas malas.
Esta patria que nos dieron
apenas cría cizañas,

gracias le daba al Señor
por todo y por esta hazaña.
Le agradecía la lluvia,
el buen sol, la trebolada,
la nieve, el viento norte
que nos trae el agua.
Le agradecía los pájaros,
la piedra en que descansaba
y el regreso del buen tiempo.
Todo lo llamaba “gracia”.

—¿Gracia? ¿Qué quiere decir?

P A S C U A

¿Sabes tú, fantasma, sabes
cuando va a caer la Pascua,
de que pasen por los campos
señores y caballadas,
partiendo lo no partido
y alegrando a la huasada?
¡Qué alboroto habrá, imagina
qué fiesta y qué zalagarda,
qué verbena aquí en la tierra,
gritos y toques de diana!

Pascua en el valle de Elqui
y en los cielos fiestas, mama.
¿Cuándo va a amanecer, di,
la tierra nuestra, cristiana,
para echarnos a cantar
hombres y mujeres, mama,
al filo del alborear
como gente enajenada?
Y tú también, aunque a ti
la tierra te esté sobrada.
¿Dónde va a ser el cantar
y el llorar de la gallada,
y el alabar como nunca
alabó la criollada?

T O R D O S

A estas horas, y lo mismo
que cuando yo era chiquilla,
y me hablaban de tú a tú
el higueral y la viña,
están cantando embriagados
de la estación más bendita
los tordos de Montegrande
y cantan a otra Lucila...

Pero con que yo me calle
como el monte o la beguina,⁴
el cantar del embriagado
me alcanza a la extranjería,
porque no me cuesta, no,
recobrar canción perdida.

Siguen cantando los tordos
en la higuera preferida
y yo dejo de escuchar
la marea que me oía,
y les respondo la gracia
con el ritmo, por que sigas...

Cantan y embrujan la rama
que ya va cobrando vida,
y por seguir su balada
no respondo a lo que grita,

⁴ La beguina era una beata que formaba parte de ciertas comunidades religiosas en Bélgica. (N. de los Eds.).

y en este escuchar se va
la siesta y se acaba el día.

Yo me tengo lo perdido
y voy llevando mi infancia
como una flor preferida
que me perfuma la mano.
Y la madre va conmigo
sol a sol y día a día,
va con rostro y va sin llanto
cantándome los caminos.

No me lloren, no me busquen
en cementerio perdido,
ni cuando cae la nieve
ni travesa el granizo.
Vendré olvidada o amada,
tal como Dios me hizo,
como una fruta cogida
que vuelve dulce la marcha
y me inventa compañía.
Mi madre va, va conmigo
ni olvidada ni rendida.

A N O C H E C E R

Cae el día del Señor
con rojos brazos abiertos
y nos abraza la noche
de los hombres y los ciervos.
No tengas miedo, no gímas.
Bien te alzo, bien te tengo.
La noche, por noble, ciega
al cazador y al matrero.
Déjala tú que nos cubran
sus anchos brazos abiertos.
Por la gracia de su esponja
ni somos ni parecemos.
Ni los matorrales densos
ni el oso de terciopelo
tienen la piel de la noche
garabateada de sueños.

DESPERTAR

Dormimos. Soñé la tierra
del sur, soñé el valle entero,
el pañal, la viña crepsa
y la gloria de los huertos.
¿Qué soñaste tú, mi niño,
con cara tan placentera?

Vamos a buscar chañares
hasta que los encontremos,
y los guillaves prendidos
a unos quiscos del infierno.
El que más coge convida
a otros dos que no cogieron.
Yo no me espino las manos
de niebla que me nacieron.
Hambre no tengo ni sed
y sin virtud doy o cedo.
¿A qué agradecerme así
fruto que tomo y entrego?

E L M A R

—Mentaste, Gabriela, el mar
que no se aprende sin verlo
y esto de no saber de él
y oírmelo solo en cuento,
esto, mama, ya duraba
no sé contar cuánto tiempo.
Y así de golpe y porrazo,
él, en brujo marrullero,
cuando ya ni hablábamos de él,
apareció en loco suelto.

Y ahora va a ser el único:
ni viñas ni olor de pueblos,
ni huertas ni araucarias,
solo el gran aventurero.
Déjame, mama, tenderme,
para, para, que estoy viéndolo.
¡Qué cosa bruja, la mama!
y hace señas entendiendo.
Nada como ese yo he visto.
Para, mama, te lo ruego.
¿Por qué nada me dijiste
ni dices? Ay, dime, ¿es cuento?

—Nadie nos llamó de tierra
adentro: solo este llama.

—¡Qué de alboroto y de gritos
que haces volar las bandadas!
Calla, quédate, quedemos,
échate en la arena, mama.

Yo no te voy a estropear
la fiesta, pero oye y calla.

¡Ay, qué feo que era el polvo,
y la duna qué agradicada!

—Échate y calla, chiquito,
míralo sin dar palabra.
Óyele, él habla bajito,
casi, casi cuchicheo.

—Pero, ¿qué tiene, ay, qué tiene
que da gusto y que da miedo?
Dan ganas de palmotearlo
braceando de aguas adentro
y apenas abro mis brazos
me escupe la ola en el pecho.
Es porque el pícaro sabe
que yo nunca fui costero.
O es que los escupe a todos
y es demonio. Dilo luego.

Ay, mama, no lo vi nunca
y aunque me está dando miedo,
ahora de oírlo y verlo,
me dan ganas de quedarme
con él, a pesar del miedo,
con él, nada más, con él,
ni con gentes ni con pueblos.

Ay, no te vayas ahora,
mama, que con él no puedo.
Antes que llegue, ya escupe
con sus huiros el soberbio.

—Primero, óyelo cantar
y no te cuentes el tiempo.
Déjalo así, que él se diga
y se diga como un cuento.

Él es tantas cosas que
ataranta a niño y viejo.
Hasta es la canción de cuna
mejor que a los niños duerme.
Pero yo no me la tuve,
tú tampoco, mi pequeño.
Míralo, óyelo y verás:
sigue contando su cuento.

CONCÓN

Nos sigue el aire marino
con un estremecimiento,
alimento suyo y de hombres,
de mar picado y de cedro.

El viento que nos apura
trae de Concón sus lienzos
y bate tactos de barcas
y el caer con chapoteo,
y el nombre que les pregonan
los calafates riendo
entre olores que declaran
olas, breas y maderas.

Se sienten caer las doce
cortadas en pino y cedro,
y lo que al lanzarlas gritan
es que por fin los mañeros
que eran el mar y la selva
pararon en casamiento...

Cuando vengamos de vuelta
por el “segundo sendero”,
con ellas nos cruzaremos
y vendrán graves y lentas
como almas que “recibieron”,
y con un azoro alegre,
desde el timón a los remos.

Cuando te deje en tu playa,
si escoges el ser costero,
me vas a hacer una barca
como otros no la tuvieron.
Yo te veré calafate,
que no piedra del desierto:
y sin sorber blanco polvo
todo mar navegaremos.
La promesa cosquillea tu
cuerpecito atacameño
y el mar te acepta engreído
de vanidad y deseo.

VALPARAÍSO

Se pierde Valparaíso
guiñando con sus veleros
y barcos empavesados
que llaman a que embarquemos,
pero no cuentan sirenas
con estos aventureros.

PALMAS

Planta palmas, jardinero,⁵
no vas a gozar sus talles
de matrona con gracia.
Tampoco se la gozaron
los que palmares te dieron.
Te ríen unos ociosos
el afán de acarrear reinas
que cantan a los diez años
y antes ni hablan ni sombrean.

Coge en tu mano semillas
y canta, cantando, siembra.
Así mismo te pusieron
tus padres, riendo en la tierra.
Planta la palma de miel,
plántala, aunque no la veas,
y no le goces la fiesta
ni le oigas la risotada
de niño loco o mujer ebria.
Canta para la que nace
en este mismo momento,
planta unos hijitos de ella...

Es bella como ninguna
por altiva y por señora.
Todos los aires la buscan
por su resonar de velas

5 Se eliminó el primer verso incompleto: "En el mes de...", porque la palma se planta en invernaderos en cualquier época del año. (N. de los Eds.).

que silban o que murmuran
o rezongan, comadreras.

Yo oí al huertero decir
que valen solo de viejas,
que son unas remolonas
en crecer, y otras lindezas.
Van a cantar en creciendo
del alba a la noche ciega,
por el antojo del viento
o el antojo de tu pena,
o por alabar el alba
que sin ser llamada llega.

Qué himno recio el que cantan,
pero qué fieles lo entregan
desde que el día amanece
y muere y otro comienza.

—También vas a creer, mama,
que son gentes las palmeras,
y querrás que viva en Ocoa
por oírlas y por verlas.
También las crees personas
y te lo crees a ciegas.

—Apura el paso y, llegando
a Ocoa, crees en ellas.
Unos creen por el ver
y el tocar, y otros bizquean
hasta en tocando y en viendo,
y éstos pierden la fiesta.

Cuéntame, palma de miel,
cuenta si acaso recuerdas
quien novelero te trajo
por unos mares y tierras,
o di si de todo tiempo
el gran Dios te hizo chilena.
Nunca supieron contarme
tu secreto. Cuenta, cuenta.

Se me alborota en lo alto,
con queja dura contesta
y no le entiendo el parleo
tan alto y recio, de reina.
Para agradecerle, sí,
la miel que cuaja en la siesta,
me desvié del camino
y estoy como romera
por oírle el canto recio
de madre espartana
o de vieja madre hebrea.

Sigan las palmas cantando, cantando
canción que ama y que vela,
canción de madres despiertas.

PALMAS DE OCOA

Recto caminamos como
los que llevan derrotero,
según volaba la flecha
del indio, loca de cielo,
por el país que parece
dulce corredor eterno.
Pero va llegando ahora
un llamado, un palmoteo.

Son las palmeras de Ocoa
lo que se viene en el viento,
son unas hembras en pie,
altas como gritos rectos,
a la hora de ir cayendo
en el mes de su saqueo,
y las demás dando al aire
un duro y seco lamento.
Y son heridas que manan
miel de los flancos abiertos,
y el aire todo es ferviente
y dulce es, y nazareno,
por las reinas alanceadas
que aspiramos y no vemos.

Caminamos respirándolas
la mujer, el indio, el ciervo,
y llorándolas los tres
de amor y duelo diversos.
El que más sabe es el indio;

el que oye mejor, el ciervo;
y yo trato en estos hijos
por gracia de ambos, sabiendo.

ALCOHOL

Resbalando los pañales
y entrando por los viñedos
que el diablo trenza y destrenza
desde la cepa al sarmiento,
dan al animal y al indio
tufos de alcohol violento,
y ambos ven la llamarada
que salta de pueblo a pueblo,
con la zancada y la mueca
del mono que corre ardiendo.

Al indio el payaso trágico
le robó el padre en su juego;
al otro quemó el pañal
que blanqueaba de corderos,
y a mí me manchó de niña
la bocanada del viento.

Vaciaremos los lagares
y aventaremos los cueros,
para quemar la demencia
de los mozos y los viejos.
¡Ea, el chiquillo y la bestia!
¡Vamos por bodegas y pueblos,
vamos, como los cruzados,
hostigando al esasperento!

MONTE ACONCAGUA

Yo he visto, yo he visto
mi monte Aconcagua.
Me dura para siempre
su loca llamarada
y desde que le vimos
la muerte no nos mata.
Manda la noche grande,
suelta las mañanas,
se esconde en las nubes,
bórrase, acaba...
y sigue pastoreando
detrás de la nubada.

Parado está en el sueño
de su cuerpo y de su alma,
ni sube ni desciende,
de lo absorto no avanza;
su adoración perenne
no se rinde y relaja,
pero nos pastorea
con lomos y llamarada,
aunque le corran cuatro
metales las entrañas.
La sombra grave y dulce
rueda como medalla;
ella cae a las puertas,
las mesas y las caras,
los ojos hace amianto,
los dorsos vuelve plata,
conforta, llama, urge,
nos aúpa y abrasa,

Elías, carro ardiendo,
¡monte Aconcagua!

Cebrea los pastales,
tornea las manzanas,
enmiela los racimos,
enjoroba las parvas,
hace en turno de Jove
tempestad y bonanzas,
cuenta y recuenta hijos
y de contar no acaba...

Le aguardan espinales
a la primera jornada;
después, salvias y boldos
con reverses de plata,
y a más y a más que sube
el pecho se le aclara:
arrebatado Elías,
¡Elohim Aconcagua!

A veces las aldeas
son de su ardor mesadas
y caen desgranándose
en uvas rebanadas.
Mas nunca renegamos
su pecho que nos salva,
parece sueño nuestro,
parece fábula
el que tras de las nubes
su rostro guarda.
¡Elohim abrasado,
viejo Aconcagua!

Yo veo, yo veo,
mi padre Aconcagua
de nuestro claro arcángel
desciende toda gracia.
Ya se oyen sus cascadas,
por las espumas blancas
la madre mía baja
y después se va yendo
por faldas y quebradas.
¿Demiurgo que nos haces,
viejo Aconcagua!

Di su nombre, dilo a voces
para que te ensanche el pecho
y te labre la garganta,
y se te baje a los sueños.
Aconcagua, “padre de aguas”,
Aconcagua, duro gesto,
besado del Dios eterno
y del arrebol postrero.
Algo ha en tus manos, algo
que invoca por tus dos pueblos.
“Paz para los hombres, paz”,
bendición para el pequeño
que está naciendo, dulzura
para el que muere...

MANCHA DE TRÉBOL

Un silbo del Aconcagua
me alcanza y lleva de nuevo.
Hay un alto trebolar
con tactos de terciopelo
en donde me espera, rota
y parada como en cerco,
la ronda que comenzamos
entre la tierra y el cielo.

Si voy, entro y doy la mano,
se pone a girar de nuevo;
pero aquel que la voceaba
voz ya no da, que está yerto.

VALLE DE CHILE

Al lindo valle de Chile
se le conjuga en dos tiempos:
él es heroico y es dulce,
tal y como el viejo Homero;
él nunca muerde con soles
rojos ni con largos hielos,
él se apellida templanza,
verdor y brazos abiertos.

Para repasarlo, yo
que lo dejé, siempre vuelvo
a besarlo sobre el lago
mayor y el oscuro pecho,
y me echa un vaho de vida
el respiro de sus huertos.

Él da mieles a la palma,
funde su damasco denso
y le inventa doce tribus
al canon del duraznero,
y al manzanar aureola
de un pudor de aroma lento.

Y las pardas uvas vuelve
lapislázuli, oros viejos,
tú, largá Gea chilena,
contra Canidia, ojos buenos,
consumada al tercer día,
prefigurada en los cielos.

J A R D I N E S

—Mama, tienes la porfía
de esquivar todas las casas
y de entrarte por las huertas
a hurgar como una hortelana.
¿No sabes tú que tienen dueño
y te pondrá mala cara?
A huertos ajenos entras
como Pedro por su casa.

—A unos enseñé a leer,
otros son mis ahijados
y todos por estos pastos
vivimos como hermanados,
y las santiaguinas solo
me ven escandalizadas
y gritan “¡Válgame Dios!”.
o me echan perros de caza.
Pero pasaré de noche
por no verlas ni turbarlas.
¡Qué buenos que son los pobres
para ofrecer sopa y casa!

F L O R E S

—No te entiendo, mama, eso
de ir esquivando las casas
y buscando con los ojos
los pastos o las mollacas.
¿Nunca tuviste jardín
que como de largo pasas?

—Acuérdate, me crie
con más cerros y montañas
que con rosas y claveles,
y sus luces y sus sombras
aún me caen a la cara.
Los cerros cuentan historias
y las casas poco o nada.

—Y a mí que me gusta tanto
pegarme a cercos de casas
y traerte por cariño
rosas y lilas robadas...

—No es que deteste las flores,
es que me ahogan las casas.
Oye tú, cuando las hacen
desperdician las montañas,
apenas si ellos las miran
como si fueran madrastras.

—Claro, tuviste el antojo
de volver así, en fantasma
para que no te siguiesen
las gentes alborotadas,

pasas, pasas las ciudades,
corriendo como azorada,
y cuando tienes diez cerros,
paras, ríes, dices, cantas.

—Tapa tu boca, que tú
no les pones mala cara
y gritas cuando los Andes
con veinte crestas doradas
y rojas, hacen señales
como madres que llamaran.
Yo te gano la porfía,
indito cara taimada.
¿Cómo vas a convencer
a la criada en sus faldas
y guardada de sus sombras,
y de ellas catequizada?
Me duermo a veces mirándolas,
tomada, hundida en sus faldas.
Y con entregarme a ellas
mis penas se vuelven nada.
Ya no soy, solo son ellas
y lo que manan: su gracia.

—¿Qué es lo que tú llamas gracia,
pobrecita que no llevas
sobre ti cosa que te valga?

—La gracia es cosa tan fina
y tan dulce y tan callada
que los que la llevan no
pueden nunca declararla,
porque ellos mismos no saben
que va en su voz o en su marcha,

o que está en un no sé qué
de aire, de voz o mirada.
Yo no la alcancé, chiquito,
pero la vi de pasada
en el mirar de los niños,
de viejo o mujer doblada
sobre su faena o en
el gesto de una montaña.
Bien que me hubiese quedado
sirviéndola embelesada,
pero fue mi enemigo
la raya blanquidorada
de una ruta de un río y más
y más un mar de palabra.

—No te entiendo, ¿por qué tú
siempre andas pensando
para mí en una parada,
en hoyos de aburrimiento
de una casa y otra casa...?

—Es que, como el pecador,
amo y detesto las casas:
me las quiero de rendida,
las detesto de quedada.

—¿Y cuándo voy a parar
yo, mama, si tú no paras?

—No te podría dejar
en la tierra ajena y rasa,
sin un techo que te libre
de viento, lluvia y nevadas.
¿Cómo volvería yo

a mis huertos y a mi patria,
a mi descanso, a mi término,
al ruedo ancho de mis muertos
y a la eternidad ganada,
dejándote a media ruta
como las almas penadas?

Cuando empezamos a andar
tú no tenías “compaña”
ni para la noche ciega
ni las rutas escarchadas.
Ya miraste, ya aprendiste
cómo se siembra y se planta,
cómo se riega el durazno
y la sequía se mata,
y se ahuyenta la peste
hasta que la peste acaba.

Cuando mañana despiertes
no hallarás a la que hallabas
y habrá una tierra extendida,
grande y muda como el alma.
Apréndete el oficio nuevo y eterno.
Pide tierra para ti, cóbrala.
Es la tierra en la que yo,
tu pobre mama fantasma,
fue feliz como los pájaros.

—¿Te me vas, di? Sí, ya vas yéndote.

—Porque ya me estoy cansando
de ver y contar montañas,
me voy a entrar por la puerta
sin llaves y sin murallas.

Déjame, déjame entrar,
nadie se allega a fantasmas.
Aunque alinden La Serena
y se la aúpen a corte
con zar y torres doradas,
lo mejor siempre serán
sus huertas embalsamadas,
su oración crepuscular
y el canto de sus campanas.

—Yo te sigo, mama, aúpame,
que voy a pata pelada.

—Salta las cercas, no temas,
esa huertera no es mala.
Por allá azulean uvas
y aquí las flores casi hablan.
¡Eh!, ¿te llenas los bolsillos?

—¿Y qué te creías, mama?

—¡Qué saqueo estás haciendo!
¡Uvas negras y rosadas!

—Y tú no me ayudas, no;
y estás como embelesada.

—Sí también estoy cogiendo,
pero no cosa vedada.
Son gajos de flores rústicas
que tú me escoges trocadas,
porque no sabes de flores
y disparatas al mentarlas.
Sigamos andando digo,

te las miento y doy cortadas.
¿Ves? Te pesan los racimos.
Las mías no pesan nada.
Este manojo, óyelo,
es no más gajo de salvia.
¿Cómo que no la conoces
si como tú, es campechana?
Ella crece, cunde, medra,
como cosa de nonada.
Tú la has visto en cualquier huerta,
pero no es aseñorada
y medra hasta en los potreros
echando flor azulada.
Mírala, abájate, huele.
Ya, ya. No vas a olvidarla.

—Mama, tú hablas de las matas
como si fueran “cristianas”.
¿Cómo te acuerdas del nombre
y del olor te atarantas?

—Calla y miéntala una vez,
dos veces, tres, ya, ya basta.
Ahora, ahora esta otra...

—Oye, yo me sé los pájaros,
me los hallo porque... cantan.
No te digo lo demás,
porque de todo te espantas.

—¿Que tú los coges, es eso?

—Ahora ya no digo nada.

—Ya entendí, ¡qué cara fea!
Eso me cuentas mañana.
Ahora estoy dándote a oler
este romero de España,
al que llaman de Castilla.

—La mama se lo tenía,
pero ya me lo olvidaba.
¿Es que tú tenías huerta?
De eso no me has dicho nada.

—Te escapas, sacas el cuerpo,
pero soy, has de saber,
una fantasma porfiada.
Y este otro gajo cogido
es de toronjil, ya basta.
Pero si hemos de seguir
así con las manos dadas,
yo me tengo de mentarte
lo que nunca te mentaron.
Es muy lindo bautizar
las criaturas amadas.

—Mama, dices “criaturas”,
pero estos pastos son nada.

—Ahora te pongo a dormir
tu siesta. Tiéndete y calla.
A lo mejor te dan lindo
sueño las tres agraciadas.
Estás amurrado, sabes
duerme, duerme, te hago “nana”.

—Las flores de Chile son
tantas, tantas, mi chiquillo,
que si te las voy mentando
te azoran y te atarantan.
Te voy a contar de algunas.
Párame si es que te cansas.
Unas serán las “catrinas”;
otras, campesinas rasas.

Ya sabes que no me sé
mucho a las “aseñoradas”
que no quieren doncelear
de las campesinas rasas
y les ponen el mal gesto
que les dan a sus cabañas.

Voy a decirte lo que
con la pobre menta pasa,
también con la hierbabuena
e igual con la mejorana.

—¿Qué les pasa, mama, di?

—Que ellas huelen todo el año
y las rosas una semana,
y tanto que pavonean
de su garbo y de su gracia...

Por estos lados prosperan
esas que mientan Susanas
y no es más que la merita
manzanilla ojidorada,
un sol pequeñito, una
que no presume de nada.

Desde que hacemos camino
parando en huertas o casas,
nos sale al paso y saluda
así con la frente alzada,
y aunque son tantas las rosas
amarillas y rosadas,
la paisanita y la blanca,
más duran menta y romero.

Aquí donde cabecean
las que auguran bodas o nada,
vale la pena parar
por estas ojidoradas,
aunque ellas están rendidas
y hartas de ser consultadas.
Porque de novias, de veinte,
ansiosas y atarantadas,
siempre le están preguntando
“si el novio cumple o si nada”.

Cuando ya te llegue el tiempo
de noviazgos y jaranas,
andarás también buscándolas
con la codicia en la cara:
“Me quiere”, “me quiere mucho”
o “poquito” o “casi nada”.
Y las manzanillas van
a responder en voz baja:
“Mucho”, siempre, hoy y mañana.
Y la rosa va a decir:
“Mucho” y solo una semana.

—De noviazgos, no sé nada...

—¿Qué pena, mío, no verte
con novia encocorocada,
la iglesia hirviendo de luces
y la aldea de campanas.

—Cuando hablas así de loca,
mama mía, me atarantas.
Mejor te callas y tomas
las manzanillas cortadas.

—Gracias, sí, mi niño, pero
no me gustan de cortadas.
Se doblan sus cabecitas
y en poco no valen nada.
Pero los grandes ni tú
entienden la salvajada
y despojan a la ruta
que les echa una mirada
dura que los va siguiendo
como insistente palabra.

—Mama, ¿ves cómo eres loca?
Ni quieres verte enflorada.
Pero yo te quiero mirar
tan feliz como unas Pascuas
y quiero oírte cantar
en vez de decir palabras
que te oigo y no te entiendo,
y que son como quedadas...
Canta el viento de tu nombre,
llámalo según lo llamas,
porque solo cuando cantas
se nos aviva la marcha.

—Cuando me pongo a cantar
y no canto recordando,
sino que canto así, vuelta
tan solo a lo venidero,
yo veo los montes míos
y respiro su ancho viento.
Cuando es que el camino va
lleno de niños parleros
que pasan tarareando
lo más viejo y lo más nuevo,
con semblantes y con voces
que los dicen placenteros,
yo veo una tierra donde
tienen huerto los huerteros.
Y cuando paro en umbrales
de casas, y oigo y entiendo
que Juan Labrador ya se labra
huerto suyo y duradero,
a la garganta me vienen
ganas de echarme a cantar
tu canto y lo voy siguiendo.

Parece que hasta la tierra
que llaman “bruta” los lerdos
se puso a hablar cuando vio
el reparto de mil huertos.
Cantaba y yo me lo oí
y canté días enteros,
y canté junto con ellos
el silbo de cuatro vientos:
viento sur y viento norte,
con el este y el oeste.
¿No hubo día entre los días
tan dorado y tan ferviente!

Cuando ya cae la noche
y me está llamando el sueño,
y alguna puerta se me abre
que es la de Juan Cosechero,
digo: “Yo bien duermo aquí,
porque me va a dar buen sueño”.

Cuando es tiempo del maíz
granado y el trigo tierno,
y siento cortar mazorcas
que caen como entendimiento,
con mi cuerpo de mentira
donde se sientan me siento.
No me duele el que no vean
en cuerpo a la que es de sueño
que se hace y se deshace,
y es y no es al mismo tiempo.
Lo que importa es que los miro,
que los palpo y me los tengo
felices como en los cuentos.

Me gustan los ademanes
y los gestos de mi gente,
el bien volar el trigo
y el abajar el ciruelo,
el regodear la frutilla
y cogérsela con tiento.
Me duelen las podas duras
del parrón que vi pequeño,
el oír caer el trigo
recto y con un tarareo.
Pero lo que más me gusta
es ver subir los renuevos.
Parece que son llamados

y que van apareciendo:
un dedito, diez y ciento,
y el uno mirando al otro
y todo el árbol contento;
y primaveras y otoños
de manos de Dios saliendo
y poquito a poco, todas
las ramas secas “volviendo”
y gesticulando azoradas
de que la muerte fue cuento.

Con los brotes asomados
están ojeándose y viéndose
sin costumbre y con sorpresa
que todo vuelve de nuevo,
y con unas timideces
de niños con traje nuevo.
Los dos mil duraznos pálidos
y los doscientos ciruelos,
y las vejanconas parras
bajito se cuchichean
y corre de mata a mata
el chisme y sigue corriendo.
Y el que los puso a dormir
les va apurando el suceso
y cada día amanece
más donoso el viejo huerto.
Pasa toditos los años
y siempre parece cuento
que el huerto vive su muerte
y no le cuesta el morir
y tampoco el devolverse.

No comer fruta pintona
por puro atarantamiento.
Unas semanitas más
y todo llega devuelto:
color, aroma, sabores,
gritería y canasteo.

—Esas muchachas que buscan
flores, no las cogen, mama.
¿Qué les pasa que no ven
la retamilla y la malva,
la topa-topa y la albahaca,
el huilli, varilla brava?

¿Sabes?, por ser hierbas locas
ellas las mientan cizañas.
Oye: por donde pasamos
se da la flor de la araña,
también el amancay,
y aquellas “varillas bravas”.
No cortan, siguen de largo,
como si vieses nonada.
Dijiste tú que reparten
a los pobres tierra dada.
Cuando me la den a mí,
verás que pongo turnadas
la lenteja con el pilpu.

—Yo no sabía, chiquito,
que las flores te importaban.
Gentes hay que ni las ven
y pasan como que nada.

Son los tontos, pero acuérdate
de cuando pasa una oleada
de menta o huele de noche
o de la varilla brava.

—Esas, bah, salen solitas,
¡nadie las riega ni planta!

A L A M E D A S

Las alamedas nos siguen
y nos llevan sin saberlo
por su abierta vaina verde
que canta de su aleteo,
y ríe y ríe feliz
con risa que es regodeo,
con sus troncos extasiados
y sus brazos en voleo...

La lenta y desenrollada
nos lleva, de magia adentro,
como el Rafael arcángel
en un inefable arreo,
y la marcha nos festeja
a risa y cascabeleo.

¿A dónde será que llevan
para que así las crucemos
como un corredor de gracia
que muda la marcha en vuelo?

LUZ DE CHILE

¿Qué tendrán las piedras pardas
y los pedriscos y el légamo
que al más cascado lo llevan
alácrito de ardimiento?
Es como que el valle hace
de camino y de viajero,
y nos lleva liberados
de jornada y de aceceo.

La luz viva travesea
a donaire y devaneo,
y da mirada de amante
rica de descubrimientos.
Prendidos a lo que amamos
vistas ni aromas perdemos
y por la luz que tuvimos
de muertos seguimos viendo.

Hermana loca la ruta,
madre luz y padre el viento,
y tú, norte aventurero,
no me faltéis que voy sola
con un huemul y un pergenio.

Lleva un lindo trotecito
el ciervo en Abel contento
y el valle se nos anima
de sus locos corcoveos.

Por fin la sonrisa sube
al indio en corto chispeo
y a los tres ya no les pesa
el mundo que recibieron.

La luz del valle central
es la que nos da ardimiento,
hace ver el maizal
en muchachada que danza
y las melgas de porotos
son un baile de muchachas.

Ella muda el niisperal
en cargazón de luceros;
de la higuera hace matrona
inmóvil por regadora;
de cada piedra hace otra
que es reina y camina...

MANZANOS

La manzana como niña
se columpia en lo escondido
y su olor, de dulce y manso,
no arrebató los sentidos.
Huele a gracia y a bondad
cual la menta y el tomillo.
De lo dulce que comienza
para en mejilla de niño,
y juran los forasteros
que ella es lo mejor que hubimos.

Nos retiene todavía
el manzanar alto y fino,
será que se da con gusto
al que lo abaja sin ruido
y no le rompe la rama
ni lo agita y ataranta,
porque defiende los nidos.

—¿Sabes? Los extranjeros
nos disputan lo que hubimos,
pero cubren de alabanzas
la manzana que les dimos.
Plántalas en cuanto crezcas,
no estarás arrepentido.

—Mama, repite otra vez
aquello, aquello que has dicho,
que vamos a tener todos
sí, sí, huerta... o huertecillo.

Pero tanto tiempo dicen
eso mismo y no ha venido.

—Cree ahora a quien lo dice:
la huerta viene en camino.

—¿Camino?

—Sí, ya se acerca.
Está llegando, mi niño.

SALVIA

Vamos pasando un campillo
como bañado de gracia,
apretando sobre el pecho
como a tórtolas robadas,
el hálito de la menta,
el ojo azul de la salvia,
el trascender del romero
y el pudor de la albahaca.
Corto con la mano de aire,
corto como desvariada
y voleando el manojo,
les miento sus cuatro patrias:
la Castilla y la Vasconia,
la Provenza y la Campania.

Llegué al punto de su flor
y sus bodas azuladas.
Toda hierba amé, pero esta
siempre fue mi ahijada.
Lento el hálito, ojos dulces
y este fervor que las alza.
Aquí estoy mirando cuatro
bultitos de encucilladas,
tan atentas con sus dulces
cuellos de niñas alzadas.

Matas de azul no engreídas,
en su hálito balanceadas,
así apresurando azules
y volando aligeradas.

Esta siesta se la doy
y ellas me la dan sobrada.
Aunque les vuelvo sin bulto,
mera señal, bizca fábula.
¡Qué bien que estamos así
por el encuentro arrobadas!
Sobran la ruta y las gentes,
y el tiempo que antes volaba.

MANZANILLAS

Ellas cogen, cogen, cogen,
sin manos las manzanillas,
y son no más que juguetes
del aire, o no más que niñas.

Apenas dejan detrás
al viejo con lagrimeo,
apenas va don Invierno
a meterse en su agujero,
haciendo “las que son nada”
ni van a ser en el huerto,
se están viniendo, se vienen
y apuntan como en secreto.

Tan negra, tan fea y muda
que mama tierra parece,
y de donde irán subiendo
las que de pronto aparecen.
Ay, les torcimos el nombre
y ni llamadas se vienen.
Y cuellialzadas y atentas,
ya no miran ni se vuelven.
Cuando pasamos mentándolas
apenas si se estremecen.

Margaritas, margaritas,
no aquellas otras que huelen
y viven solo en jardines
como quien todo merece.
Esas son las tuberosas
y son si acaso parientes.

Las margaritas son estas
cuyas cabecitas juegan
como al irse y al volverse,
porque el aire que las tiene
no deja, no, que sosieguen.

—Pero, ¿por qué, por qué, di,
toman su nombre las gentes?

—Las gentes, esas se nombran
así, así, por parecérseles.

—Mira, mío, qué ocurrencia
eso de hacerlas mujeres,
con nosotras nunca el aire,
ay, ay, así juguetea.

—Todos las cortan, ¿por qué
tu niño no ha de cogerlas?

—Yo no he visto que las gentes
las pongan nunca en macetas.

—Déjalas. Bien, basta que
Dios las siembre y las florezca.
Tanto le gustan a Él
que en todas partes las siembra,
como un loco, Tata Dios
en el aire las vuela.

—Si te paras, si paramos,
algún día, alguno, ¡ea!,
las vamos a sembrar, mama,
a lado y lado en la huerta.

—No sembramos los fantasmas.

—¡Ah, de veras, pobrecita!
¿Lloras por eso? ¿Es que lloras?

—Sí, porque quise la tierra
y no sembré...

L A R U T A

¿Qué hermosa corre la ruta
de Rapel al río Laja
antes de que lluvia o nieblas
la pongan bizca o cegada!
Sin brazo alzado conduce
como nos lleva nuestra alma,
y va recta a su destino
si los Andes no la atajan
o le tuercen la aventura
como al amante y la amada.

Y esta ruta no va, no,
desnuda ni solitaria:
va asistida de poleos,
de hierbabuena y de salvias,
adulada de alamedas
o silabeada de cañas.

Por que de rasa y lampiña
no haya tedio la cuitada,
y por que la vagabunda
no pare en desesperada,
sigue, sigue, sin relajo,
como loca o embriagada.
¿Qué obsesión y voluntad
la cogió, la lleva y manda
para que no la detengan
la tormenta, la nevada,
el torrente, la pedrera
y el rodado que la alcanza...

Va zurcida de charoles
como la carne estropeada
y a trechos suelta unos visos
como de anguila empapada.
Por fin a la noche llega
libre de tropa y muladas,
y la restaura el rocío
de la ancha noche estrellada.

Todos los colores caen
a la sierva y la humillada;
ella asusta en los ponientes,
lamida de cobre en llamas
y en noches de luna embruja
cual Sulamita azulada.
Pero es más la mujer ruta
en sus estameñas pardas,
nieta de Tahuantinsuyo,
sin facciones, voz ni nada,
Mama Oclo cargadora,
toda silencio y espaldas,
sin contar cuánto se sabe
por más que sepa mil fábulas.
¡Lleva, lleva y aunque arribe
nunca duerme en las posadas,
y del amor que la lleva
será que corre embriagada!

Tan fiel que lleva, por más
que mude nombres y caras,
desde lo llano a lo pino,
voluble de alucinada
y en loco garabateo
de conflictos y de alianzas.

Los que marchan van alertas
como van las vivas aguas...
que la cuesta, que el atajo,
que la gran piedra rodada,
que el tronco de laurel roto,
que el granizo, que la escarcha...
Húmeda, enjuta, callada,
recogiendo va las huellas
nuestras, como hijas amadas,
y sin fatiga ni tedio
las recuenta en las paradas:
madre nuestra en lo paciente,
lo fiel y lo resignada.

Días y días conduce
sin voluntad, como el llama,
y de repente la odiamos
por lo morosa o la larga,
y cuando ya nos rendimos
tomará nuestra jornada,
pues de pronto no la vemos
ni oímos más nuestras plantas
y empieza un andar dormido
de eternidades bienhadada,
y mujer, y bestia y niño,
como del viento llevados,
bruscamente despertamos
en una aldea impensada
o en unas huertas que huelen
a vendimia consumada.
A ratos la ruta chilla
por el carro de manzanas
o el tractor que va gimiendo
de maderas embalsamadas;

y la ofenden la tropilla
y el mayoral que la canta.

El mayoral de los Andes
nos mira empinado el ceño
—blanca el ansia, blanco el logro
y los escondidos fuegos.
Con alburas paternea
y nos aguza el deseo,
y sin brazos nos sostiene
como los dioses sin cuerpo.

Están haciendo el curanto
mujeres encucilladas
y lo hacen para alegría
y perdición los cuitados
y las cuitadas que silban
y ríen enajenadas.

Todavía quien se acuerda
da con mano rebosada,
lo mismo si el hambre es ángel
que si es gente perdularia.
En donde no son ciudades
pasa tal como pasaba:
que dos miradas se cruzan,
piden y dan sin palabras,
y una cena de patriarca
llega como fabulada...

A pesar de tiempos duros
y Padrenuestros que fallan,
hacienda o rancho responden
al grito o a las palmadas.

¡Bendito el Dios que está vivo
y abaja tranqueras altas,
y la cara del disco de oro
que acude como llamada
trayendo la taza humeante
que a los hambrientos alargó!

Danos un respiro, tú,
ruta chasqui sin paradas,
oye que en el viento viene
un rasgueo de guitarras,
y mujeres que las tañen
entre ardientes y quedadas.
¡Lo mismo te da aguardar
que llevarnos apurada!

Suelta, ruta, la tropilla,
que por fin se ve una granja
en donde están ordeñando
a gemelas rebosadas.
El señor que caminó
probaría estas jornadas
y tuvo sed y pedía
para toda su compañía.
Mira que el campo será
de Abraham, si nadie ataja...

La mi bestiecita hambrienta
éntrese por las cebadas,
porque vamos a pedir
a la dueña de vacadas
como quien cobra en el flanco
materno leches sobradas.

Allégate, el indiecillo,
coge por ti y la compañía...
Hambre que tienes no dices
y siempre hay que adivinártela.
Pide, que el indio no niega;
tampoco los “caras pálidas”.

Come lento, bebe lento,
que por las veinte semanas
no sabemos cortar pan
ni beber espumas altas;
y entre un sorbo y otro sorbo,
mira a la mujer callada,
que en el temblor es María
y en lo preferida Sara,
y ve los brazos ligeros
que siegan, al sol que abrasa,
mientras yo mascullo algo
parecido a acción de gracias.

CORDILLERA

I

Este día ya no digas
más, que me la sigo viendo
y se me van a quedar
en los ojos veinte cerros.
¿Es la patrona blanca
que da el temor y el denuedo!

—¿Por qué no se acuesta nunca
y no se baja? No entiendo.
Yo jugaría con ella,
con susto, pero riendo;
mas ella está encocorada
y nunca, nunca baja a vernos.
Le grito por si responde
y apenas contesta el eco.
¿Y siempre va a estar así,
mama? ¿Por qué estás riendo?

—Porque a la vez tú la quieres
y a la vez le tienes miedo.
Dicen que el cordillerano
mamó leche de dos pechos:
el uno blando y florido,
el otro taimado y recio.
La madraza de ojos fijos
solo les copiaba el gesto,
y el vendimiador contento
y el fatigado minero,

rostro dichoso tenían
contando en hijos sus cerros,
y yo bien me la tenía en
las veras y en los sueños.

—Mama, pero eso que no habla,
¿cómo es que algo te decía?

—No eran palabras, con gestos
iba diciendo y diciendo...

—¿Qué cara pones, mama,
y lloras y no es de miedo!
Y ahora a causa de ti
siempre voy a estar me viendo
lo mismo que tú, y a urdir
con ella veras y cuentos...

Aunque queremos la ruta
varia, ardiente y novelera,
y al mar buscamos oír
el duro grito y la endecha,
pasa siempre que volvemos
el rostro a la madre cierta.
Cuando decae la marcha
y la garganta jadea,
y nos miramos, tú, ciervo,
y yo, la apunta senderos,
cae la vista rendida,
sin buscarlo, sin saberlo,
sobre aquella dama blanca
que mira y mira sin gestos,
y la divina y la fiel,

puro amor y seguimiento.
la mirada nos devuelve
como amando y entendiendo.

—¿A ti te ha querido, a ti,
que me pones ese gesto?

—Tal vez. Eso parece
un sí y un no al mismo tiempo.

II

Andando va con nosotros
como un sueño verdadero,
casi tocando el costado
la dueña de nuestros cuerpos,
como una sola alma fiel
y con semblantes diversos.

Mirando recta hacia el niño,
haciendo señas al ciervo
y cerrándoseme a mí
en un nudo que le entiendo,
mi cordillera camina
con sus carnes y sus huesos.

Centauro y costumbre nuestra,
divina bestia sin tiempo,
aupada por el espíritu
y abajada por los miembros,
así, entre Dios y nosotros,
existe en Pillán de fuego.

Cada uno de nosotros
la va ignorando y sabiendo;
le va hablando con la marcha
y con el entendimiento,
punzados y enardecidos
de su llameante arponeo.

Sin abajarse nos cubre,
lúcidos vuelve a los ciegos,
y en el tumbo de la sangre
nos amartillea el pecho:
alto yunque que nos hace
medio arcángel, medio Hefesto.
Y así nos labra y nos urge
a filo de piedra y hielo.

Enderezados los tres
o sin alzar nuestros cuellos,
lo mismo la habemos como
al Dios de tactos inmensos:
la desvariamos dormidos
y la sabemos despiertos.

Su vertical nos retiene
o nos suben sus faldeos
que los tres le repechamos
en pasión o regodeo.
Nunca la alcanzamos,
pero en el soñar la tenemos.

Vamos unidos los tres
y es que juntos la entendemos
por el empellón de sangre
que va de los dos al ciervo

y la lanzada de amor que
nos devuelve, entendiendo,
cuando los tres somos uno
por amor o por misterio.

LA MALVA FINA

En la huerta de Mercedes,
que da su olor desde lejos,
lo que su dueña más quiere
y mima es la malva fina.
No la ves sino abajándote,
es persona escabullida,
¡para que se ha de mostrar
si a tres pasos se adivina,
y la brisa más delgada
su nombre susurra y mima,
y su aliento dice y dice
malva fina, malva fina!

—Ya, ya, pero si la cojo,
también tú por ella gritas.

—Tómala, pero en poquito:
a ella la hicieron esquiva
y cuando la manosean
se duele como una niña.

—¡Un solo gajito, uno!

—¡Cómo huele la bendita!

—¿Por qué, mama, tú no tienes
ni un jardín, ni una matita
y eres errante y caminas,
así, con manos vacías?

—Menos averigua Dios
que me crio peregrina.
No vas a olvidar andando
esta parada, esta cita
que tuviste en el camino
con yuyos y malvas finas.
Cuando sea que sosiegues,
cansado de polvo y vía,
y de esta mujer fantasma
que se venía y se iba,
van a llegarte oleadas
de juncos y malva fina.
Yo solo vendré si acaso
me cuentan que aún caminas,
porque como no me dejan
colarme por las masías,
solo volverás a verme
si con un grito me obligas.
¡Yo estaré a tu lado como
la perdiz que en casas crían
y, aunque ni me oigas ni veas,
oye que bajo a la cita!

—¡Qué cosas dices, qué cosas!

—¡Ay, es cierto, y te vas yendo
y sigues y sigues, sí,
ya... apenas si te veo!
¡Pero te vas alejando,
ay, mama, te vas perdiendo!
Un poquito todavía...

Ibas conmigo, sí, ibas
y yo solo te seguía.
Será cierto que no eras como la gente decía.
Ya no te veo, ya va
tragándote la neblina,
tal como se fue la mamá.
Devuélvete, no me dejes.

Nada quedó, niebla indina
y unas mujeres que gritan:
¡Era cierto, sí, era cierto!
Y me van llevando ahora
y gritan que yo las siga.
Pero, ¿por dónde ella va?
Y si no es, ¿por qué camina?

Me llevan para sus casas
oscuras como las minas
y no la voy a ver más,
¡igual que la madre mía!
¿O era ella? —Sí, era ella,
—gritan estas—. ¡Qué mentira!

RAÍCES

Estoy metida en la noche
de estas raíces amargas,
ciegas, iguales y en pie
que como ciegas, son hermanas.

Sueñan, sueñan, hacen el sueño
y a la copa mandan la fábula.
Oyen los vientos, oyen los pinos
y no suben a saber nada.

Los pinos tienen su nombre
y sus siervas no descansan,
y por eso pasa mi mano
con piedad por sus espaldas.

Apretadas y revueltas,
las raíces alimañas
me miran con unos ojos
de peces que no se cansan;
preocupada estoy con ellas
que, silenciosas, me abrazan.

Abajo son los silencios.
En las copas son las fábulas.
Del sol fueron heridas
y bajaron a esta patria.
No sé quién las haya herido
que al rozarlas doy con llagas.

Quiero aprender lo que oyen
para estar tan arrobadas.
Paso entre ellas y mis mejillas
se manchan de tierra mojada.

P E R D I Z

—Oye, ¿qué gime o qué llora?
Dime, dime, ¿qué le pasa?
Corre adentro del trigal,
pero a trechos se descansa.
Es más grandota que pájaro
y lleva críos. ¿Es mama?

—A esas que corren las mientan
la keu y la copeteada,
y andan desde el viejo tiempo
de poetas alabadas.
¿Y tú te ibas como loco
a coger a la cuitada!
Mírala, ella va corriendo
para cubrir su pollada.

—Mama, ve, no es para tanto,
le tocó ser gorda y parda.

—La hubo también y la hay
rojiza y aleonada.
Yo me quiero a la nortina,
copetuda y agraciada.

—Mira qué gracia le da
lo de estar toda jaspeada.
Ya no se ve, siempre, siempre,
ha de pasar que me llamas
en el momentito mismo
de darle la manotada.

¡Cada bicho me lo asustas
y yo regreso sin nada!

—¡Ay, tienes tiempo sobrado
para hacer la villanada!
Los hombres se sienten más
hombres cuando van de caza.
Yo, chiquito, soy mujer:
un absurdo que ama y ama,
algo que alaba y no mata,
tampoco hace cosas grandes
de esas que llaman hazañas.

—Es que tú no eres “de veras”,
y andas... sí, como trocada.
Repíteme el nombre de esa.

—Tiene varios. Keu la llaman.
Keu, keu, allá en Atacama,
tuya y mía. Di: keu, keu.
¡Tiene no sé qué de gracia!
En cuanto suben los trigos
y el maíz bate su caña,
un rumorcillo va y viene
que nos vuelve y que nos para,
y nos persigue la vista
y a los tres nos ataranta.

Es doña perdiz que busca
como comadre azorada,
porque, ¡oye!, la ambiciosa
tiene el nido y la pollada.
Vuela y corre, para y sigue
de tres críos azorada.

Y menos vuela que corre,
porque ella nació pesada.
Corre y vuela con el pico
lleno de trigo y de granza.

—Mama, ¡pero qué mal vuela!
¡Casi la cogemos, mama!
Con que corramos ligero
le atrapamos la nidada.

—Pero vuelan, sí, también
por la estación azoradas
las grandes señoras que
llaman apenas torcazas
y que son gruesas y hermosas
como las mejores damas.
¡Qué bien comidas parecen,
qué cortitas, pero qué anchas,
con nutridos plumazones
como de manos pintadas!
Ellas a la vez parecen
señoronas y aniñadas...
Un gritito corto nos
denuncia a las azoradas
y corren y medio vuelan
a la vez torpes y rápidas.
¡Qué vocecilla que tienen
estas señoras pintadas!
No te pongas a correrlas,
porque a la madre atarantas.
Ya basta con que el hambriento
las rastree hasta encontrarlas.
Ya corre, ya te despiستا,
ya se pierde, ya está salva.

Óyeles el tierno pío,
que es mitad queja y llamada.
¡Cómo podremos tumbar
niña tan llena de gracia!

Se ve su postura con
cuatro huevecillos: ¡nada!
¡Que está cayendo la tarde
y vuelven a la nidada!
Una quisiera tenerme
sobre el pecho o en las faldas,
pero si me las atrapo,
¡qué vergüenza de la hazaña!
Chiquito, esa es la tórtola,
siempre corriendo apurada
por las malhoras que pasan
con diez hambres atrasadas.
Mejor fuera, si las cogen,
llevarlas a nuestras casas,
casi, casi, casi mansas.

—Mama, parece que lloran.

—Cállate que se atarantan.
Unas medran en la puna
y otras viven en las playas.
Yo creo que son los trigos
los que las cubren y amparan.
¡Ay, ay!, me dan tal mirada
que apenas las he cogido
me las suelto avergonzada...

—Te pones tonta tú, dámelas.
¿No ves que cuesta atraparlas?

—¡Ah!, ¿también tú? Sí, también
te aficionas a la “hazaña”
de matar cuanto te encuentras
por cerros y por llanadas.

—Pero si todos los niños,
toditos, te digo, matan.
¿Qué se te ocurre que coman
si está la carne tan cara?

—Ya me sé la cantilena.

—No te vuelvas chocha, mama,
ellas se comen la hierba
como unas desesperadas.

—Deja que maten los otros;
tú, mi chiquito, no lo hagas.

—Como tú no comes nunca
de esto no comprendes nada.
Te hago caso algunas veces
cuando hablas como hablabas,
cuando eras de carne y hueso
y vivías en las casas...
Ahora las gentes dicen
que eres cosa trascordada...

—¡Cómo te echan a perder
las comadres cuando te hablan!
Eres uno caminando
conmigo, la mano dada,
pero en cuanto te me escapas,

te me vuelcas como un jarro
y mudas de rostro y habla.

—Oye, pobrecita, óyeme:
ahora ya sé lo que pasa.
Me han contado las comadres
que tú eras, que tú fuiste,
que tuviste nombre y casa,
y bulto, y país y oficio;
pero ahora eres nonada,
no más que una aparecida,
bulto que mientan fantasma,
que no me vale de nada.

—Sí, mi niño, yo sabía
que vendría una mañana
en que tu manita diestra
se soltaría asustada
de palpar y darte cuenta
de que es mano de fantasma...

Yo te vi sobre el desierto
como la liebre extraviada
y bajé, sin más, bajé
como la flecha apuntada.
Los hombres no quieren, no,
ver que marchan con fantasmas,
aunque así van por las rutas
y viven en sus moradas.

Yo te dejo, sin dejarte,
yo habré dos vidas bizarras;
llevaré el color del aire
y del mero aire las hablas.

Te haré cantar a la alondra
porque no escuches la rana;
te enseñaré a deletrear
la callada Vía Láctea,
te haré olvidar en el sueño
a la muerte malhadada.

—Oye, por qué a veces, vos
calláis, mi mama fantasma,
y parece... sí, parece
que contra alguno porfiaras.
Yo no veo a nadie, pero
es como que a alguien hablaras.
Sin razón de cargar nada,
el andar se te relaja.
Parece que respondieses
y yo no veo a quien hablas.

—Menos te pregunta tu ángel
guardián y te cuida y calla...
¿Y para qué has de saber
el nombre de tu compañera?
Muy bien que nos avenimos,
legua a legua, marcha a marcha.
Cuando se muera el camino
como raya cancelada
y llegues tú adonde ibas
te lo sabrás sin palabras.

Vuelva la cara a tu diestra
que hay un árbol de castañas
y puedes encaramarte
y no te va a pasar nada.

Yo de abajo te sostengo
sin más que darte mi espalda.

—¡Pero tú no tienes fuerzas,
mama. No tienes ni espaldas!

C A S T A Ñ A S

—Trepas sin miedo, loquillo.
no precisas de mi espalda.

—¿Quién las tirarías, quién,
y se las dejó olvidadas?

—Será alguno que se hartó
y le quedaron sobradas.
Cógelas, no tengas miedo;
son sabrosas, come y calla.
Lo que está sobre la ruta
no se cobra ni se paga.

—¿Y no será que también
lo de la ruta se paga?
Mi madre decía que
en el mundo no se da nada.

—No acertaba, no, la ley
y el aire, y el hilo de agua,
y los cantos de los pájaros,
y el chañar y la tunada
todavía son de Dios:
tú no digas bufonadas.

—A que tú no puedes, no,
ir quebrando las castañas.
Sí, no puedes, porque no eres
mujer, sino que eres ánima.

—Pero yo no te doy miedo
sino a ratos. Marcha, marcha
y deja la cantilena:
que al fin ya me dices mama.

No quebrarlas con tus dientes,
tan lindos con tu risada.
Coge dos piedras partidas.
Así, así, ve cómo saltan.

MARIPOSAS

En pasando el frío grande
las mariposas han vuelto
y en el aire, amigo, va
un dulce estremecimiento
y las hojas del romero
baten de su ángel sin peso,
un ángel garabateado
como por veras y juego...

Alocadas, desvariadas,
ya cayó muerto el invierno;
ya va huido hacia los sures,
desprestigiado y maltrecho.
Y la tierra buenamoza,
con sus percales devueltos,
está así, como aturdida
de canto y luz y cerezos;
la explosión de los aromos,
el sonreír de los huertos,
y el brazo de las montañas
que celan sin pestañeo.
Y hasta el ciervo atolondrado
de tanto mirto y cerezo,
huele con el belfo en alto
el aire de olores densos.

Y así, polvoso y rendido,
corre por cuatro senderos
y de verle el mismo y otro
yo comprendo y no comprendo.

También tú, niño ganoso,
ya corres ocho senderos
y de ser otro y el mismo,
contigo casi no puedo.
Al fin se suelta tu lengua,
ahora, boca con miedo,
me atarantas a preguntas
y pareces indio nuevo.

Hablen y digan los míos
y canten en locos sueltos.
En todas las estaciones
el cantar aviva el seso
y pone a danzar el alma
como en su día primero.
Yo también, mero fantasma,
estreno unos ojos nuevos...

Gea siempre tiene más
palmas, alerces y cedros;
nosotros disminuimos
con cada soplo y aliento;
ella muda, crea, alumbra,
nosotros anohecemos.
Ella se queda; nosotros
“pasamos como los sueños”.
Llegamos un día, al otro
ni “somos ni parecemos”.

EL MAITÉN

Donde empiecen humedades
de oscuros suelos de riego
y salte el primer maitén,
la siesta la dormiremos.
Mira el maitén, míralo,
diaguita labios sedientos.
En el verdor él es mozo,
en lo amparador, abuelo.
Él entrega su verdor
como cascada en despeño
y en la siesta vale más
que alerce y que piñonero.

Mira el maitén embobado
el hijito del desierto
y la bestezuela mueve
el rabo en caracoleo.

G A R Z A S

Quiere la gana de algunas
que en mi conflicto de garzas
yo me olvide de la gris
y me quede con la blanca,
pero tengo tentación
de quedar con la agrisada.
Tanto, tanto, tanto vi.
Vendrá mi hastío del blanco
de mis nieves apuradas;
vendrá de que en palomares
mimo siempre a la azulada;
vendrá de que el gris azul
me acaricia la mirada,
Pero la blanca se tiene
tanta leyenda dorada,
tanto la han cantado que
la van volviendo sagrada.
Y ya me cansa de fría,
de perfecta y de alabada.

FRUTAS

El valle central está,
como los mostos, ardiendo
de pomar, de duraznales
y brazos de cosecheros
a trabazones de olores,
coloración y fermentos.

Los tendales de la fruta
llaman con verdes sangrientos
y a golpes de olor confiesan
los pomares y el viñedo,
y frutillares postrados
sueltan por el entrevero
un trascender que enternece
por lo sutil y lo denso.

Todo se mueve en un vaho
que nos pone el andar lento
por ver y por aspirar
en lo emboscado o confeso,
y atisbar rostros y espaldas
volteados, de cosecheros.

Los troncos parecen vivos
de mozuelos y mozuelas
que trepan y que despojan
a saltos y a lagarteos.
Y los cestos van y vienen
con el peso y el arqueo
del vientre de nuestras madres,

y son maravillamientos
la piel del albaricoque,
la pera, la piña al viento.

Lindas que pasan las granjas,
trascendedores los huertos;
pero nosotros no somos
ni señores ni pecheros
y nos vamos adentrando,
a maña y a manoteo,
en busca de hierbas locas,
altamisas y poleos,
en la greña y la maraña
por antojo nos perdemos,
entreabierto y pellizcando
paños que no supo Homero.

FRUTILLAR

Vuela un olor delicado
y tímido y placentero,
delgado como la brisa,
íntimo como el aliento.
Lo había olvidado andando
campos de olores violentos
que se dicen y declaran
casi, casi como un grito.
Sí, sí, ya no recordaba
este aroma de embeleso.

Es el frutillar tendido
que crece callado y lento,
pero en la estación del fruto
se declara desde lejos
y hace torcer el camino
al distraído o al lelo.

El bulto del frutillar
se disimula en el huerto
y el pobrecillo se ignora
que su olor de cerca o lejos
lo denuncia y lo declara,
y siempre lo está vendiendo.

—Abájate, mi chiquillo,
hay frutillas que estoy viendo.
Abájate, coge pocas
y deja algo a los que vienen,
y cógelas con cuidado
que él se tiene sus recelos.

—Otra vez vas a decirme
que el frutillar tiene miedo.

—Sí, que lo tienen por unos
que lo revuelven sin seso.

—Voy, voy, pero te descansas.
Que no te rindas. Parece
que tu cuerpo no es cuerpo.
Por eso ya voy creyendo
que eres fantasma sin sueño.
Pero te sigo y te sigo,
y de tanto acompañarte,
¿tú no lo ves? Ya te quiero...

No cuesta nada coger
frutillas, aquí las tengo.
¿Que no las comes, que no?
Son maduras, estás viendo.
Las hueles, las vas contando
y no las comes. No entiendo.
Y te pones a entonar
y ese canto es extranjero.
¿De dónde te lo sacaste?
No cantan eso en mi pueblo.

—Es que yo quiero que cantes
para acortar el sendero.
Aunque siempre lo hice mal,
yo canté con alma y cuerpo.

—Tú quieres decir, repite, mama,
“yo canté con alma y cuerpo”.

—Mal se portó mi garganta,
poquito menos el cuerpo.
Unos me decían ¡sigue!,
otros me daban denuestos.
Ahora me vengo acordando,
porque cansado te veo,
que aquel cantar me aliviaba
de mucho, casi de todo,
todo, todo lo olvidaba.
Las gentes se me reían
de la voz y las palabras,
y yo seguía, seguía...

C H I L L Á N

La ciudad de amansaderas,
curtidores y alfareros,
tiene tendones heridos
y un no sé qué de lo huérfano,
y a medio alzarse nos cuenta
de su tercer nacimiento.

El volcán baja a buscarla
como quien busca su oreo.
Pero ella, que es mujer,
le hurta el abrazo tremendo,
y de todo tiempo dura
su amor sin aplacamiento.

Él juega en todas las rondas,
vuelto niño de su tiempo.
Da a Eduardo su romance
y a Manuel sopla sus cuentos,
y a Pablo le hace cantar
su más feliz canto nuevo.

Él baja por no olvidar
la cordillera,
la madraza araucaria,
la feria del chillanejo.
Y cuando baja, lo sigue
por la vertical del vuelo
doña Isabel, y se adentra
por este y el otro pueblo
donde un corro de mujeres
baila bailes de su tiempo;

y entre una y otra danza,
nos averigua si habemos
más pan, más leche y contento.
Y ahora le vamos a contar
que cunden cosas y puertos.

Doña Isabel se retarda,
Bernardo vuelve contento
y después, después, los dos
vuelven tejiendo el comento.

Es la presencia callada
y viva, es el largo aliento
de uno que vive en
mundo como un sacramento
que en la caída nos alza
y en la lentitud da el vuelo.
Él frecuenta a los ancianos
y llega a los nacimientos,
y acude a las bodas
y amortaja a nuestros muertos.

Por la feria de Chillán
donde rebrillan en cercos
maíces, volaterías,
riendas, estribos, aperos,
cruzaremos sin pararnos
y azuzados del deseo,
porque la que va en fantasma
voz no lleva ni dineros.

Arden eras chillanejas.
Todo Chillán es fermento.
Toda su tierra parece

ofrenda, fervor, sustento,
y salta una llamada
que nos da a mitad del pecho.
Ternuras balbuceamos
al Padre, oídos abiertos,
y Él mira y oye a sus tres
carrizos calenturientos.

Dejen que lo mire largo
en el último reencuentro,
que lo beba fijamente
hasta que imposible sea verlo
y que sus memorias vayan
bajando como en deshielo.

Por esta tierra que mira
con pestañas abrasadas
y unos barbechos de oro
y un trascender de retamas,
encumbraría el Bernardo
cometas pintarrajeados,
mestizo de ojos de lino,
hombros altos, cejas bravas.
Voces de doña Isabel
venían en la venteada.
Pero tirado en maíces
el mozo oía otras hablas,
la oreja puesta en la tierra
y la vista desvariada.
A otro grito el cimarrón
apenas se enderezaba
y volvía a dar la oreja
a la greda y a las pajas,
y a lo que ellas le decían.

Doña Isabel lo quería
suyo y lo mismo la parda,
y el Bernardo entre las dos
como un junquillo temblaba.
La parda se lo luchaba
y de vuelta, trascordado,
las dos sílabas mascaba
y sería de esa brega
la luz que lo iluminaba.

B O L D O

Pasaremos alborotados
de una ola de fragancia.
Demorar, mi niño, el paso,
gozar al aire su gracia.
Tan austeros como viejos
druidas en acción de gracias,
convidando con su gesto
a tomarlos de posadas.
Mienten sus hojas por rudas
que no son cosa cristiana,
pero vuelan por el mundo
sus hojas hospitalarias.
Corta, ponlas en tu pecho,
aunque son duras, son santas
y responden al que pasa
con su dulce bocanada.

—Dijiste que donde son
los árboles cosa santa
allí vamos a dormir
y a recogerles la gracia.

—Sí, sí, chiquito, olvidé.
Yo me llamo trascordada.
Aquí se duerme sin pena
doblado la trebolada.
Agradece, cara al cielo,
resplandores y fragancias.

¿Qué mal que duermen los hombres
en su agujero de casas!

Se desperdician las yerbas
y la ancha noche estrellada.
Acuesta al ciervo con cuidado,
¡no se vaya de jarana!
Lo rodeas con el brazo
y le resobas la espalda.

—Se llama lomo, dijiste.
¿Ves como estás trascordada?

N O C H E A N D I N A

La noche de nuestra patria,
de estrellas acribillada
en cedazo a lo divino,
está colando las almas.
Hierve así del esplendor
como una escritura santa.
¿Por qué será que dormimos
cuando ella dice palabras
que el día se desconoce
y que solo de ella bajan?

Tanto fervor tiene el cielo,
tanto ama, tanto regala,
que a veces yo quiero más
la noche que las mañanas.

—¿Qué dices, qué, mamá mía,
que no quieres la mañana?

—¿Es que sabéis nuestros nombres
más que se los sabe el alma?
¿Qué miráis y qué veis, para
palpitar como azoradas?
O es que solo nos decía:
olvidad vuestra jornada
para que olvidada se alce
la memoria trascordada.

Arde, palpita, conversa
la madre noche estrellada,
anula faenas, cuidados,

y borra ruta y jornada.
Era mentira que el día
canta, cuenta, y sabe y ama.
Es la noche la nodriza
que sabe, y que vela y canta,
la clara y profunda noche
de las manos alargadas.

Nos habla el tapiz de fuego
con urgidoras palabras.
Parece como que cantan
de nuestro amor embriagadas.

Ay, perdimos en un tiempo
que la memoria nos guarda
por culpa que no sabemos
la lengua en que nos habla.
Las estrellas siguen dando
en densa leche dorada
sus pulsaciones ardientes,
su exigencia apasionada.
Juntad las señas dispersas
y que bajen en palabras.
Arded más por ayudarnos.
Ya casi sois llamaradas.
Ya parece que cantáis
una estrofa única y alta.

—No deis más, que somos solo
un niño, un cervato y este
atribulado fantasma.

—Mama, no sigas hablando,
me pones susto en el sueño.

CONSTELACIONES

El Toro, el Toro se siente
dueño de tierra y de cielo.
Será que mira de lo alto
vencedor siempre al violento,
pero la ley de la tierra
no le vale para el cielo:
y él dura y dura embistiendo
sin alcanzarlo al Cordero,
y su mugido no asusta
ente alguno de los cielos.
Y el otro, el Cordero, bala
como un dulce niño eterno.

Aunque nos cuenten que luchan
como locos los Gemelos
no te lo creas, es que juegan
en un confín de los cielos.

El Cangrejo asusta, pero
solo te crispa por feo
y es escándalo en el cielo.

El León brilla y gobierna
el ímpetu que le dieron,
pero es un cruzado que
mata árabes bandoleros...
Y dura y dura su lucha
en la tierra y en los cielos...

La Virgen, mírala tú,
está a las madres durmiendo

y suelta a gajos canciones
de cuna que le bebemos,
y esa canción por el gusto
y el dejo la conocemos.

La Balanza es poco amada
de ladrones y violentos,
y aquí abajo cada día
nos la herimos sin saberlo.

El Escorpión te lo sabes
cuando hay en la ruta un muerto
y le cerramos los ojos
cargándolo hacia su pueblo.

El Sagitario, ese apunta
a cosas que no sabemos,
pero nunca alcanza el blanco
y lo derrota el misterio.

Al Chivo, señor de ovejas,
lo llaman Contra Cordero.

Acuario, el dueño de fuentes,
es el Aguador del Cielo.

L A T E N C A

Como que ella nada fuese
por la color deslavada,
quédate bajo el peral
hasta que cante en su rama.

—¿Y cuánto espero? ¿Hasta que
de cantar le dé la gana?

—Pero no nos ve y por eso
ya empieza desaforada.

—Mama, mejor canta el tordo
cuando mira a su nidada.

—Qué ganas de hacer disputa,
mi niño, cuando eso canta.
Aunque cantaban arriba,
yo bajé de donde estaban
y bajé, chiquito, solo
por ver mi primera patria,
y porque te vi vagar
como los cuerpos sin alma.
Calla tú ahora, que ya
no revuela y canta y canta.
¿Le has matado alguna cría?
Di.

—Pero esa no cantaba.

—No cantan cuando es tu antojo,
sino haciendo la nidada.

—Tanto que ya me enseñaste,
pero no a cantar tonada.
¿Tú no aprendiste a cantar
con esos que arriba cantan?

—Cuando ya calle la tenca
sigues tú. ¿No dices nada?
Tan lindo cantó la madre
que yo, fijo, la escuchaba,
trepándome a sus rodillas
y escuchando embelesada.
El canto no me dormía,
que fui niña desvelada.
Pero calla y déjame
oírme esa bienhadada.

—¿Bienhadada dices?

—Sí. Tal vez ellas tengan hada.

—Pero fuiste tú la que
me contaste que no hay hadas.

—Porque querías hallártelas
y no se buscan, que se hallan...

—Siempre, siempre tú diciendo
un sí y un no. ¿Por qué, mamá?

—Porque algunas cosas son
a la vez buenas y malas,
tal como ocurre con hojas
de un lado aterciopeladas
y con el otro te dejan

con la palma ensangrentada.
Casi no parecen hojas,
parecen mujeres malas.

CAMPESINOS

Todavía, todavía
esta queja doy al viento:
los que siembran, los que riegan,
los que hacen podas e injertos,
los que cortan y cargan
debajo de un sol de fuego
la sandía, seno rosa,
el melón que huele a cielo,
todavía, todavía
no tienen un “canto de suelo”.

De tenerlo, no vagasen
como el vilano en el viento,
y de habérmelo tenido
yo no vagase como ellos,
porque nací, te lo digo,
para amor y regodeo
de sembrar maíz que canta,
de celar frutillas lento
o de hervir, tarde a la tarde,
arropes sabor de cielo.

Pero fue en vano de niña
la pela y el asoleo,
y en vano acosté racimos
en sus cajitas de cuento,
y en vano celé las melgas
de frutillares con dueño...
porque mis padres no hubieron
la tierra de sus abuelos,
y no fui feliz, cervato,

y lo lloro hasta sin cuerpo,
sin ver las doce montañas
que me velaban el sueño,
y dormir y despertar
con el habla de cien huertos,
y con la sílaba larga
del río adentro del sueño.

REPARTO DE TIERRA

Aún vivimos en el trance
del torpe olvido y el gran silencio,
entraña nuestra, rostros de bronce,
rescoldo del antiguo fuego,
olvidadosos como niños
y absurdos como los ciegos.

Aguardad y perdonadnos.
Viene otro hombre, otro tiempo.
Despierta Cautín, espera Valdivia,
del despojo regresaremos
y de los promete mundos
y de los don mañana lo haremos.

El chileno tiene brazo
rudo y labio silencioso.
Espera a rumiar tu Ercilla,
indio que mascas recuerdos
allí en tu selva madrina.
Dios no ha cerrado sus ojos,
Cristo te mira y no ha muerto.

Yo te escribo estas estrofas
llevada por su alegría.
Mientras te hablo mira, mira,
reparten tierras y huertas
¡Oye los gritos, los vivos
el alboroto, la fiesta!

¿Te das cuenta? ¡Entiende, mira!
Es que reparten la tierra
a los Juanes, a los Pedros.
¡Ve correr a las mujeres!

F U E G O

Ya se acabaron las noches
del verano que Dios hizo.
No hizo el amoratado
invierno que escarcha nidos,
que traba pies de perdices
y amorata pies de niños.

Vamos a encender el fuego
chocando piedras de río
y acarreando gajos muertos
de chañar y de olivillo.
Vamos el niño y yo misma:
¿no cuesta matar el frío!

Aunque se apriete la noche
como puño de bandido,
en unos momentos salta
atarantado y divino;
no salta de nuestras manos,
sube como de sí mismo.

—Mira tú, ve cómo saltan
y ojean con gestos vivos.
¿Sí, sí, sí!, dicen al fuego,
locas de atar, en delirio.
¿Sí, sí, sí!, dicen a la llama,
¿y tú teniéndole miedo!

—Mama, ríes como loca,
¿cómo es que no tienes miedo?

Son unas locas de atar.
¡Me dan miedo, me dan miedo!

—¡Vaya unas locas de atar
y tú teniéndoles miedo!

—¡Vaya unas locas de atar
y tú riendo, riendo!

—Pena de niño mío
que llora de ver un fuego.
Seguiremos por hallar
en donde duermas sin miedo.

—¿A dónde es que ahora vamos?

—Dilo tú, mis cuatro miedos.
Te asustas de una cascada,
de un forastero, del viento,
te asustas hasta del susto
que doy pasando los pueblos.
¿Qué hago contigo esta noche
para que no tengas miedo?

El fuego nunca se muere,
él espía entre dormido,
malicioso el ojo de oro
y subiendo repentino.

Por aquí anduvieron otros
y habrá rescoldos dormidos,
y si solo son cenizas,
comenzarlo da lo mismo.

Ya vienen las ramas muertas
y vienen a su destino;
jueguen a alcanzar el cielo,
sesteen a lo divino.

Juega al subir y al caer,
juega al muerto y queda vivo.
¡Ay!, la hermosura caída
del cielo...

Cuando es que desaparece
vuelve en otro y es el mismo.
Todos danzamos por él
y de él desde que nacimos.

Está donde cabrillea
en horno y brasero vivo,
está en amor y dolor
rojo, azul, dorado y fino.

Pena de dejar atrás
cosa linda, padre fuego.

—Mama, por esto también
será que te tienen miedo.
Mama, me da miedo el fuego,
tómame, que doy un grito.

No vamos, que comeremos
lo amañado y recogido.

Las castañas gruñen, saltan
del rescoldo, miedosillo.

En comiendo dormiremos
guardados de padres pinos.

Y si también te me vuelves,
niño trabado de miedo,
¿con quién voy a caminar
la tierra, si es que yo vuelvo?
¡Un hombrecito tan fuerte
que llora porque ve fuego!
Quieres seguir caminando,
pero, ¿dónde no habrás miedo?

—Paremos donde haya gente
y yo pido alojamiento.

—Y te despidas de mí,
porque, ¿cómo yo me acerco?

—¡Ay, mama, a qué fue venir
así, parecida a un cuento!
Sigamos mejor, quién quita
que encontremos otro pueblo.

—No repitamos la historia.
Duerme, aquí de cara al cielo.

A DÓNDE ES QUE TÚ ME LLEVAS

—¿A dónde es que tú me llevas
que nunca arribas ni paras?
O es, di, que nunca tendremos
eso que llaman la casa
donde yo duerma sin miedo
de viento, rayo y nevadas.
Si tú no quieres entrar
en hogares ni en posadas,
¿cuándo es que voy a dormir
sin miedo de las iguanas
y cuándo voy a tener
cosa parecida a casa?
Parece, mama, que tú
eres la misma venteada...

—Si no me quieres seguir,
¿por qué no dijiste nada?
Yo te he querido dejar
en potrera o en casa,
y apenas entras por éstas
te devuelves y me alcanzas,
y tienes miedo a las gentes
que te dicen bufonadas,
y en las ciudades te azoran
los rostros y las campanas.

—Es que yo quiero quedarme
contigo y tú nunca paras.
Di siquiera a dónde vamos
a llegar. ¿Es en montañas
o es en el mar? Dilo, mama.

—Te voy llevando a lugar
donde al mirarte la cara
no te digan como nombre
lo de indio pata rajada,
sino que te den parcela
muy medida y muy contada.
Porque al fin ya va llegando
para la gente que labra
la hora de recibir
con la diestra y con el alma.
Ya camina, ya se acerca,
feliz y llena de gracia.

T O M É

La marcha se nos ablanda
por un coro que no vemos
de ritmos que nos enhebran
con sus agujas los cuerpos
y sin saberlo nos llevan
con merinos volanderos.

Qué lindo cantáis, telares,
vuestro eterno jubileo,
conociendo como Cristo,
gozo y despedazamiento,
samaritanos de lanas
y miguelescos de aceros.

Más largo el día, más vivos
los carreteles, los émbolos.
Castor y nutria han cobijo,
y Juan Peón tiritita al viento.

Quedan lejos los telares,
pero aún siguen con el viento
y que ellos nos van llevando
no saben indio ni ciervo.
Madejas del santo lino,
algodones volanderos,
lanas en pechugas, lanas
de corderos que no vemos
y el cáñamo de navajas
agrias que cortan el viento.
El indio y el ciervo bien

las saben por el husmeo;
yo las manoteo y logro,
me las gano y me las pierdo...

TALCAHUANO

De Talcahuano se viene
un tráfigo de astilleros.
Las maestranzas resuellan,
comiendo y soltando hierro,
y brillan cascos vendados
a largas huinchas de acero.

Entran barcos perdularios
y parten otros enhiestos
que van a la mar lo mismo
que atún cogido y devuelto.
Y entra y sale el mar buscando
a buceos azulencos,
a los que quiere ganar
y deteña al mismo tiempo,
con el arrebatá y suelta
que es el amor del maulero.

CONCEPCIÓN

La ciudad ancha y señora
no trasciende a filisteo;
manso es su pecho de parques
y su fluvial solideo.
Visitada del espíritu,
toma igual dichas y duelos,
y los pinares aroman
su élan y su entendimiento.

Si llego a la medianoche,
lecho y mesa puesta tengo;
pero yendo así en fantasma,
asusto a los que bien quiero
y me dejan al umbral
mis bultitos cenicientos...

B Í O-B Í O

—Paremos que hay novedad.
¡Mira, mira el Bío-Bío!

—¡Ah!, mama, párate, loca,
para, que nunca lo he visto.
¿Y para dónde es que va?
No para y habla bajito,
y no me asusta como el mar,
y tiene nombre bonito.

—¡No te acerques tanto, no!
Échate aquí, loco mío,
y óyelo no más.
Podemos quedar con él
una semana si quieres,
si no me asustas así.

—¿Cómo dices que se llama?
Repite el nombre bonito.

—Bío-Bío, Bío-Bío,
qué dulce que lo llamaron
por quererle nuestros indios.

—Mama, ¿por qué no me dejas
aquí, por si habla conmigo?
Él casi habla. Si tú paras
y si me dejas contigo,
yo sabré lo que nos dice,
por si se me vuelve amigo.

¿Qué de malo va a pasarme,
mama! Corre tan tranquilo.

—No, no, chiquito, él ahoga,
a veces gente y ganados.
Óyelo, sí, todo el día,
loquito mío, antojero.

Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío, y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra en mis tuétanos.

Poco lo tuve de viva;
ahora lo recupero,
la eterna canción de cuna
abajada a balbuceo.
Agua mayor de nosotros,
red en que nos envolvemos,
nos bautizas como Juan
y nos llevas sobre el pecho.

Lava y lava piedrecillas,
cabra herida, puma enfermo.
Así Dios dice y responde,
a puro estremecimiento,
con suspiro susurrado
que no le levanta el pecho.
Y así los tres le miramos,
quedados como sin tiempo,

hijos amantes que beben
el tu pasar sempiterno.
Y así te oímos los tres,
tirados en pastos crespos
y en arenillas que sumen
pies de niño y pies de ciervo.

No sabemos irnos, ¡no!,
cogidos de tu silencio
de ángel Rafael que pasa
y resta y dura asistiendo,
grave y dulce, dulce y grave,
porque es que bebe un sediento...

Dale de beber tu sorbo
al indio y le vas diciendo
el secreto de durar
así, quedándose y yéndose,
y en tu siseo prométele
desagravio, amor y huertos.

Ya el Tolomí te vadea,
a braceadas de foquero;
los ojos del niño buscan
el puente que mata el miedo,
y yo pasaré sin pies
y sin barcaza de remos,
porque más me vale, ¡sí!,
el alma que valió el cuerpo.

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño,
corres tierno, gris y blando
por tierra que es duro reino.

Tal vez estás, según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo...

—Dime tú que has visto cosas,
¿hay otro más grande y lindo?

—No lo hay en tierra chilena,
pero hay unos que no he dicho,
hay más lejos unos lagos
que acompañan sin decirlo
y hacia ellos vamos llegando,
y ya pronto llegaremos.

L I N A R

Por linares y linares
que yo no dejé atraveso,
y lo verde y lo azul
cortamos a cuchilleo.

Si yo en carne caminase
te cobrase, linar nuevo,
ropas con que volaría
como un aventado lienzo.
Pero tú ya no me vales,
largo linar de Malleco,
porque es que te voy pasando
medio en veras y medio en sueños.

Este mirar de los linos
con un parpadeo trémulo,
este hablar con lentas sílabas
y no poder entenderlo,
es un ganar y perder
todo en el mismo momento,
bandas de niños se quedan
atrás y los perderemos.

—Para aquí. Oye, escucha
uno como cuchicheo.
Ea, de tus cascos duros,
Tolomí que te devuelvo
y que sigo con el cetro
que no dobla lo azulenco.
Aunque se venga la noche
y que no se vea el suelo,

¿a qué corres alocado
si mayoral no tenemos?

C O R M O R A N E S

Tribu de los cormoranes
vuelan los aires señeros,
el aire y la tierra vuelan,
siendo el mar su regodeo.
En la arena son mampatos
y arcángeles en el viento,
Miguel ensalmuerados,
volando aman, cazan, mueren.

Por dárselos a tus ojos
hice en la ruta este sesgo,
niño empolvado de arenas,
hijo triste del desierto.
Van, van, cielo arriba,
de azules y azules dueños,
en momentos dondelean
de dos y tres vientos ebrios,
y en un momento otra vez
descienden a ser guaneros.

Vamos, vamos a gozarles
tendidos en huiros yertos
el largo vuelo dormido
como de Lindberghes ebrios
y el descanso del amor
como la nieve en despeño.
¿Qué más, mi niño, queremos?
Cormoranes hemos visto.

ARAUCANOS

Vamos pasando, pasando
la vieja Araucanía
que ni vemos ni mentamos.
Vamos sin saber, pasando
reino de unos olvidados,
que por mestizos banales,
por fábula los contamos,
aunque nuestras caras suelen
sin palabras declararlos.

Eso que viene y se acerca
como una palabra rápida
no es el escapar de un ciervo,
que es una india azorada.
Lleva a la espalda al indito
y va que vuela. ¡Cuitada!

—¿Por qué va corriendo, di,
y escabullendo la cara?
Llámala, tráela, corre
que se parece a mi mama.

—No va a volverse, chiquito,
ya pasó como un fantasma.
Corre más, nadie la alcanza.
Va escapada de que vio
forasteros, gente blanca.

—Chiquito, escucha: ellos eran
dueños de bosque y montaña
de lo que los ojos ven

y lo que el ojo no alcanza,
de hierbas, de frutos, de
aire y luces araucanas,
hasta el llegar de unos dueños
de rifles y caballadas.

—No cuentes ahora, no,
grita, da un silbido, tráela.

—Ya se pierde ya, mi niño,
de madre selva tragada.
¿A qué lloras? Ya la viste,
ya ni se le ve la espalda.

—Di cómo se llaman, dilo.

—Hasta su nombre les falta.
Los mientan araucanos
y no quieren de nosotros
vernos bulto, oírnos habla.
Ellos fueron despojados,
pero son la vieja patria,
el primer vagido nuestro
y nuestra primera palabra.
Son un largo coro antiguo
que no más ríe y ni canta.
Nómbrela tú, di conmigo:
brava gente araucana.
Sigue diciendo: cayeron.
Di más: volverán mañana.
Deja, la verás un día
devuelta y transfigurada
bajar de la tierra quechua
a la tierra araucana,

mirarse y reconocerse
y abrazarse sin palabras.
Ellas nunca se encontraron
para mirarse a la cara
y amarse y deletrear
sobre los rostros sus almas.

C O P I H U E S

Por lo denso y lo sombrío
de nuestra madre la selva,
pasan, pasan y repasan
como gnomos que la peinan,
unos golpes de color,
unos gestos y unas señas.
Sí, en lo denso y en lo oscuro
es como si fueran gestos.

—De veras y son de dos
colores, lo estoy viendo.
Mama, ¿qué son ellos, mama?
Para, para. ¿Por qué sigues?
Para, que yo quiero verlos.
Me dijiste que la selva
no da flores, solo leños.
¿Y qué lindas que las da
de repente! Como un cuento.

—Eso no es árbol, eso es
el copihue, nada menos.

—¿Por qué no lo hallamos antes?
¡Ay!, deja verlo, paremos.
Se puede cortarle un gajo,
mama, sí, mama, paremos.
Tú te lo sabes contado.
La fiesta, la fiesta es verlo.

—No más, no cortes, no más.
¿Tantos hay por el sendero!

—¿Tú te sabes el camino,
mama? Pero dime: ¿es cierto?

—Los hay, sí, los hay, mi loco
porfiado, te lo prometo.
¿Es que no te lo sabías
por la canción que le hicieron?

—Canción, canción, yo no sé
apenas silbar... al viento.
Síbalo, síbalo tú.

—Para qué, si está silbando
desde ayer el mismo puelche
y te dio miedo, sí, sí.
Paremos, ¿quieres? Verás
que te toma y te gobierna.

—¿Quieres decir, mamá, que
a ese loco le obedeces?

—Tal vez, chiquito. Me gusta
caminar con él, seguirlo,
hablarle a trechos, decirle
viejas palabras mimosas.
Él tiene cuarenta nombres
y uno le robé, sin miedo.

—¿Para qué, di, mama loca?

—Me lo hallé en tierras extrañas,
duro, juguetón, violento.
Las mujeres le temían
como a demonio de cuento;

a mí me doblaba el alma,
el respiro y el contento.

—¡Ay, mamá! Será que es cierto
lo que de ti me dijeron.
Yo no lo quise creer,
¡y era cierto, y era cierto!

—¿Qué? Dilo, dilo, cuenta.

—Que tú eres mujer pagana,
que haces unos locos versos
donde no mientas, dijeron,
sino a la mar y a los cerros.

—¡Ja, ja, ja! Niño, parece
que todo lo que cruzamos
y todo lo que tenemos,
y todo lo que alabamos
hemos de amarlo y lo amamos;
pero que no lo decimos
por locos o renegados.

—Mama, y no te aburres, di,
de caminar sin descanso
tierras ajenas, oyendo
ajenas lenguas y cantos.

—No me canso, no, chiquito,
a todos perdí en marchando.
La montaña me aconseja,
el viento me enseña el canto
y el río corre diciendo

que va a la mar de su muerte,
como yo, loca y cantando.

HELECHOS

Donde la humedad se guarda,
asistidora y mansueta,
y el resuello del calor
no alcanza a la madre Gea,
suben, suben silenciosos
como unas palabras lentas,
en silencio suben, suben,
estos duendes manos quietas.

Y cuando tienen la alzada
de la garza o el flamenco,
ya descansan y se quedan
latiendo de su misterio.
¡No pasar por ellos, digo,
dejarlos, que están durmiendo!
Porque solo yo, fantasma,
ni los doblo ni los hiero.

Óiganlos dormir, dormir,
sin moverles un cabello.
Ellos no viven ni mueren,
solo escuchan el silencio,
y con el silencio hacen
cosa que no conocemos:
sueño de niños o danzas
de unos enanos traviesos.
Queden así entre dormidos
custodiando su secreto
y tal vez mi propio sueño.

Duerman los helechos altos
callados como un secreto,
sigan latiendo dormidos
así, callando y latiendo.

¡Qué dulce su frente fría
y su aspiración de cielo!
En el aire van y van,
y restan, restan, quedados,
y se parecen al monje
que entrega en su rezo el alma.
Duerman los helechos altos
que yo guardaré su sueño.

PIEDRA DE LA AMISTAD

Yéndonos a lo mañoso
en dulce y verde ladeo,
llegamos hasta la piedra
de la ayuda y don fraternos
que nos lanzó el volcán Llaima
con el envión de un braceo,
vuelta peonza y gracejo,
y en donde se toma el pan,
el tabaco, el vino nuevo,
y ha de dejarse a la vuelta
doblados vino y pan negro.

El huemul no encuentra hierba,
el niño apuña higos secos
y yo que soy solo vaho,
guardo el signo y agradezco,
mirándome al voleador
que juega divinos juegos
y con jadeo, en su fragua,
zumba unas piedras redondas
a lo demiurgo y joyero.

VOLCÁN VILLARRICA

Entre resplandores y humos,
exorcismos olvidados,
la indiada secreta va
y viene, brazos en alto,
o se calla en piedra atónita,
en la compunción antigua;
porque el Pillán va cruzando
y la tierra araucana
reverbera de mirarlo,
viejo Pillán que gstea
con relámpagos y truenos.

De pronto le salen grandes
voces y por sus costados
baja un caupolicánico
furor de Dios embridado
y colérico, y su bulto
parpadea de relámpagos
y el gentío de su reino,
que lo tenía olvidado,
se acuerda de su demiurgo
y el hervor de su centauro.

Los blancos muestran el puño
a su poderío desaforado;
a los mestizos les sube
los sucedidos quemados,
y el indio, a medio pastal,
pecho y rostro conturbados,
se arrodilla y masculla

los conjuros no olvidados,
y los nombres de los dioses
vuelven a pecho y a labio.

Va acercando y confesándose
un rey o profeta magno,
y unas nubes casquivanas
juguetean a cegarlo
y envolverlo con sus brazos.
Ay, las locas casquivanas,
llenas de gestos y brazos,
locas de atar y subiendo
como unos niños llamados;
pero las aspaventosas
son meros resuellos blancos
que hace y deshace él;
suben envalentonadas
y son juegos del padrazo.

—Va a llover, mama, no sigas,
que estamos a campo raso.

—Te digo que está jugando
el volcán, como un chiquillo.
No halla qué hacer allá arriba
sin mujer y sin chiquillos.

—Yo quiero al volcán. Lo quiero.
¿Y si me voy a bajarlo?
Cuentan, mama, que es persona
y es brujo y manda de lo alto.
Quiero llegar donde está
y lo quiero de padrazo.

—No te voy a dejar, no,
novelero, desvariado.
Calla, calla.
Aquí no levantas piedras,
aquí no puedes gritar,
aquí conmigo no quedas,
pues permiso no te dan.

—Yo me quería coger
la luna y no me dejaron...

—Tú lo ves, cuando te mueras
vuela entonces a tus costados.

—¿Qué es eso de morir, mama?
Nunca tú me lo has contado.

—Yo no te cuento la muerte,
ya la tuve y la he olvidado;
pero te cuento el volcán
en cuanto hayamos pasado.
Me gusta oírte la marcha
como de versos contados.
Óyete la tú también
y entiende que va cantando.
Es porque la marcha canta
que en andar nos enviciamos.

—Pero yo no te la oigo,
mama, y ambos caminamos.

—Mira la marcha con cifras
que ni vemos ni escuchamos.

En comenzando la marcha
la oímos y la contamos,
después ya no se la siente,
y es ella la que nos manda
y lleva, y aunque queramos
ni se afloja ni se acaba.
Ay, mi niño trotador,
no te pase lo de tu aya.
Yo me puse a caminar
y me tuve cien posadas,
pero cansada de andar
mi ángel que me custodiaba,
un día me cortó rutas,
vagabundeo, jornadas,
y entonces cargó conmigo
hacia meseta tan ancha
que solo invita a restar,
a entenderla y a alabarla.

—Llévame tú donde estás,
no me dejes en posadas.

—Ay, chiquito, a lo mejor
tú me envicias con jornadas
y me quemas el sosiego
de la séptima morada.

¡Tanto que en ella se canta
y son tan anchas sus abras!
Oye, no preguntes más,
que no sigo contestándote.
Poco falta para el lago
de la bienaventuranza
que va a callarte el parleo

y a hacer tu lengua sobrada.
Ya el azul se le entrevé
y el frescor llega a las caras,
y ya casi, casi se oye
su palabra silabeada.

ARAUCARIAS

Doce son de todo tiempo
las madres araucarias.
Cada leñador que cruza
quiere tumbar la parvada,
y halla que de la primera
mañana a la tarde canta
y hierve y bulle esta ronda
y nunca su canto para,
y las doce duran íntegras
por la gracia amadrinadas.
Cuando Dios repartió dones
y exhaló de sí la gracia,
y lento la fue exhalando
sobre el tendal de las plantas,
dicen que Él hizo a la última
la más feliz de las dádivas,
y la última de todas
fue nuestra madre araucaria.

Desde entonces hasta hoy,
los cuatro vientos proclaman
a todo el que va cruzando
que en el país de extremo,
en lonja apenas montada,
vive la madre y señora
y patrona araucaria.

—A ver si nos acostamos
y dormimos siesta mansa
si ella nos regala el sueño
de Jacob y la Agraciada

bajo la mirada fija
de madraza araucaria.

—Niño, no sé si son veras
o no son las que te cuento,
pero yo le creo más
a gañán que a faroleros.

Tiene Juan casa tan triste
que sueña y cree en sus sueños,
y cuentos crea dormido
y cuentos también, despierto.

—Mama, ¿todo lo que vos
estás contando es un cuento?

—A veces son grandes veras
y otras, humos frioleros.

—Dame, entonces, de los dos;
pero dime si eso es cuento.

—Sigamos, niño mío,
con el pino sube cielos
acordándote de que él
inventa y regala sueños.
¿A qué trocar por licores
el falerno que te dieron,
si el corazón, que es tu vino,
arde dentro de tu pecho?

EL MUSGO

Aunque tus ojos, chiquillo,
rebrillaron en los álamos
y gritaste al encontrar
maitén sombrea ganados,
también te enamorarás
del musgo aterciopelado,
del musgo niño y enano,
humilde y aparragado.

Ellos no quieren subir
como el pino encocado
y no pidieron ser vistos
ni doncelear de ramos.

Ellos duermen, duermen, duermen,
y callan empecinados,
dueños del tronco del coigüe,
de las moradas vacías
y el jardín abandonado.

Abájate y acarícialos,
que aman ser acariciados.
A los vivos ellos viñen
y crecen con gran fervor
en donde sueñan los muertos
que están bien adormilados.
Ellos han solo a la noche
su corona de rocío
y en subiendo el sol se acaban...

CISNES
(EN EL LAGO LLANQUIHUE)

Otra vez dejar la ruta
torciendo a cosa vedada.
Yo me sé un agua escondida
que no camina ni canta
y aunque es tan hermosa, nadie
se la busca ni se la ama.
Es el agua de los cisnes,
verde, secreta, extasiada.

—No te entiendo a veces, mama,
tuerces el rumbo por nada.

—Callarse y andar. Les tengo
una sorpresa, una gracia.
Cárgate el ciervo; él es loco
y esa persona es quedada.

—¿Es gente, di? Me da miedo.

—Caminar para arribar.
¡Qué ganas de hablar, qué ganas!

—Ve que dejas el camino.
¿A dónde nos llevas, mama?

—Yo no te lo cuento, no.
Anda no más, ándate, anda.
Y para que no te aburras,
ponte a cantar con tu mama.

Yo me tuve antes caminos
de casajos, de pedradas,
tuve rutas amorosas
y las tuve envenenadas.
¡Andar, andar, ay qué linda
tierra para caminada!

—Pero di a dónde nos llevas
que, a lo mejor, vas tocada.
Ya me he caído dos veces
y tú, tú como que nada.
¿Qué es eso que se ve, di?
Es cosa viva y parada.
Y será que tiene frío
que se ve como engrifada.
¿Mama, alguna vez la viste?
Sigues sin saber de nada.

—Tú ya no crees en mí
solo porque soy fantasma.

—¡Qué grande, y azul y quieto,
parece cosa embrujada!
Haz la señal de la cruz.
Yo nunca vi agua parada.

—Es tu lago Llanquihue,
la más dulce de tus aguas.
Parece que está adorando;
solo cuchichea, no habla.
Tal vez estará orando
y le sobran las palabras.

Pero se tiene un respiro,
una hablilla, una nonada.
No haber miedo de allegarse;
recibirle la mirada.
Nadie te miró tan dulce
y con tan larga mirada.

—Mama, es tan grande y apenas,
apenitas da palabras.

—Siempre me sobró el hablar
con este señor del agua,
como la muda quedé
para recibirle el agua
y lavar en él mis vistas
como niña avergonzada.

—¿Y cómo lo llaman, di?
A ver si llamado, él habla.

—Oye: se llama Llanquihue,
el indio así lo mentaba.

—¿Y qué dice eso, Llanquihue?

—¡Ay, para nosotros, nada!
Porque fue la vieja gente
la que como Dios mentaba,
y nombrar es un gran arte.
Tú y yo no sabemos nada.
Ellos nombraron palpando
criaturas bien amadas.

Emparentar se sabían
los sonidos con sus almas
y a dioses se parecían
toda cosa bautizando.

SELVA AUSTRAL

Algo se asoma y gèstea,
y de vago pasa a cierto,
un largo manchón de noche
que nos manda llamamientos,
y forra el pie de los Andes
o en hija los va subiendo.

Por más que sea taimada,
la selva se va entreabriendo
y en rasgando su ceguera,
ya por nuestra la daremos.

Caen copihues rosados,
atarantándome al ciervo
y los blancos se descuelgan
en luz y estremecimiento.

Ella, con gestos que vuelan,
se va a sí misma creciendo;
se alza, bracea, se abaja,
echando oblicuo el ojeo;
sobre apretadas aurículas
y otras hurta con recelo,
y así va, la marrullera,
llevándonos magia adentro...

Sobre un testuz y dos frentes,
ahora palpita entero
un trocado cielo verde
de avellanos y canelos,

y la araucaria negra
toda brazo y toda cuello...

Huele el ulmo, huele el pino
y el humus huele tan denso
como fue el segundo día
cuando el soplo y el fermento.
Por la merced de la siesta
todo, exhalándose, es nuestro,
y el huemul corre alocado
o gira y se estrega en cedros,
reconociendo resinas
olvidadas de su cuerpo.

Está en cuclillas el niño,
juntando piñones secos
y espía a la selva que
mira en madre, consintiendo...
Ella como que no entiende,
pero se llena de gestos,
como que es cerrada noche,
pero hierve de siseos.

Cuando es que ya sosegamos
en hojarascas y légamos,
van subiendo, van subiendo,
rozaduras, silabeos,
mascaduras, frotecillos,
temblores calenturientos,
el caer de las piñetas,
la resina, el gajo muerto,
pizcas de nido, una baya,
unas burlitas de estiércol.

Abuela silabeadora,
ya te entiendo, ya te entiendo.

Deshace redes y nudos,
abaja, abuela, el aliento;
pasa y repasa las caras,
cuélate de sueño adentro.

Yo me fui sin entenderte
y tal vez por eso vuelvo;
pero allá olvido a la tierra
y en bajando olvido al cielo.
Y así voy, y vengo, y vivo
a puro desasosiego.

La tribu de tus pinares
gime con oscuro acento
y se revuelve y voltea,
mascullando y no diciendo.
Eres una y eres tantas
que te tomo y que te pierdo,
y guiñas y silbas, burla
burlando y hurtas el cuerpo,
carcajeadora que escapas
y mandas mofas de lejos...
¡Ay!, no te mueves, que tienes
los pies cargados de sueño...

Se está volteando el indio
y queda pecho con pecho
con la tierra, oliendo el rastro
de la chilla y el culpeo.

Que te sosieguen los pulsos,
aunque sea el puma abuelo.

Pasarían rumbo al agua,
secos y duros los belfos,
y en sellos vivos dejaron
prisa, peso y ñeteo.

El puma sería padre;
los zorrillos eran nuevos.
Ninguno de ellos va herido,
que van a galope abierto
y beberemos nosotros
sobre el mismo sorbo de ellos...

Aliherido, el puelche junta
la selva como en arreo
y con resollar de niño
se queda en plata durmiendo...

Vamos a dormir, si es dable,
tú, mi atarantado ciervo,
y mi bronce silencioso,
en mojaduras de helechos,
si es que el puelche maldadoso
no vuelve a darnos manteo.

Que esta noche no te corra
la manada por el sueño,
mira que quiero dormirme
como el coipo en su agujero,
con el sueño duro de esta
luma donde me recuesto.

¿Ay, qué de hablar a dos mudos
más ariscos que becerros,
qué disparate no haber

cuerpo y guardar su remedo!
¿A qué me dejaron voz
si yo misma no la creo
y los dos que me la oyen
me bizquean con recelo!

Pero no, que el desvariado,
dormido, sigue corriendo.
Algo masculla su boca
en jerga con que no acierto
y el puelche ahora berrea
sobre los aventureros...

EL MAR DE CHILOÉ⁶

Que vamos llegando al mar
ya se siente en el resuello
de chilote que remase
siempre y sin brazos ni remos,
y llega sin llegar, altos
y ensalmuerados los dedos...

¡Mar dicho por bufonada
Pacífico y llevadero,
que alza cinco marejadas
donde le dan regodeo,
greña suelta, gana suelta,
mar de Chile sempiterno!

El huemul no lo vio nunca;
el indio sí vio sus belfos
cuando avienta engendros locos
que le vamos recogiendo.
Y yo tanto le conozco
que casi en hija lo peino,
cuando oscuro y poseído
se pone a romper su pecho...

Y cuando de soledades
o de pasión enloquezco,
él ríe de risa loca

6 En la primera edición del *Poema de Chile*, este texto lleva el título de “El mar”, el que se repite en otro poema en los inicios del libro, y precede a “Niebla”, aunque en el manuscrito original, parece ser una sola unidad: “El mar de Chiloé”. (N. de los Eds.).

salpicando mis cabellos
o me repasa las sienes
con peces dulces y trémulos
hasta que en la duna tierna
me deja en niña durmiendo.

El mar nos aviva el hambre
por dársenos en sustento
y ofrecernos como a reyes
peces, cháchara y festejo.
Un chilote vagabundo
de barca rota hace fuego
y al ciervo loco de llamas
apenas si lo sujeto,
y me tengo de manearlo
con los huiros que destrenzo.

El viejo, brazos curtidos,
la red tira en un braceo
y a mi lado brilla una
conflagración de luceros
por las merluzas lunares
montadas en bagres feos,
y los congrios que parecen
un poniente en tendadero...

No estamos muy ciertos, no,
de dormir si viene el cuero
aupado en la marea
o atraca el Caleuche ardiendo,
y a los tres nos arrebató
su proa, de un manoteo...

¿Quedaremos dormitando,
oyendo al gran loco suelto,
el indio, lacio de ruta,
latiendo azorado el ciervo
y yo vuelta hacia la patria
de hierba que tuve lejos!

N I E B L A

La niebla ha ido adensándose
en forro azul ceniciento
y cegando el mar nos hurta
la nidada de archipiélagos:
hembra tramposa y ladina
que marcha con pasos lerdos.

Difumina a Chiloé,
llega hasta Tierra del Fuego
y trueca en malabaristas
lomos de niño y de ciervo,
y mi bulto escamotea
solo porque lloren ellos.

Ya las trampas le conozco
de redondear el cerco
y hacer la gallina ciega
con el pastor o el arriero.
Ella ahora está jugándonos
el su sempiterno juego
y urde ballenas y pulpos
de un vago mar hechicero.
Nos da por bien ahogados,
perdidos y prisioneros,
aunque estamos bajo de ella,
como Dios nos hizo: enteros.

Les cuchicheo a mis críos
que no es bulto, que es resuello,
que no es brazo de ahogarnos,
que es no más bostezo muerto,

que no peleamos con héroe,
sino con blanco esferpento.
Y el huevo azul entreabrimos
a lancetadas de acentos,
y se lo desbaratamos
con los dos calientes cuerpos.

En el acuario de niebla,
acribillado de engendros,
el remador de tres mares
se ha puesto a contar sucesos;
dice los lentos canales,
romances los estrechos
como quien devana mundos
con las manos y los gestos.

Ahora el viejo está contando
el largo relato añejo
de las costas masticadas
por el mar de duros belfos
y está diciendo a la Antártida
que habemos y que no habemos...

La Antártida de su boca
sube como alción en vuelo,
el blanco animal divino,
engolado y soñoliento.
Así con ella dormimos
fraternales y mansuetos,
la bestezuela del símbolo
y el indio calenturiento.
Nos acabamos en donde
se acaba igual que en los cuentos,
la madraza que es la tierra

y acaba en santo silencio;
pero los tres alcanzamos
el apretado secreto,
el blancor no conocido,
el intocado misterio.

PATAGONIA

A la Patagonia llaman
sus hijos la madre blanca.
Dicen que Dios no la quiso
por lo yerta y lo lejana,
y la noche que es su aurora
y su grito en la venteada
por el grito de su viento,
por su hierba arrodillada
y porque la puebla un río
de gentes aforesteradas.

Hablan demás los que nunca
tuvieron madre tan blanca,
y nunca la verde Gea
fue así de angélica y blanca
ni así de sustentadora,
y misteriosa y callada.
¡Qué madre dulce te dieron,
Patagonia, la lejana!
Solo sabida del padre
Polo Sur, que te declara,
que te hizo y que te mira
de eterna y mansa mirada.

Oye mentir a los tontos
y suelta tu carcajada.
Yo me la viví y la llevo
en potencias y en mirada.

—Cuenta, cuenta, mama mía,
¿es que era cosa tan rara?

Cuéntala, aunque sea yerta
y del viento castigada.

—Te voy a contar su hierba
que no se cansa ni acaba,
tendida como una madre
de cabellera soltada
y ondulando silenciosa,
aunque llena de palabras.
La brisa la regodea
y el loco viento la alza.
No hay niña como la hierba
en abajar bulto y hablas
cuando va llegando el puelche
como gente amotinada,
y silba y grita y aúlla,
vuelto solamente su alma.

L A H I E R B A

Te voy a contar la hierba
de cabellera soltada
y latiendo y ondulando
como llena de palabras.
Es una niña en el gajo
y en el herbazal matriarca.

Hierba, hierba, hierba solo,
niña hierba arrodillada,
hierba que teme y suspira,
y que canta así postrada.

Pequeñita hierba niña,
voz de niña balbuceada,
dulce y ancho es su fervor
y su voz es balbuceada.

El oscuro cielo mira
y oye a su hija arrodillada,
ya no son huertas sensuales,
mimadas y cortesanas,
locas de color y olor,
y borrachas de palabras,
ya solo es niña la hierba,
ángel la hierba, nonada,
una ondulación divina
y su alma balbuceada.

Niña la hierba, doncella
la hierba, corta palabra,

dos turnos no más y el mismo
subir y ser abajada.
Un solo y largo temblor
mientras cruza aquel que mata,
y el viento loco que se alza
y dobla por bufonada.

Cánsese el viento, sosiegue
el cacique de las landas.
Sienta su temblor de niña
y duérmase en la llanada.
Solo hierba, solo ella
y su infinita palabra.

Las mujeres le olvidaron
la voz pequeña y quedada,
el siseo innumerable
y la sílaba quedada.

Hierba del aire querida,
pero hierba apenas siseada.
Pase el viento, escape el viento,
quiero oír a la postrada.

La oveja le dice madre,
el viento le dice amada.
Yo no te quise doblar
con dedos ni con guadaña.

Yo esperaba que callases,
arcángel de manos alzadas,
para escucharte el respiro
de niña que gime o canta.

Pasta la oveja infinita
de tu grito atribulada
y una cubro con mi cuerpo,
y parezco así doblada
una mujer insensata
que ama a los dos, trascordada.

Todo lo quiere arrasar
el Holofernes que pasa.
A la vez ama y detesta
como el hombre de dos almas,
y en el turno que le dieron
agobia y abate o alza.

Calla, para, estás rendido
como está rendida mi alma.
Viento patagón, la hierba
que tú hostigas nunca matas.
Hierba al norte, al sur, al este,
y la oveja atarantada
que la canta y que la mata.

Hierba inmensa y desvalida,
solo silencio y espaldas,
palpitador reino vivo,
Patagonia verde o blanca,
con un viento de blasfemia
y compunción cuando calla,
patria que alabo con llanto.

Verde patria que me llama
con largo silencio de ángel
y una infinita plegaria,

y un grito que todavía
escuchan mi cuerpo y mi alma.

ISLAS AUSTRALES

En donde Chile cansado
por fin de rutas y espacio
quiere morir como todos,
gacela, coyote o ganso,
él, empecinado aún,
ojea acalenturado
la nidada de las islas
fuera de ley y de hallazgo;
pero se acabó su reino,
su voluntad y su mando,
y se queda en Puerto Montt,
como amante defraudado,
vencido el ojo de polvo,
una vez por fin exhausto.

¿Qué va a hacer el peregrino,
el trotamundos mirando
la danza de las cien islas
que ríen o están cantando?
Viene una aguda fragancia,
una incitación, de coro báquico
de niñas tiradas a la mar libre,
vírgenes pero embriagadas.
Yo no les sigo el canto,
maña, locura ni danza.
Todas ellas son hermanas,
pero por la niebla vaga
unas parecen figuras;
todas están bautizadas
y, como las Gracias, todas
son donosas y alocadas.

DESPELIDA

Ya me voy porque me llama
un silbo que es de mi dueño,
llama con una inefable
punzada de rayo recto:
dulce, agudo, es el llamado
que al partir le conocemos.

Yo bajé para salvar
a mi niño atacameño
y por andarme la Gea
que me crio contra el pecho,
y acordarme volteándola,
su trinidad de elementos.
Sentí el aire, palpé el agua
y la tierra. Y ya regreso.

El ciervo y el viento van
a llevarte como arrieros,
como flechas apuntadas,
rápido, íntegro, ileso,
indiecito de Atacama,
más sabes que el blanco ciego,
y hasta dormido te llevan
tus pies de quechua andariego,
el espíritu del aire,
el del metal, el del viento,
la tierra mama, el pedrisco,
el duende de los viñedos,
la viuda de las cañadas
y la amistad de los muertos.

Te ayudé a saltar las zanjas
y a esquivar hondones hueros.

Ya me llama el que es mi dueño...

A N E X O S

A N E X O I

T I E R R A

D E

C H I L E

Poemas y textos

en prosa

Agregamos a la versión original del *Poema de Chile* (1967), algunos otros textos afines a este viaje imaginario por el país natal de la poeta.

Los poemas “Salto del Laja”, “Volcán Osorno”, “Lago Llanquihue” y “Cuatro tiempos del huemul” no forman parte de él ni de libro alguno de la autora; solo de varias antologías. Fueron escritos por Gabriela Mistral, en mayo de 1938, en Osorno, Valdivia y Chillán, y publicados en sus primeras versiones en periódicos de esas ciudades, un mes después de la edición de *Tala*; y también con el título genérico de “Tierra de Chile” aparecieron en la revista *Sur*, de Buenos Aires, el 30 de noviembre de 1938. Asimismo, “Salto del Laja” y “Lago Llanquihue” fueron publicados en 1941 en su *Antología*, de Zig-Zag.

“Bío-Bío” es un “trozo” o fragmento de un proyecto descriptivo mayor del país natal y que Gabriela Mistral llamaba “Recado sobre Chile” o “Viaje imaginario por Chile”, temas en los cuales trabajó intensamente a partir de la década de 1940 hasta su muerte (1957). En su primera versión, fue publicado en la *Pequeña antología de Gabriela Mistral*, en una selección preparada por la misma autora, al igual que “Salto del Laja” y “Cuatro tiempos del huemul”. (Santiago: Talleres de la Escuela Nacional de Artes Gráficas, agosto de 1950. Prólogo de Luis Oyarzún).

Luego fueron incorporados en la primera edición de Aguilar de sus *Poesías completas* (Madrid, 1958): “Salto del Laja” y “Volcán Osorno” como sección “Tierra de Chile” y los

otros tres poemas en cuestión como parte de la sección siguiente “Trozos del Poema de Chile”.

Originalmente estos poemas estaban destinados a ser parte de la sección “Naturaleza” del libro *Lagar* (1954).

Además, y a manera de breves comentarios, Gabriela Mistral escribió unos textos prosísticos sobre cada uno de estos reveladores poemas, los que ponemos a continuación de ellos.

SALTO DEL LAJA

Salto del Laja, viejo tumulto,
hervor de las flechas indias,
despeño de belfos vivos,
majador de tus orillas.

Avientas las rocas, rompes
tu tesoro, te avientas tú mismo,
y por vivir y por morir,
agua india, te precipitas.

Cae y de caer no acaba
la cegada maravilla,
cae el viejo fervor terrestre,
la tremenda Araucanía.

Juegas cuerpo y juegas alma;
caes entera, agua suicida;
caen contigo los tiempos,
caen gozos con agonías,
cae la mártir indiada,
y cae también mi vida.

Las bestias cubres de espumas;
ciega las liebres tu neblina,
y hieren cohetes blancos
mis brazos y mis rodillas.

Te oyen caer los que talan,
los que hacen pan o que caminan,
los que duermen no están muertos,
o dan su alma o cavan minas,

o en los pastos y las lagunas
cazan el coipo y la chinchilla.

Cae el ancho amor vencido,
medio dolor, medio dicha,
en un ímpetu de madre
que a sus hijos encontraría.

Y te entiendo y no te entiendo,
Salto del Laja, vocería,
vainas de antiguos sollozos
y aleluya que cae rendida.

Salto del Laja, pecho blanco
y desgarrado, agua Antígona,
mundo cayendo sin derrota,
madre cayendo sin mancilla.

Me voy con el río Laja,
me voy con las locas víboras,
me voy por el cuerpo de Chile;
doy vida y voluntad mías;
juego sangre, juego sentidos
y me entrego, ganada y perdida.

SALTO DEL LAJA

Yo no sé si vivir sea un manjar bueno o malo; eso lo averiguan los varones; las mujeres aceptamos lisa y llanamente vivir. Pero algo me sé, en mis oscuridades de mujer sin ciencia, y es que anda en todos nosotros y a todos nos trabaja una especie de contra instinto vital, de contra vida, que se expresa en un deseo violento de huirnos y perdernos, y desaparecer devorados por algo mayor, mucho mayor que nosotros.

En varias ocasiones (yo no sabría contarlas), he probado ese apetito que es vital y mortal a la vez, de ser segada en mis raíces o de ser arrastrada sin dolor, llevada sin regreso hacia una orilla que no sé nombrar y de la que no tengo idea.

En la poesía “Salto del Laja”, está contada esta embriaguez de mi pérdida y esta traición a mí misma. La cascada, el arrebatador era bueno y era hermoso de toda hermosura. Y perderse en él parecía lo más feliz del mundo, en esa hora de ceguera de espumas y de sordera de estrépito.

Persiste todavía en América una indigenidad del paisaje, de la luz, del aire; existe aún en la Argentina de la sangre rectificada. Durante muchos años todavía mi patria, a medio industrializar, conservará en sus bosques, en sus aguas y en sus piedras, planeando sobre ella, permeando las cosas, medio real, medio fantasma, al indio original. En no sé qué calofrío que da la tierra austral, en no sé qué juego de ecos de las cuchillas cordilleranas, en no sé qué estupor del silencio, el indio nuestro, el araucano como el diaguita, pasa a la vez invisible e indudable, y tiene muy gruesos oídos quien no le oye.

Aquellos que se atienen solo a sus ojos dan a los naturales como ausentes de nuestra atmósfera, por más que les golpee desde sus propios pulsos. Pero los poetas somos gente de folclor y de mitología, y de esto vivimos y nos morimos cuando lo dejamos caer; y los poetas somos gente fiel a los orígenes grandes, leales a nuestras fuentes, a las que nunca se nos ocurre ni negar ni tapar como el renegado.

B Í O-B Í O

Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secreto.
Dice Bío-Bío y dícelo
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra en mis tuétanos.

Poco lo tuve de viva,
pero ahora me lo tengo
larga cuchillada dulce,
voz bajada a balbuceo,
agua mayor de nosotros,
red en que nos envolvemos,
bautizador como Juan,
pero sin golpe de treno.

Lava y lava piedrecillas,
cabra herida, puma enfermo.
Así Dios “dice” y responde,
a puro estremecimiento,
con respiro susurrado
que no le levanta el pecho.
Y así los tres te miramos,
quedados como sin tiempo,
hijos amantes que beben
el tu pasar sempiterno.

Y así te oímos los tres,
tirados en pastos creşpos

y en arenillas que sumen
pies de niño y pies de ciervo.
No sabemos irnos, ¡no!,
cogidos de tu silencio
de ángel Rafael, que pasa
y resta, y dura, asistiendo,
grave y dulce, dulce y grave,
porque es que bebe un sediento.
Dale de beber tu sorbo
al indio, y le vas diciendo
el secreto de durar
así, quedándose y yéndose.

Ya mi ciervo te vadea,
a braceadas de foquero;
los ojos de mi niño buscan
el puente que mata el miedo,
y yo pasaré sin pies
y sin barcaza de remos,
porque más me vale, ¡sí!,
el alma que valió el cuerpo.

Bío-Bío, espaldas anchas,
con hablas de Abel pequeño,
corres tierno, gris y blando
por tierra que es duro reino.
Tal vez estás, según Cristo,
en la tierra y en los cielos,
y volvemos a encontrarte
para beberte de nuevo.

B Í O-B Í O

—Dime tú que has visto cosas,
¿hay otro más grande y lindo?
—No lo hay en tierra chilena.

G.M.

Francia tiene su lindo Loire que la divide; Chile, el Bío-Bío, que semejantemente nos lotea en *langue d'oc* y *langue d'oïl*, que haciéndole juego traduciríamos para el español como *langue d'es* y para el araucano como *langue d'au...*

Nos divide en raza allegada y en raza solariega, y cada vez que lo cruzo miro en símbolo al puente unidor y trasvasador. Tenemos que volvernos puente hacia el indio y desde el indio; al cabo, Chile tiene forma de larguísimo puente.

Cuando repaso en la memoria los ríos que han visto mis ojos de beduina, muchos son los que me acuden de esta Europa por donde camino. Viene el Ródano, padre verbal, diapasón de poetas, barba de dios antiguo sobre el pecho de la Provenza. Viene el Sena, pesado como una casulla, y viene el Arno, que no para de ungir las orillas de Florencia. Viene el Tajo, que es igual a su nombre cuando tajea las rocas de Toledo y que se amansa en un ancho resuello para mejor palpar a Lisboa, antes de darse a la mar. Viene el Rin, que pasa revista a vides y castillos; viene el Danubio, que bajo la luna sí es azul, y viene el Guadalquivir que aún retiene sabor a carabelas con quillas consteladas de algas y conchuelas del Nuevo Mundo.

De mi América acude, el primero, mi miniatura de río por Montegrande, la única agua suelta que conocí de niña, inicio de los caudales que vendrían a eclipsarlo durante el día, pues a la noche me duermo oyendo su canción de cuna. Y acude, por supuesto, tremendo y vasto, el Amazonas que toca desde el Perú al Brasil, y en cuyo sedimento se han macerado vasijas quechuas, filones de oro, cuerpos de bestias y hombres, toda la colosal geología del continente.

Pero a todos me los cubre y aventaja el Bío-Bío, río de ríos de Chile, arquetipo fluvial nuestro y que debiera humedecer la peana de nuestro escudo, para saciar la sed del huemul y del cóndor que allí se están como embalsamados de ansia.

Quien mejor lo bebe es el araucano que hunde en su corriente la mano o el cántaro, también el sombrero, y nos comparte esa linfa con un gesto ceremonial. Beber sin prisa, para prolongar el gusto de la Araucanía, para bautizarnos las entrañas, para regarnos de origen. Beber cada uno su Bío-Bío hasta empaparse las raíces y empezar a crecer en alerce o en ulmo, es decir, en chileno cabal que no rechaza su sangre ante este río de su sangre.

VOLCÁN OSORNO

Volcán de Osorno, David
que te hondeas a ti mismo,
mayoral en llanada verde,
mayoral ancho de tu gentío.

Salto que ya va a saltar
y que se queda cautivo;
lumbre que al indio cegaba,
huemul de nieves, albino.

Volcán del sur, gracia nuestra,
no te tuve y serás mío,
no me tenías y era tuya,
en el valle donde he nacido.

Ahora caes a mis ojos,
ahora bañas mis sentidos,
y juego a hacerte la ronda,
foca blanca, viejo pingüino.

Cuerpo que reluces, cuerpo
a nuestros ojos caído,
que en el agua del Llanquihue
comulgan, bebiendo, tus hijos.

Volcán Osorno, el fuego es bueno
y lo llevamos como tú mismo
el fuego de la tierra india,
al nacer, lo recibimos.

Guarda las viejas regiones,
salva a tu santo genticó,
vela indiada de leñadores,
guía chilotes que son marinos.

Guía a pastores con tu relumbre,
volcán Osorno, viejo novillo,
levanta el cuello de tus mujeres,
empina gloria de tus niños.

¡Boyero blanco, tu yugo blanco,
dobla cebadas, provoca trigos!
Da a tu imagen la abundancia,
rebana el hambre con gemido.

¡Despeña las voluntades,
hazte carne, vuélvete vivo,
quémanos nuestras derrotas
y apresura lo que no vino!

Volcán Osorno, pregón de piedra,
peán que oímos y no oímos,
quema la vieja desventura,
¡mata a la muerte como Cristo!

VOLCÁN OSORNO

Después de catorce años de ausencia regresé a la patria y escamoteando las alturas de Uspallata, entré por el sur. Aunque me tengo vivida la Patagonia, no conocía esa parte del paisaje austral: el espejeo fantástico de aguas, volcanes nevados y cascadas que corre de Llanquihue a Cautín.

El grabado, la foto y la acuarela me habían dado una ilusión de conocimiento. Pero una región, tal como dice nuestro pueblo, es “cosa viva”; no se compone solo de formas y de tintes, sino que como la criatura, echa de sí exhalación, suelta un vaho sobre la cara de su amigo y este resuello resulta mágico. Mágica es como ninguna otra la tierra americana. La europea se ve desangelizada por logros agrícolas e industriales, y hasta cuando es perfecta, parece que ha matado lo mejor, que ha roto su reverberación sobrenatural.

La tierra americana, como los arcángeles persas, es de una potencia que casi hiere, que casi mata; ella nos embriaga, nos arrebatata y nos purifica violentamente, ya sea por agua, por viento o por soles.

El volcán Osorno señorea sobre la ciudad de su nombre, con lo que viene a ser una curiosa persona cordillerana, tan liberal que alcanza su sombra a las calles urbanísimas de Osorno. Hasta los turistas comodones, incapaces de caminata y de repechos, disfrutan de él y lo miman con sus ojos, desde las terrazas de los hoteles.

El volcán, en el mes de mayo, me hizo esperar dos días. Yo me lo cortejé de hora en hora, hasta que soltó su casquete de borra y los algodones de su costado. Al tercero, ya su

cuerpote saltó como el gladiador en la pista, y me lo tuve entero, y lo recibí entero, desde sus raíces anchas de higuera hindú, hasta su agudez de cristal último.

Me faltaba en mis viejos ojos chilenos la estampa aislada de la montaña. Nacida en un anudamiento de cerros, salida de un laberinto de piedra, me había ocurrido lo que dice el europeo sobre los árboles: “que tapan el bosque”. La cordillera se escabulle, se hurta y adentro de ella no se la tiene. Como el poeta es solo el buen pagador de cuanto le dan, aunque suele pagar en monedas de cobre, allí dejé pagado mi volcán en este poema.

La ocasión no fue solo de ver y alabar: fue también de pedir. Los pedigüeños de este mundo somos por excelencia las mujeres y los niños. Mirando la montaña dueña de todo, de coraje, de brío, de paisaje, gozándole la holgura y el donaire de gran poseedora, de arca de aguas y de tiempos, se me iba llenando la boca de rogativas, y le pedí para mi gente, y lo que le demandé fueron favores terrestres y sobrenaturales juntos, que este es el buen pedir.

Émile Verharen, el belga, dio una vez la más linda definición que yo he leído sobre el amor. “Amar es volverse loco de confianza”. Se me ocurre que este trance de la confianza sea igual al del poeta con la criatura o cosa que le cae a las manos: loco de confianza, él tutea su objeto aunque sea un monte, padre de aguas; desatinado en su familiaridad, lo voltea a su antojo y le da cuantos apelativos le vienen a mientes; él lo llama deudo, amigo o hijo.

LAGO LLANQUIHUE

Lago Llanquihue, agua india,
antiguo resplandor terrestre,
agua vieja y agua tierna,
bebida de vieja gente,
agua fija como el indio
y como él fría y ardiente,
y en su pecho de marinero
tatuada de señales verdes.

Bebo en tu agua lo que he perdido:
bebo la indiada inocente,
tomo el cielo, tomo la tierra,
bebo la patria que me devuelves.

Cincuenta años esperamos,
tú con agua, yo con sedes.
Lago Llanquihue, mi capitán,
te llego antes de mi muerte,
con la boca que me dieron,
agua mía, para beberte.

Baja y suelta por mi pecho
el agua blanda, el agua fuerte,
entrabada de los helechos
y las quilas medio serpientes.

Baja recta, agua querida,
baja entera en hebras fieles,
baja lenta, baja rápida,
y me sacies y me entregues

el cielo mío, los limos míos
y la sangre de toda mi gente.

Bebo quieta lo que me das,
igual que bebe curvado el ciervo,
bebo pausada, regustándote,
bebo y solo sé que te bebo.

Perdón de tu frente rota,
perdón de tu surco abierto.
Como el niño y el huemul
porque te amo te quiebro.

Lago de Llanquihue, arcángel
que se me da prisionero,
gesto que mi antojo sirves,
abajadura del cielo,
doblada y caída, no hablo,
cegada de sorbo ciego,
y de ser tuya nada digo:
te bebo, te bebo, te bebo.

CUATRO TIEMPOS DEL HUEMUL

I

Ciervo de los Andes, aire
de los aires consentido,
¿dónde mascarás la hierba
con belfos enternecidos?

En los Natales partías
trébol y avena floridos,
punteados de luz los cuernos
y las ancas de rocíos.

A la siesta, los gandules
no te gozarán dormido,
la oreja en hoja de chopo,
los párpados con batido.

El matrero, el perdulario
y el compra y vende prodigios
iban zumbando a tu zaga
viento, fognazo y grito.

Los hálitos te volaban
adelantados como hijos
y te humeaban las corvas
como las del indio huido.

Prefirieron los chalanes
a tu vela y a tu cuido
ir arreando muladas
y carneros infinitos.

Resbalaste de los llanos
 hacia los valles urgidos,
 escapabas y volvías
 como el Señor Jesucristo.

Cuando fue el atravesar
 los límites indecisos,
 se quejaron las aguadas
 y los alerces benditos.

Hasta que no regresaste
 en tu equinoccio sabido,
 tragado de soledades
 y peladeros andinos.

El aire preguntó al aire,
 la llanura viuda al risco
 y las liebres demandaron
 a los tres vientos ladinos.

En nuestra luz se borraron
 unos cuellos y belfillos,
 y la pampa se bebió
 la saeta de tus ritmos.

¿Dónde husmeas en la niebla,
 mirada de hembra y de niño,
 y por qué no vadeamos
 ijar con ijar los ríos?

Estás sin lodos ni bestias,
ni corazón pavorido,
en verdes postrimerías,
celado de Quien te hizo.

Remecidos los costados
del saberte manumiso
en trasluz de piñoneros
o entre quijadas de riscos.

Y en llegando día y hora
bajas los Andes zafiros,
a hilvanes deshilvanados,
por los hielos derretidos.

Castañetea el faldeo
de cascos y cuernecillos;
después ya todo ensordece
en avenas y carrizos.

Entonces la pampa se abre
en miembros estremecidos,
da una alerta de ojos anchos
y echa un oscuro vagido.

I V

Todavía puedo verte,
mi ganado y mi perdido,
cuando lo recobro todo
y entre fantasmas me abrigo.

Me voy forrada de noche,
paso el mar, llego a los trigos,
que en lo herido y lo postrado
me dicen tu calofrío.

Veo desde lejos, veo
la pampa de tus arribos,
mayor que el entendimiento
y de diez oros, divina.

Rastreando voy tu pechada
que tumba en blanco el carrizo
y oliendo en polvo de espigas
solo tu sangre que sigo.

Tanteo en los pajonales,
sorteo esteros subidos
y en mimbres encucillados
doy con unos tactos tibios.

Bien que sabes, bien que llegas,
como el grito respondido
y me rebasas los brazos
de pelambres y latidos.

Me echas tu aliento azorado
en dos tiempos blanquecinos;
con tus cascotes traveso;
cuello y orejas te atizo.

Patria y nombre te devuelvo,
para fundirte el olvido,
antes de hacerte dormir
con tu sueño y con el mío.

La pampa va abriendo labios
oscuros y apercebidos,
y con insomnio de amor
habla a punzadas y a silbos.

Echada está como un dios,
prieta de engendros distintos,
y se hace a la medianoche
densa y dura de sentido.

Pesadamente voltea
el bulto y da un gran respiro.
El respiro le sorbemos
mujer y bestia contritos.

A N E X O I I

P O E M A

D E

C H I L E

En el Legado

Gabriela Mistral

Los poemas “Recado sobre un viaje imaginario”, “Desierto”, “Atacama II”, “Mineros”, “Canción del buen sueño”, “Canción de cuna del huemul”, “Otra canción de cuna para dormir al huemul”, “Chinchilla”, “El mar”, “Valle de Elqui”, “Camino a Montegrande”, “Mi aldea”, “A unos niños del Valle de Elqui”, “Salvia elquina”, “Flor de San Juan”, “Hiedra”, “Geografías”, “Valle Central”, “Álamos”, “Viento”, “Trigo de Arauco”, “Malleco”, “Volcanes”, “Valdivia”, “Lagos”, “Misioneros”, “Patagonia II”, se han tomado del Legado Gabriela Mistral (Donación de Doris Atkinson), así como también sus textos en prosa. Archivo del Escritor. Biblioteca Nacional, Santiago de Chile.

Los poemas “Hombres de Chile”, “Espiga”, “La parva”, “Si cualquier día me callo”, se copiaron de *Almácigo* (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2008 y 3ª ed., 2016).

“Arcángel del cobalto”, “Devuelta a la tierra de mi cruz” (“El mar”), “Ya nos vamos allegando”, “Chile al pecho” y “Magallanes” fueron transcritos, con leves modificaciones, de la edición del *Poema de Chile*, de La Pollera (2015).

Quiero ir, quiero llegar
donde el mundo se hace término
o donde de sueño blanco
él se nos vuelve nacimiento.

Lléveme, si quiere, el aire
o el océano más ebrio
cuyo braceo espumoso
me dio corajes y miedos
—o este vaho de nácar
que me lleva a donde quiero—,
y que así, vago y mentido,
más fiel que mar histérico.

Yo tocaré la caleta
de Arica en barco costero.
Vamos, antes de que se me haya
vuelto el perfil o bulto
vano cuerpo y forastero,
y el habla lleve trocada
y calcinados los gestos.

A ver si de mí se acuerdan
mareas de huiros lentos
y reconoce a su hija
la barca por salto y en peso.

Ya ni sé ni cómo son
las resacas y el varadero:
más quiero que diez semanas
mi mar me atienda el sustento

sobre dunas empolladas
de conchas y de cangrejos,
piedra mía me haga el sueño.

Vamos tocando al Azapa,
platanar con cabeceo,
huertas de paltos que medran
y cañaverales tercios,
y sorprendiendo los ojos
a Juan Quechua Triptolemo.

Del Tamarugal ya vienen
unos gritos caleteros.
Ya se divisan las canchas
del bórax y el yodo hirviendo,
los caliches que blanquean
como el elefante enfermo,
y se oyen pecho y picos
conjugados en infierno.
Todo porque la gaviota
del salitre salte y vuele,
del resuello de los caldos
y los belfos del acero.

Dormiremos, venadillo,
yo dormiré con los míos
debajo del cielo más cierto
donde el Boyero y el Toro
bajan a lamer los cuerpos,
y la terca sal acérrima
faja en dioses a los muertos,
y pasa a eternos los rostros
después de su acabamiento.

DESIERTO

En el país de mi padre
un ángel sueña durmiendo,
y emparedado de piedras.
Lo que sueña son los cielos
y unta de ellos el cobalto
color del arrobamiento,
para aprenderse en el trance
gozo de cielos abiertos.

Unos que llevan su gloria
muelen al cobalto el sueño
y le funden a la plata
sus modorras de indio viejo.
Dedos de Juan Godoy
saltan de los barrenos
y de entre polvos y pedruscos,
salta un bultito trigueño.

ATA C A M A I I

Corren tus negras axilas
los flancos y los repechos
de la montaña los llama
doncalleando sus cuellos,
echándonos de pasada
su mirar de Abel huertero
y escapa del matorral
la chinchilla en duende cierto
que coge presa en el viento
y persiguen sus espaldas
más que el oro atacameño.

MINEROS

Volviendo cara a la costa
salta con su dorso negro,
tierra en que mueren
los otros como en cuentos.

Que aceda y oscura, y de crustácea
y de ser contra Cibeles,
nos vuelve el humor acedo.

El diaguita se echa y oye
con oído y alma atentos,
y en trueque de muchas almas
lo que él oye yo veo
lo que mi niño oye.

En una noche cerrada
sin Osa Mayor ni tiempo,
van y vienen en crustáceos,
viven como las jaibas con rastro,
hombres que viven debajo
más abajo de las medusas
y no han tierra ni mar.

Más abajo, debajo de los corales
y de las conchas ardiendo
con algas y caballito
marino, no tienen juego
que el semblante y el barreno
va como disco rodado
alejándose y perdiéndose,

y la noche ya se cierra el puño
en burla del liberto.

Se ha ido el verde de Cibeles
y el desgarrón de los del cielo.
Y se hablan para tenerse
y conjugándose el jadeo.
La hembra que abre la puerta
negro les recibe el beso.
Cuando llegan a su puerta
llegan cuando ya el día
no quiere verlos
y el niño que va a dormir
en sueños les ríe.

ENCUENTRO CON EL CIERVO¹

Vamos pasando, pasando,
sin entenderlo y sabiendo
los verdores, las frescuras
de algún valle que no vemos,
según la ley de la tierra
que no es la ley de los cielos.

Vivía el huemul sobrado
de pastales y sombreos,
pero por su mal topé
con los sus ojos de ruego.
Se me dio como la gracia
y lo aupé hasta mi pecho.

Tú no lo descorazonas,
ya lleva el trote ligero,
ya no estornuda la arena
ni se escapa de sus deudos.

Ay, no se me asuste ahora
poniendo la oreja al viento
de eso que se está viniendo
parecido a un barreteo.
Será que estamos pasando
cerca de establecimiento
y canta en barretas
piedras, cascajo y hierros.

1 Algunas versiones han titulado equivocadamente a este poema como "Tacna". (N. de los Eds.).

No te asustes, todo canta
para el de oídos atentos:
cantan la sal testaruda,
canta el pecho del hombre
sin saber, con su jadeo,
pero no saben oír
su sangre ni sus alientos.

En cuanto pasemos este
trance de polvo y de hierros,
también vamos a romper
rompiendo el lacio silencio.
Para este mudo
que tiritita de miedo,
romperemos a cantar
porque eso pone denuedo,
pone olvido y sube y sube
como flecha de flechero
hasta que se hinca
y alcanza y vence a los cielos.

—¿De dónde sacas, mamá,
y dónde te lo dijeron?

—Cree, cree y cree más
y cree hasta no sabiendo,
cree vivo y cree muerto
que la fe calienta el pecho.

ARCÁNGEL DEL COBALTO

A un arcángel de los cielos
lo bajaron a la mina
y el arcángel pena y pena
en los cerros de Freirina.

¡Ay, arcángel del cobalto,
ay, la lumbre divina,
ay, arcángel prisionero
en lo negro de la mina!

El arcángel del cobalto
es color de agua marina
y sus alas son de golfo,
y sus pies de golondrina.

Como el buzo o el sabueso,
como fiera que camina,
el barreno masca y masca
la montaña de Freirina.

Cae el combo, muerde el pico,
maja el pico, piedra andina.

Piedra negra, piedra ciega,
piedra bruja y asesina,
suelta el cuerpo, suelta el alma,
suelta al santo de Freirina.

Sube el combo, baja el combo,
y el expolio no termina.

Los demonios de los cerros
y las lomas de Freirina
bajaron a las minas
al arcángel de los cielos.

Ángel loco, ángel cobalto,
ángel que nos alucina,
ángel preso y ángel roto
al demonio de la mina.

Quién lo sabe, quién lo ve,
quién lo llama y adivina,
quién lo arranca, quién lo salva
de los cerros de Freirina.

Combos, picos y barrenos,
y los hombres de las minas
buscan desde que abre el día
cosa azul, cosa divina
en los cerros de Freirina.

Ángel loco, ángel cobalto,
cosa ciega que ilumina,
ángel preso, ángel perdido
en la trampa de la mina.

Como padres, como buzos,
como rayo que camina,
el barreno busca al amo
que lo llama y fascina.

Al robado y al cautivo,
y al tragado por la mina,

lo seguimos desde el alba
hasta la hora vespertina.

Al rehén de pies azules,
a la anguila corredora
que comienza y no termina.

En los cerros como toros
y demonios de Freirina,
el cobalto que es azul
duerme en su tierra madrina.

Cobalto, cobalto, cobalto,
quién te ve, quién te adivina,
cielo y ángel azules
en las sierras de Freirina.

Combos, combos y barrenos,
picos, picos de la mina,
busquen, hallen, hallen.

Nuestros brazos son llamas,
nuestros cuerpos resinas.
Nuestros hijos alzarán
al arcángel de la mina.

Aleluya y evohé
al minero y a la mina,
suba el ángel del cobalto
de la montaña de Freirina.

Como el perro de Tobías
lo seguimos por la mina

y el arcángel del cobalto
como el cielo que buscamos
no comienza y no termina.

Muerde el pico, cae el combo
y trueno da la piedra andina,
y no sueltan a su arcángel
las montañas de Freirina.

LA CHINCHILLA

Te traje por andurriales,
dejando a la bien querida,
la madre y señora ruta,
madre tuya y madre mía.
Ahora que hagas paciencia,
vamos siguiendo una huida.

—¿A quién, di, mama antojera,
rebuscas con picardía?

—Calla, calla, no la espantes:
por aquí huele a chinchilla.

—¡Oh!, las mentaba mi madre;
pero esas tú no las pillas.
Pero ahora es el correr
y volar, ¡mírala, mírala!

—¿No la ves que va delante?,
¡ay, qué linda y qué ladina!

—¿Qué ves, di, qué se te ocurre?

—Corre, corre, ¡es la chinchilla!

—Yo veo una polvareda
y tú como loca gritas.
Queda atrás que yo la sigo,
suéltame que ya la alcanzo.
¿Quién pierde cosa tan linda?
Calla, para, yo la atrapo.

Escapó, mírala, mírala,
ya se pierde en unas quilas.
¡Que no se la logre un pícaro!
Es la chilena más linda.
Su bulto me lo estoy viendo
en las hierbas que palpitan.

—Tú la quieres y, ¿por qué
dejas que otros la persigan?

—Ja, ja, ja. Yo soy fantasma,
pero cuando era una viva,
nunca me tuve la suerte
de ser en rutas oída.
Tampoco en casas ni huertos.
¿Por qué tan triste me miras?

—Mira la raya que deja
sobre los trigos la huida.

—No rías tú, tal vez tienen
un ángel las bestiecitas.
¿Por qué no? ¿Cómo es, chiquito,
que todavía hay hermana chinchilla?
Las hostigan y las cogen.
Quien las mira las codicia,
los peones, los chiquillos,
el zorro y la lobería.

—Oye, ¿la mentaste hermana?

—Sí, por el hombre Francisco
que hermanita le decía

a todo lo que miraba
y daba aliento u oía.

—Eso, eso me lo cuentas
largo y tendido otro día.
Ahora, mama, tengo pena
de no mirar cosa viva.
Tú caminas sin parar
y yo me pierdo lo que iba,
apenas me alcanzo a ver,
veo aguas y bestiecitas.

VALLE DE ELQUI

El valle de Elqui tiene montañas
que buscan a Dios en la noche
y lo hallan en amaneciendo.
Son altas y son hermosas,
ellas lo cantan en el día
y lo velan cayendo la noche.

De pequeña me despertaban
con su sol dulce y ferviente.
Su salmo de luz todavía
la oración eterna recuerda.
Me despierta y las nombro cantando
la gracia que llaman alba
me encuentra y me baña el primer
rayo de sol y le respondo con alma
y con los brazos alargados.

Ya no las tengo, ya no me llaman
ni me responden sus brazos alzados.
Tu tierra que aman pero no cantan,
de mi Pacífico tengo saudades,
los que hacia ella vuelven cantando
nunca me llevan, nunca me llaman.

El valle y el Aconcagua
habían olvidado mi rostro.
Y yo voy olvidando su gesto
de amor que me supo y me ama.
Y a mi río que canta y que silba
ya le oigo aquel silbo que llama.
No me digan que es desvarío,

yo lo escucho en mi noche callada
porque su voz me la conozco
como mi cuerpo y como mi alma.

Ella no es, no, la de la selva,
tampoco la de la tornada.
Es la voz de mi río de Elqui
que me sabe y me nombra y me llama,
y me dice bajo bajito que no olvide:
hay un río que sabe tu nombre
y hay una aldea que te llama,
y una ruta que tú caminas
día y noche, y no olvida,
como un canto y una balada.
Y los dos al caer la noche
te nombran por cerros y playas,
y las rutas que son lindas madres
bien se lo saben llaman.

Camino hacia Montegrande,
con el correr del deseo
como bajan las alondras
en llegando el pasto nuevo,
paso mis roquedades
vivas y llenas de gestos
que arden en ocres, en rojos
y en morados agoreros,
sin querer dejar pasar,
guiñan reconociéndome.

Tienen los brazos alzados
de los profetas coléricos
y se adelantan brindando
sus regazos cenicientos,
o no más dejan caer
peatones y sempiternos.
Pero donde me detienen
quedo con ellos sin tiempo
y la piedra manaba
el manar de su silencio
y supe que sí, que es dulce
cuando fía su secreto.

Parece que no acabase
nunca la piedra,
parece que no ha querido
ser regazo y ser consejo,
parece ser la madrastra,
la amazona sin pechos,
pero sobre sus rodillas anchas

sustentan entreveradas
al minero y a la chinchilla,
a la salamandra y al toro.

Llévame hasta Montegrande
y La Unión por tus faldas
esquivándote olivillos
y los quiscos de mal gusto.
Yo también soy hija pródiga,
pero me llamaste y vuelvo.

MI ALDEA

Cuando va subiendo el día
como por gracia prometida,
aunque no suba del Andes,
él sube de Montegrande,
y cuando cae a la tarde,
y bosques [y campos] arden,
otra vez él va cayendo
a la aldea que me dieron.

Nunca le falté olvidada
a la cita que me daba
y que me da todavía
en rutas de la extranjería.

A qué decir y cantar
que lo troqué por el mar,
si al despertar me lo tengo
y es de allá de donde vengo,
todavía trayéndome soñolienta
la oleada con las mentas.

Yo no sé cuándo es el día
de dejar mares y ríos,
y devolverme a mi dueño
para dormir aquel sueño
que tuve y perdí, y anhelo
más que mares y cielos.

Aguárdame, Montegrande,
padre mío, hijo del Andes,

en sueños te mando un grito,
ya marchó, ya voy llegando.

DEVUELTA A LA TIERRA DE MI CRUZ²

El mar nos ladea, el mar
nos quiere coger de sesgo
por que dejemos el valle
que es polvo, piedra y jadeo.
Nos silva, para y mantea
a pechadas de nortero,
dándonos boca salobre
y alborotados cabellos.

Al gánoso nos hurtamos
en animales mañeros
y le quitamos los ojos
porque mandón y hechicero,
él me ha llevado entrabada
con anguilas y taleros.
Y estoy devuelta a la tierra
de mi cruz y nacimiento.

2 Este texto en algunas versiones va titulado "Mar", tal como otros tres poemas: aquí proponemos este para diferenciarlo. (N. de los Eds.).

A UNOS NIÑOS DEL VALLE DE ELQUI

Adivinen quién canturrea
para dormirles la aflicción.
No era Juan que junto a los Andes
de sueño y reverberación,
tiene praderas y rebaños,
tiene dioses y tiene Dios.
Ni Leticia que tiene río
y en ese río revelación.
Gabriela es la que no tiene
tierras y aguas que ángeles son
ni parvas grasas que son madres,
ni lagares que son fervor,
que no ve sangrar los granados
y ve su pasión y ve su pasión.
De la tierra extraña les canta
haciendo el sol con su canción
en el valle blanco del Ródano
o en el valle helado del Po.
Canta a unos niños que nacieron
años después que se partió.
Cerrando bien los ojos
para tener lo que no vio,
aguzando el oído canta
como aquellos que locos son,
cuando son mayo y diciembre,
pecho a pecho con su pasión.

SALVIA ELQUINA

Salvia de la cordillera,
pies trabados que no bajan;
en las piedras de la cuesta,
retenida y calcinada,
con azules adorando
y en renuncia encenizada.

Ardentía, demasía
que de soles no se cansa,
insistiendo y persistiendo
a lanzadas de fragancia,
al costado de la peña
que no vuelve la mirada.

Cuando son rodados y nieves
que no la rompe avalancha;
sopla el hálito en la oreja
de borrasca magullada
y a las dos mi cordillera
las conforta en su peana.

En la chasca y en la greña
se le duerme emborrachada
la culebra, dedos muertos,
que sombrea y se embalsama,
y dormí como ella duerme
sin mover nudo de salvia.

¿Cómo está, cómo estará,
fervorosa, dura y ancha,
recibiendo y dando cielo

en sus visos de torcaza,
la mitad echada al viento,
la mitad arrodillada!

Me la tuve y me la tengo,
verdadera y desvariada,
tan trabadas nos tenemos
como el cuerpo con el alma,
de que pido sus alientos
a la noche que es la gracia,
y la gracia de la noche
me la trae en bocanada.
Con que rinda yo el espíritu
en mi noche más cerrada
y mi tránsito ella sepa
en el vuelo que la rasa,
y con que me reconozca
así idéntica y trocada,
en el filo de los Andes
estaremos recobradas.

FLOR DE SAN JUAN

Florecita de los cerros
que llaman flor de San Juan,
tan abierta que me mira
como si me fuera a hablar.

Tan callada que se queda,
qué sabe ella y qué tendrá,
flor que abre cuando es noche,
tengo miedo cerca de ella
de decir y de alentar,
de pensarla, de hacer cosa
que no sea el adorar,
cosa aparte de la amar.

Maravilla de silencio
de su estarse y de no estar.
Cuando quieran que lo tenga
con llevarla me lo dan.
Me lo tengo de aprender
si lo tengo yo de dar.

El secreto de que la ame
quien me sabía encontrar
a pesar de rosa y lirio,
de gardenia y arrayán.

En algún tiempo
secreto me lo dirán
lo que era la mujer,
lo que la flor de San Juan.

Me he soñado en muchas tierras
esta casa de soñar,
no he soñado cosa alguna
como esta flor de San Juan.

Aquí me estoy alabándola
y ella está en su soledad
con tanta noche delante
que no la hace temblar.

Ahora que yo me duerma
donde se halla se hallará
y contra de mi mejilla
golpeando sin golpear.

Ella se llama mi infancia
y para hacerme llorar
me la traen y la ponen
en mi mano de temblar.

Cuatro hojitas, cuatro llamas
y para qué fuera más,
y revolcado en mí
el polvo de las estrellas,
de la estrella más falaz.

La toco con la mejilla
de no quererla tocar
y me toca como cosa
de la dulce eternidad.

El tallo blando y la blanda
más blanda en la soledad,

y la noche así tan ligera
para no la quebrantar.

Casi me he muerto sin verla
mentándola con afán,
que nadie me la entendiera
la termina de buscar.

Todavía no la veo
abrirse y quién la vería
siempre encontrármela abierta
y llena de soledad.

En corriéndose la noche,
abriendo con suavidad,
la noche a venir con ella
y yo a llegarme a sentar.

La noche a soltar su calor
y a decirme que ya está,
y yo a salir a buscarla
y ella a tenerme y callar.

Perdida de los diez años
flor tan difícil de hallar,
llamándose como santos
florecita de San Juan.

Recoge flor que no huele
que le estaría de más.
Huélela hasta que te huela
y que te pueda embriagar
que la hora llegará,
el aroma nacerá.

Flor que no se ve en el día
y no importa a nadie más,
flor sin abejas galanas
para pura castidad.

Aunque en cielos que pusieron
al oficio de cantar,
me lo tengo de saber
antes de irme
el silencio que se tiene
en el ojo de adorar,
la dorada, la liviana
flor callada de San Juan.

HIEDRA

Vamos a buscar la hiedra,
no es nada dificultosa;
sube y sube en unos días
silenciosa, silenciosa,
y cuando menos pensamos
ya llegó la buenamoza.

Vamos a buscar la hiedra
que no se tarda medrosa.
Sube, sube así muy calladita
como una poquita cosa.

El pobre muro se la siente
subir, lenta y amorosa,
y en semanitas la hiedra
ya sube y verdea donosa.

CANCIÓN DEL BUEN SUEÑO

Duerme el día que al oeste
se exprimió como el racimo,
duerme el viejo valle de Elqui
morado de uvas y de higos.

Duérmete en ciervo,
quedo, quedito.

Duerme tu santa montaña
y duerme tú mismo al río,
a los puentes que pasaste
y a las cuestras que subimos.

Duérmete en árbol,
quedo, quedito.

Duerme tu cuerpo amodorrado
en dos pliegues de mi vestido
y el Padrenuestro que rezo
te lleve como camino.

Duerme en piedra,
quedo, quedito.

CANCIÓN DE CUNA DEL HUEMUL

Sosiega de una vez, cierra
los ojos, llámate al sueño,
no corcovees, no rompas
el poco bulto que llevo;
a qué revolcarte así,
como loco, rapazuelo.

Tiéndete en la madre hierba,
sosiega y llama a tu sueño
que yo te iré canturreando
canción que dice el desierto.
Tú duerme hasta que él se quede
solo y con todos sus muertos.

OTRA CANCIÓN DE CUNA
PARA DORMIR AL HUEMUL

Duerma la bestezuela,
duerma en nonada.
No mueva corvas
ni oreja azorada.

Duerman amores,
asaltos y cornadas.
Duerman resuellos,
escarceos y danzas.

Vuelan los ángeles
sobre gente y manada.
Duerme, no majes
hierbas quedadas.

Dos madres, dos se tiene
la gente aspada:
el día erguido
y la noche postrada.

Ya duerme toda
la tierra trascordada,
y el día herido
y la noche arrodillada.

Eh, ciervo, “dobla”
cornamenta y alzada.

I

Se llamaron con otros nombres
y otras sílabas los que vinieron:
O'Higgins, bastardo y héroe,
y Carrera, patricio y terco,
y Portales que parecía
el pino dulce, el pino tierno,
y seguían siendo los mismos
del Bío-Bío y Ventisquero
que al destino dijeron sí
y a la desgracia, y al destierro,
nacidos de cerros salvajes
y con metales en los tuétanos.

Se llamó uno Caupolicán,
otro Lautaro, todos denuedo,
resueltos a no obedecer,
a no ser otros y a ser ellos,
arengando con los muñones,
atravesados de lanza o leño,
vengadores de los del norte
que callaron y consistieron.
Casta de Arauco que no labró,
segó ni tejió para sus dueños
y se acabó temible y mudada
sin perdonar ni decir lamento.

Casta chilena, gente chilena,
de las estepas y del desierto,

de la pradera y de los valles,
varios como los elementos,
hijos del fuego o de la nieve,
hijos del mar, padre violento,
los llevo bien y bien me llevan,
me tienen, aunque no los tengo.

Que otros discutan su destino,
que si Adán, que si Enoc.
Que otros conversen a la sombra
de las palmas o los cafetos.
Nosotros vascos, nosotros
navarros duros y pehuenches
nos echamos al hombro
nuestra sal y nuestro desierto,
y en vez del plátano y la piña,
metales y sal morderemos.
Hasta que tengamos descanso,
hasta que el suelo sea sustento,
no miraremos la Osa Mayor,
no cantaremos los cantos tiernos
en cerros salvajes viviendo,
amamantados del metal
y comedores de lo eterno.

Donde los montes son más altos
y son los pastos menos tiernos,
donde la tierra nada quiso,
pero los hombres lo quisieron
en los salares fueron llegando,
fueron naciendo donde la roca
aúlla la sed y los cactus son
puro deseo en los Aconcaguas,

y somos como lo que habemos
como los dioses lo quisieron,
Vulcanos cuando no Neptunos,
catadores, apiris y herreros.

Donde es montaña si no es mar,
la pelambre sin asidero
o la sabana sin ternura,
se pusieron o los pusieron.
En donde Almagro volvió el rostro
a las sequías como infierno
y Valdivia aceptó la suerte,
y la aceptaron los que vinieron.

No digamos que el suelo es dulce
ni los salares son benévolos.
Digamos solo que lo quisimos
y que estamos donde estaremos
como el glaciar a su destino.
(Los que nos quieren que nos busquen
donde el planeta es puro anhelo
y las montañas se levantan,
que de allí les responderemos,
los chilenos).

Poca América, poca dulzura,
pocos ríos y poco suelo.
Ni cafetales ni gomales,
ni palmares ni bananeros.
Metal suena bajo los pies
y los metales son prisioneros.
Cobre arde bajo los pies
y el hierro mira a su dueño.

Tenemos dorada la piel
y el ojo claro del mar paterno;
el quechua no nos diga extraños
ni el germano nos diga nuestros.
Porque no traicionamos,
porque no queremos perdernos
y nuestro cuerpo de cien limos
es solo el santo cuerpo nuestro.

Trepadores de las laderas
y mascadores del desierto,
arrancadores de polvo de oro,
el pecho es ancho y cruento.
Los brazos nacen remadores,
pero en el pozo de la voz
tenemos la miel del higo de los valles.

Menos hermosos que los griegos,
un poco atlantes, un poco centauros,
bellos atravesando el mar
de las Guaitecas y los estrechos,
o partiendo el cerro de plata
que se tumba como alerce
entre espumarajos amargos.

Bolívar padre no nos vio
y para él estamos hechos.
Guatimozín no nos oyó
y contestamos su tormento
porque vivimos donde se acaba
el yugo de lo violento.

También tuvimos los inútiles,
odres hinchados de agua y viento,

y los vendedores del pan
de los hijos que aún no nacieron,
demagogos de lengua suelta.

Pero a todos los aventamos
con el soplido y el harnero,
y su nombre no tendrá boca,
y ni en el odio los guardaremos.

Guay del que toque nuestra carne
tomándola por criadero.
Guay del que en medio de nosotros
se nos ponga a plantar su reino,
sea el nórdico de la helada
codicia en los ojos de acero,
sea el germano o japonés,
llámese Gengis Kan o Creso.

Que de tener tierra pequeña,
menudo lar, estrecho tempestuoso,
la tierra se ha vuelto nosotros,
nuestro costado y nuestra peana,
y donde cojan y donde saqueen
como la tigre saltaremos.

Pues nos hicieron en el lote
de los torrentes y volcanes,
del petrel ebrio de alta mar
y de búfalos violentos,
y no nacimos para servir
sino al que lleva muestras,
marca nuestra sobre la cara
e ímpetu nuestro en los alientos.

Digamos los árboles píos
 si dijimos los hombres buenos.
 El algarrobo tiene la carne
 como de granito sangriento.
 Sin edad cual Matusalén,
 medra junto al espino
 y el viento grita huido.

Cuando florecen los espinos,
 “cuyo olor llega al pensamiento”,
 que si la tierra es más que la tierra
 lo pensamos y lo sabemos,
 y compramos la flor del cielo divina
 con la sangre del brazo cruento.

Álamos, álamos, inacabables
 alamedas blancas al viento,
 álamos ebrios de oro
 salmodiando la luz en la venteada.

Donde el cielo es de ceño y llanto,
 la araucaria punza el cielo,
 alta como la sed de Dios,
 recta como el arco certero,
 tan perfecta que Dios la mira
 cuando se quiere ver perfecto,
 verde de eternidad feliz,
 cobijadora de los pueblos,
 mitad árbol, mitad genio.

GEOGRAFÍA

Al norte está el mar de fuego
y al sur los hielos intocados.
Al este el mar de los otros
y al oeste el ancho y sacro.

Son mis puntos cardinales
y otros no tengo contados.
Entre ellos se queda el mundo
regalado para el canto.

Está la montaña mágica,
está quechua y araucano,
los países de palmera
y el del flamenco rosado.

La tierra es de carne viva,
el metal gime como vivo.
Me silbarán como a cordera
y por las tres sílabas líquidas
me ondearán desde la tierra.

VALLE CENTRAL

A medio cuerpo de Chile
asiéndolo en jugueteo
parece un largo caimán
de lo erizado y lo pétreo.
Y yo le tomo el costado,
blando y dulce de azuleos,
que se recoge en la arena
blanda, dulce y con revuelo.

Lindo trotecillo lleva
el ciervo en Abel contento
y me anima todo el valle
a saltos y a corcoveos.
La sonrisa al fin le sube
al indio en corto chispeo.
Y a los dos ya no les pesa
el mundo que recibieron.

Si se atrapa aquí en el valle
a Chile por traveso,
él es la ringle de fruta,
madre de olores intensos
y se le alza con ternura
como a niño el dulce peso.

Á L A M O S

Ansia que tienen, temblor que tienen
miedo que tienen, sin sentido.
Sosieguen, paren, ríen
que no somos brazos con filos.
Los leñadores están lejos
y cortan pinos, no más que
tala talando, pero los pinos.

Susto que tienen, frío que tienen
brazos temblando, muslos fríos
caminar siempre sin que lleguen
y anda que te anda con nosotros,
y nos siguen o los seguimos.

No se para, no se abaja
loca alameda, loco río.
Habla que te habla, nada dice
y sigue y sigue y la seguimos.

Donde pare pararemos
que no sentimos el camino.
Entre los dos, mujer y niño,
también sentimos calofrío.

La alameda espalda blanca
lleva otra consigo
y de verla desde ahora
llevaremos calofrío.

Canta que canta vamos andando
al final de la alameda,
la luna salta ahora mismo
y en cuanto ella sube, el campo
se llena de aparecidos.

VIENTO

Éntrense los azorados
por matorral de romero,
va a doblar su vieja cólera
tres días, el majadero,
aullando y matoneando
como jauría en descenso.
Viene de las nubes altas,
cae y se alza en indio ebrio.
Échense de bruces, digo,
hagamos todos el muerto.
Aunque también me da susto
le tengo un amor con miedo.
Apodo recogí de él,
de viva o muerta lo llevo,
óiganlo bramar, gemir,
revolverse por sus muertos.

Se viene acercando el puelche
que es cuyano y loco suelto,
cae en bandido furioso
por doce desfiladeros
sin quebrar los trigos nuevos,
pierde tino, zumba látigos
sobre avenas y centenos,
adelgazándose pasa
cerros y despeñaderos,
y cae al valle de Chile
como un amante o un ebrio.
Palmoteando, alharaqueando,

zarandea dos mil huertos
y a la vez es un demonio
y un dios que no da manteo.

TRIGO DE ARAUCO

Duro y seco como el metal
es el puñado de trigo.
Pisoteado no se quiebra
y no se pierde esparcido,
y conforta mis mansos pulsos
aunque no dé ningún latido.

Retiene mi puño quieto,
retiene el puñado de trigo.
En tierra salobre de Chile,
mucho es el pez, poco el trigo.
Lo tomé a la parva en lo alto
en el cogollo amanecido:
tiene el solo, tiene las lunas
y todavía su rocío,
y le viene de olivo y viña
una oleada de aceite y vino.

El trigo duro color de Fresia
es más fuerte que metal y vino;
suena en mi mano y me conforta
como un Cristo el puñado de trigo.
En mi diestra me contrapesa
el corazón de mi destino.

El trigo es blando y es duro,
y es mi palma igual que el trigo.
Pero él se dobló sembrado
y yo sembrada me he perdido.
Ya supe que era mejor
y me hago sierva del trigo.

Espero que pase el viejo,
cruce el pájaro, lleguen los niños,
para abrir la mano alegre
y echar el reguero vivo.

ESPIGA

Dura se hace en diez semanas
como el cobre de la mina,
la que voló como un vaho
y como un ángel no se veía.

Al granar impetuoso
no tiene miedo, de ser niña,
y yo estoy toda azorada
de esta explosión de la espiga.

La muerte puede cogerla
que ya como no la mataría,
puede romperla si pasa sus dedos
y mascarla con su encía.

(Las hoces de ayer pudieron
malograrla todavía).

Una brizna de sol faltaba
y Dios lo dio a la bendita.
En su punto, de sol está libre
de vida y de muerte la espiga.

Voléenla ahora, piérdanla
o acarréenla a la trilla,
o échenla por el regato
y se irá sin ser perdida.

L A P A R V A

Parecen viejas de faldas profundas,
encuclilladas para dar sorpresa,
las parvas, las moñudas parvas.

Escondámonos en ellas.
Empujaremos con las frentes.
Pasa el cuello, pasan los hombros
y el trigo cae como un diluvio.
Nos sumimos, nos enterramos.
¿Quién nos ve ahora, quién nos halla?

Las viejas madres dejan hacer.
No refunfuñan, dejan pasar.
Se ríen con los cogollos
y el chorro de trigo que cae.
¡Qué buen calor y buen olor,
y qué buen cerrar los ojos!

Vendados de trigo, ciegos de trigo,
la lluvia no nos empapa
ni nos sigue la turba de perros.
La parva huele; la linda se exhala.

La paja es blanda y es brava
como la cara de tu padre
que nos besa y nos clava.

Nadie sabe nada, nadie oye reír,
somos dos ánimas sepultadas.
Pero ríe del moño abajo
y se le oye la risotada.

No nos movemos y la partimos
acomodando piernas y espaldas.
Pero el trigo afuera sigue corriendo.
El muy turno no se para,
parecerá así rodando
parva borracha o embrujada.

Vienen corriendo a caballo,
se apea el dueño de la parva.
Busca con los brazos
y en un manotón nos coge las caras.

Jugábamos a “las escondidas”,
jugábamos, hombre, jugábamos.

MALLECO

Me acuerdo por ruta y aire,
y apuro a mis compañeros,
del manzanar que yo tengo
en un rincón de Malleco.
En cuanto duermo lo gano,
lo pierdo en cuanto despierto.
Doy con él sin que me lleven
y a brazadas lo cosecho.

YA NOS VAMOS ALLEGANDO

Ya nos vamos allegando
a tierras araucanas
y hay en el aire dos signos
que se susurran al alma:
unas chozas apiñadas
y la sombra de la araucaria.

Cuando la pesada tierra
quiso subir como el alma
o cuando quiso cantar
y no ser acongojada,
fue que Dios le regaló
la esbeltez de araucarias.

Como niños se azoraron
sauces, peumos y maitenes
de la tribu que subía
como raza convocada,
y ellas seguían subiendo
temblorosas de azoradas,
y cuando subieron todas
con una ascensión de Gracia,
cantó la Araucanía,
cantó como el alma leal,
como casta cantara.

Ya nos miran y nos cubren
de júbilo balanceadas,
sus sombras vivas caen
como unas anchas palabras,
y yo miento al niño indio,

y ellas guiñan alocadas
al niño ciervo en niño perdido,
y se miran intrigadas,
miran sin cuerpo un alma.

Paren, descansen, reciban
los discos y las palabras
que se desprenden y caen
del alto coro que canta,
aunque ellas también están
en la mi segunda patria
con presencia y con figura,
dando aroma y alabanza.

Yo quiero en turnos callar
y cantar bajo sus ramas,
las doce mil copas hacen
el coro y los troncos callan,
y la mecedura verde,
y gentil y acompasada,
tal vez me dio las tres notas
que canta a Dios mi garganta,
tres son y me valen
por anchas y enamoradas.

MISIONEROS

Yo voy con ojos heridos
de aquel resplandor paterno,
y en lo blanco de la ruta
me abaja un garabateo
que son las seis huellas santas
de Rambergá y de Francesco,
y las del viejo Valdivia
en el polvo persistiendo.

El indio que las vio antes
las refresca con su beso
y yo las cojo en las palmas
en seis pichones gemelos,
y las veo soltar llama
como ámbar o sacramento.

Y me arden como destellos,
y el destello lo saltamos
los tres para no romperlo.

V O L C A N E S

Amaneciendo, la selva
deja ver bultos de hielo.
Serán pregones del valle
o serán los dioses muertos
que aún desploman el fulgor
de que nunca se murieron.

El diaguita y el huemul
saben al Pillán tremendo,
y de la selva me arrancan
bajo esos dardos corriendo
como arrebatados y ebrios.

Y yo sigo a los que son
la luz de mis ojos ciegos.
Y el huemul les gime, alzado,
y el indio les mira, recto,
y lloro yo viendo alzada
la materia de mis sueños.

VALDIVIA

La Valdivia mira fija
al río de su rodeo
como quien nunca se aprende
al amante que le dieron,
el cual la regalonea
con alto temblor de helechos.

La neblina le anda el ánimo
y un fuego de hornos los miembros,
y huele a la bocanada
de los alerces y al cuero.
A más alerces le bajan
por las barcas sin barquero,
y le arrebatan y mascan
los duros aserraderos,
más le nacen, por servirla
en laderas y repechos.

Pero el río con nosotros
mira y ve sin entenderlo,
que en sus orillas dos rondas
danzan sin juntar los ruedos,
y que se hurtan y esquivan
los dos coros en el viento.

Vamos borrados de niebla
a descansar, río nuestro,
ganduleándote una orilla
que trasciende a pino cedro.

L A G O S

Vamos la cara volviendo
atrás, en una engañifa
de alejarnos sin perdernos.

Tolomé caracolea
que me voy, que me devuelvo,
paso atrás, paso adelante,
preguntando al ojo negro,
y yo lo arrastro sin lazo
hacia la patria de espejos.

Mira, guiña, duda, cree,
pero va por fin siguiendo,
aunque el polvo es caminado
como un beso y otro beso.

En los pies y en las pezuñas
mejor es agua con cielo,
agua blanda, agua parada,
y en un mirar sin pestañeo.
Y en el silencio un pequeño,
un suspirado secreto.

El que llaman lago Ranco
casi es anillo resuelto.
El rompedor de la tierra,
lo mejor amarlo y verlo,
lo cavó lejos, en cuenca
de peñas como por celo.

Tanto anduvimos los tres
que bien estará tendernos.
Sosiegue el pardo y descanse;
abaje ijjar y resuello.

Ya se acabaron el valle
central y tropel de arrieros;
ya nos llevaba la ruta
como un animal sin freno.

CHILE AL PECHO

—De venirnos a los tres
la gana y antojo ciego
de tomar ahora a Chile
al pecho, por gallardeo,
se nos resbalan y caen
en peces los archipiélagos
de que la tierra se ha roto
como cota de guerrero.
Déjalo el huemul y tú,
el indio del desaliento,
y pónganse a contar fijo:
islas en espolvoreo,
hondos fiordos como agujas,
penínsulas en serpeo.
Carguemos igual que siempre
la patria en veras de ensueño,
según se carga el amor
como la llama en silencio
que no da chisporroteo
y según nuestros orígenes
que son densos y sin peso.

—En el pueblo que pasamos
donde paré a pedir agua
hablaban unas mujeres.
Yo te menté a las comadres
y ellas te llamaron mi loca
comadre, andariega, vaga,
amiga de extranjerías,
y mudadora de patrias,
y aunque yo te defendía,
ellas como hembras me ganaban.

—Ja, ja, ja, y tú perdiste
la partida. Yo soy nada
y aunque chiquillos y canes
me sientan, topan en vaho,
que eso soy hasta en fantasma.

—No me pongas a llorar
y no sueltes la risada.
Paremos, oye, paremos,
busca y búscate una casa.
Tal vez en cuanto sosiegues
no vuelvas a donde estabas
y criando a tu cordero,
y atizando el fuego, mama,
te olvides de todo aquello:
que moriste, que no eres,
que tú eres madre prestada...

—¡Buen dar, menudo pedido!
Has comido hierba mala

y estás loco. Las mujeres
somos grandes charlatanas.
Hace veinte años pasé
y solo soy bufonada...
Tan fuerte grito me diste
cuando se murió la mama
que te supe y me turbaste,
y bajé como rodada
por la raya de tu grito,
y me volví esto que soy
que se llama enajenada.
Por haber pisado tierra
no entiendo bien este mundo
ni sé bien a dónde estaba.
Ay, no me preguntes más
que ando por la potrerada
buscando con pobres ojos
un techo, un umbral de casa
y una madre que te valga.

—¿No te vayas, no! ¿Por qué
te has de ir? Nadie te llama.

—Mi madre, mi padre y mi Yin,
y todos los de mi raza;
tal como una aventurera
o mujer soliviantada
los dejé y llaman y llaman.
Pero esta noche, esta noche
yo soñé, soñé una casa,
que no es de mentira ni de aire.
Dormí yo en ella velada
del viento duro, del rayo,
del hombre y la mujer malos.

Voy a pasar el estrecho
sin miedo de la venteadada
en barca que te consienta
y no cobre la pasada,
y llegas a Magallanes
y das tu historia contada
por triste y desconocida,
diciendo que te mandé
yo al país de las hierba,
a donde hay tierra sobrada,
a donde las gentes se ayudan
y viven hombres de casta:
que es el país de la hierba
en la cual todos se aman.

PATAGONIA II

En la Patagonia verde
y blanca tuve silencios
y en rollos desenrollados
sobrenaturales vientos.

Llegar allá me quisiera
a la mesa de los hielos
donde el país era de todos
y más ancho tierra y cielo.

Y coyota ni coyote
me fueron a besar los cercos,
y el sueño me lo velaban
con un hato de corderos
del toro de la demencia
y el ímpetu del pampero.

Mas solo podría ir
con las aves del estrecho,
en ceguera de albatroses
y petreles cenicientos.
Alegre y loca yo iría,
ebria de gozo y anhelo:
padre el polo y madre hierba.

SI CUALQUIER DÍA ME CALLO

*Bien si acaso te despiertas,
bien si demora tu sueño,
bueno es vivir y morir,
ser creado y ser disuelto.*

G.M.

Si cualquier día me callo
como hace de pronto el cedro
y de tarde no les rasa
la cara mi pobre aliento,
será que he pasado el límite,
y que en la linde les tengo.

Cuando no lleguen allá
hojas y garabateo
de la mano que me hicieron
mitad la luz y los cerros,
ha de ser que os mando ahora
unos recados más tensos.

En las semanas y meses
vaciados de todo acento,
cuando parezca que olvido
a mujer, y niño, y huerto,
será que por fin caí
en dunas o en peladeros.
No esperar por el correo,
pero oír mejor el viento,
la tarde de bajos párpados
y el hondón de los silencios,

porque ya viendo y sabiendo
voy a conversar sin tiempo.

Tengo que saber por mí
para decir lo que aprendo
e ir contando el viaje
maravilloso y tremendo.
No me cierren los oídos
y no me hurten los cuerpos.

Callen un poco al umbral de la tarde
o pónganme a flor de sueño,
para poder desgranarles
mis hallazgos, mis encuentros,
en vez de darme sorderas,
ausencia y descendimiento.

Andaré a ras del cañón
del valle y el río tremendo,
del peñasco y de la piedra,
de dormidos y despiertos,
más que ayer y más que ahora
por doble acrecentamiento.

Con tal de que no me llamen
muerta ni me den entierro
y que me logren mirar
hasta con ojos abiertos,
y me tiendan el oído
como al pájaro o al viento.

No más que me sepan el amor
como se sienten olor denso
y el canto que no se corta

aunque se doblegue el cuello,
nada más que con entender,
en el corro seguiremos.

Mi cielo quiere tener
tierra afuera y tierra adentro
como quien toma en la fruta
colgada en el firmamento,
toma valles y mesetas
como a cáscara del cielo,
y tener lo que me dan
sin devolver lo que tengo.

Valle mío, ración mía,
mi posada y paradero,
tonta mentira que deba
perderte yo si te suelto,
si me voy cualquier mañana
recobrada de otro dueño
si me he muerto tantas veces
con retorno y con regreso.

A N E X O I I I

A L G U N A S

V E R S I O N E S

D E L

P O E M A D E

C H I L E

Estas versiones fueron transcritas del Legado Gabriela Mistral Donación de Doris Atkinson 2007, cuyos cuadernos manuscritos o dactilografiados revelan toda una documentación y testimonian la exigencia, constancia y rigurosidad de la autora en las escrituras de su *Poema de Chile*.

VALLE DE ELQUI

Tengo que llegar al valle
que su flor guarda al almendro
y cría los higuerales
que azulean de higos extremos
para ambular a la tarde,
con mis vivos y mis muertos.

Pende sobre el valle que arde
la laguna del ensueño
que refresca sus ijares
con su viejo refrigerio
cuando merma el pobre río
blanqueando en niño sediento.

Van a mirarme los cerros
como padrinos tremendos
moviéndose en animales
con ijares soñolientos
y dando un vagido profundo
que yo les oigo durmiendo
porque doce me ahuecaron
cuna de piedra y de leño.

En paila y paila de cobre
Emelina y yo herviremos
los arropes consumados
sobre el olivillo ardiendo
hasta el punto de la miel
y del regusto del paileo.

Y a la siesta, en unas salvias
de ojos y dedos pequeños,
yo voy a hundirme en ardides
y en nudales y entreveros,
hasta que en tirón me arranque
el camello que hace el riego.

A cada vez que los hallo
más rendidos los encuentro,
yo solo les traigo el habla
y el alma que ellos me dieron,
y abierto el pecho les doy
la esperanza que no tengo.

Que me den quiero no más
el guillave de sus cerros
y sobar con mano y mano
melón de olor, niño tierno,
trocando cuentos y veras
con sus pobres alimentos.

Y si de pronto mi infancia
vuelve, salta y me da al pecho,
toda me doblo y me fundo
del pasado
y como gavilla suelta
me tomo, ciño y sujeto,
porque ya este caminar
no es un alto, que es regreso.

Me voy hurtando mi cara,
porque no sepan mis cerros
y me echen con sus grandes ojos
mirar de resentimiento;

me voy montaña adelante
por donde iban mis arrieros,
aunque espinos y algarrobos
me atajen con llamamiento,
uno erizando la espina
y el otro mostrando el ceño.

A L A M E D A S

Las alamedas nos siguen
o nos llevan sin saberlo
en su abierta vaina verde
llena de un alto aleteo,
a sombras y a gestos grandes
de angosturas y voleo,
los troncos en dulce muro
y los brazos en voleo.

La lenta y desenrollada
nos lleva de verde adentro
con guía de Rafael
y con malicias de arreo,
y la marcha la festejan
su risa y cascabeleo.

¿A dónde serán que llevan
para que así las pasemos,
y ya se nos quedó lejos
sin sentirlo ni saberlo?

PALMAS DE OCOA

Recto caminamos como
los que llevan derrotero
según volaba la flecha
del indio, loca de cielos
por el valle que parece
pez varado y duro remo.
Pero va llegando ahora
un llamado, un palmoteo.

Son los palmares de Ocoa
lo que se viene en el viento,
son unas hembras en pie,
altas como gritos, rectas
a la hora de ir cayendo
en el mes de su saqueo,
y las demás dan al aire
un duro y seco lamento.

Y son heridas que manan
miel de los flancos abiertos.
Y el aire todo es ferviente,
y dulce es y nazareno
por estas formas heridas
que aspiramos y no vemos.

Caminamos respirándolas
la mujer, el indio, el ciervo,
y llorándolas los tres
vuelta el alma a los palmares
y el ojo al camino abierto.
El que más sabe es el indio

y el que oye mejor el ciervo,
y yo troto entre los dos
por saber lo que no entiendo.

C O R D I L L E R A

Andando va con nosotros
como un sueño verdadero,
casi tocando el costado
la dueña de nuestros cuerpos,
con un alma sola y fiel,
y los semblantes diversos,
y con el mágico cuerpo.

Mirando recta hacia el niño,
haciendo señas al ciervo
y anudándose conmigo
en nudo que ahoga el pecho,
mi cordillera camina
con sus carnes y sus huesos.

Centauro nuestra, amor nuestro,
divina bestia sin tiempo
aupada por el espíritu
y abajada por los miembros,
así entre Dios y nosotros
perdura el Pillán ardiendo.

Cada uno de nosotros
la va ignorando y sabiendo,
le va hablando con la marcha
y con el entendimiento,
punzado y enardecido
de su arponeo de fuego.

Sin abajarse nos cubre,
lúcidos vuelve a los ciegos

y en el tumbo de la sangre
nos va amartillando el pecho:
alto yunque que nos hace
media Circe, media Hefesto,
y hasta el fin nos sigue haciendo
con cascada de destellos
a filo de piedra y hielo.

Enderezados los tres,
y a sus mil regazos vueltos,
lo mismo la vemos como
al Dios de tactos inmensos,
y la vemos de dormidos
lo mismo que despiertos.

Su vertical nos sujeta
y nos suben sus faldeos
que los tres le repechamos
en pasión o regodeo.
Nunca la sabemos, aunque
en los sueños la sabemos.
Nunca la aprendemos, pues
muda a juego de destellos.

Vamos ceñidos los tres,
y es que juntos la entendemos
por el empujón de sangre
que va de los dos al ciervo,
y el envión que de él se viene
hacia nosotros devuelto.

Dormiremos esta noche
sueño de celestes dejes
sobre la tierra que fue

mía, del indio y del ciervo,
recordando y olvidando
a puros de luna y silencio.

Pero todos los metales
sonámbulos o hechiceros
van alzándose o viniéndose
como en ríos de misterio
hierro, cobre, plata, radio,
dueños de nosotros, dueños.

Son lameduras azules
que da la plata en los plexos,
son llamaradas de cobre
que nos trepan en incendio
y lanzadas con que punza
a las tres sangres el hierro.

La noche se nos va entera
en este combate incruento
de metales que se allegan
buscando, hallando y mordiendo,
lo profundo de la esencia
y la muy dura del sueño,
los tres molidos de ruta
y ellos locos de denuedo.

Al fin escapan huidos
como unos santos filibusteros
cuando es que va amaneciendo
y seguimos el camino
cargando nuestro secreto,
arcangélicos y rápidos,
de haber degollado el miedo.

Liberados caminamos
con sangre y pulsos nuevos
hasta los sures extremos
sin acidia y sin cansancio,
ricos ahora de origen y término
por la nocturna merced
de los Andes arcangélicos
que nos tuvieron adentro
de su granada de fuego.

T O M É

La Tomé que brilla a diestra
manda un arrullo de lejos,
el mascar de los telares
que ablandan el dentelleo
son merinos y algodones
que arropan a niño y viejo.

La marcha se nos ablanda
por un coro que no vemos
de ritmos que nos enhebran
las agujas de los cuerpos,
de recental y de hierro,
y nos llevan sin querer
los merinos volanderos.

Qué lindo cantáis, telares,
vuestro viejo jubileo
conociendo como Cristo
gozo de despedazamiento
jesucristianos de linos
y miguelescos del acero.

Más largo el día, más vivos
los carreteles, los émbolos.
Nutria y castor han cobijo
y Juan Peón tirita al viento,
y que ellos nos van llevando
no lo saben indio y ciervo...

TALCAHUANO

De Talcahuano se viene
un tráfago de astilleros.
Las maestranzas resuellan
comiendo y soltando hierros,
mascando cascós vendados
rechinan vinchas de acero.

Entran barcos perdularios
y salen otros enhiestos
que van yéndose a la mar
igual que atunes devueltos.

Y entra y sale de sus diques
el mar en verde buceo,
buscando naves que él ama
y detesta al mismo tiempo,
con el antojo y el dolo
del amor de los guerreros.

L I N A R

En linares y linares
que no sé, manoteo
los tres braceando
cielo trocado de cuento,
los verdes y los azules
cortamos a cuchilleo.

Si yo en carne caminase,
te cobrase, linar nuevo,
ropas con que volaría
como un aventado lienzo.
Pero tú ya no me vales,
largo linar de Malleco
porque es que te voy pasando
medio a veras, medio en sueño.
No romper, digo, volar
atravesando este vuelo.

¡Ea de tus cascos duros,
Tolomí que te devuelvo,
que sigo solo con el indio
que no rompe lo azulenco!
Aunque se venga la noche
y empiece a faltar el suelo,
a qué corres alocado
si mayoral no tenemos.

Este mirarnos los linos
con su parpadeo trémulo,
hablando con largas sílabas
y no saber entenderlo.

Será el de niños que quedan
atrás y nunca veremos.
Apurémonos sin prisa,
que llegar, sí, llegaremos.

Paren, sigan, miren, oigan
este como cuchicheo.

MAR DE CHILOÉ

Que vamos llegando al mar
ya se siente en el resuello
de chilote que remase
siempre, sin brazos ni remos,
y llega sin llegar, altos
y ensalmuerados los dedos.

Mar dicho por bufonada
Pacífico y llevadero
que alza cinco marejadas
donde le dan regodeo,
greña suelta, gana suelta,
mar de Chile sempiterno,
único indio no arrollado
del caporal extranjero.

El huemul no lo vio nunca,
el indio sí vio sus belfos
cuando avienta engendros locos
que él iba e iba recogiendo.
Y yo tanto le conozco
que casi en hija le peino
cuando oscuro y poseído,
rompe y avienta su pecho
solo aplacármelo quiero.

Esta noche soñaremos
escuchando al loco suelto:
el indio, lacio de ruta,
y como azorado, el ciervo,

y yo pegada a la red
desvariando sus espejos.

No estoy cierta de que duerma
ninguno si viene el cuero
aupado de marea
o atraca el Caleuche ardiendo,
y a los tres nos arrebatata
su proa de un manoteo.

El mar nos aviva el hambre
por dársenos en sustento
y ofrecernos como a un rey,
¡cháchara, danza y festejo!

Un chilote vagabundo
de barca rota hace fuego
y al ciervo, loco de llamas,
apenas si lo sujeto
y me tengo de manearlo
con los huiros que destrenzo.

El viejo brazos curtidos
tiró la red de un braceo
y a mi lado brilla como
conflagración de luceros,
de las merluzas lunares
montadas en bagres feos
y de congrios que pretenden
un poniente en tendadero.

La niebla ha ido adensándose
en forro azul ceniciento

y cegando el mar nos hurta
la nidada de archipiélagos;
hembra tramposa y ladina,
que es marcha o es embeleso.

Difumina a Chiloé,
ciega todo hasta el estrecho
y trueca en malabarista
filos de niño y de ciervo,
y mi bulto escamotea
solo porque lloren ellos,
y por empañarlo todo
al volver el mundo un cuento.

Cuando se revisa la historia de los libros de poesía de Gabriela Mistral, el único cuya primera edición apareció en Chile, como se sabe, fue *Lagar* (Santiago: Editorial del Pacífico, 1954), después de la última visita de la poeta al país. Incluía 74 textos distribuidos en 13 secciones, más un prólogo y un epílogo como poemas.

Por su parte, *Lagar II* fue publicado originalmente por las Ediciones de la Dirección de Bibliotecas y Archivos y Museos Biblioteca Nacional, en 1991, fruto del trabajo de una comisión de especialistas, integrada por Pedro Pablo Zegers y Mario Andrés Salazar, por la Dibam; los profesores de literatura Ana María Cuneo y Gastón von dem Bussche, y el representante de la Academia Chilena de la Lengua Alfredo Matus. Reunió 58 poemas, más seis versiones alternativas, con un total de 64 textos, distribuidos en 12 secciones, 10 de ellas copiadas de la obra publicada en 1954, y una de las cuales contiene un solo poema.

Ahora no queda claro si en efecto fue separado “involuntariamente” del *Lagar* principal, como señaló Von dem Bussche en el prólogo de aquella primera edición, suponiendo que habían sido los editores de Editorial del Pacífico, por considerarlo muy voluminoso, o fue la propia Mistral quien desechó estos textos para idear otra obra con los rezagos del anterior, como era su práctica habitual en el armado de sus libros.

Lo cierto es que revisando el Legado de Gabriela Mistral sobre las dos obras póstumas publicadas de su poesía, *Poema de Chile* y *Lagar II*, se hallan cuadernos con versio-

nes de índices y textos de *Lagar*, de 1954, en que algunos poemas sobre el país natal de la poeta fueron pensados como un todo, y así se encuentran textos poéticos que no entraron en ninguno de sus libros como “Salto del Laja”, “Volcán Osorno”, “Lago Llanquihue” y “Cuatro tiempos del huemul”, aunque fueron recogidos en varias antologías y publicados en la revista bonaerense *Sur*, en noviembre de 1938, como “Tierra de Chile”.

Además aparecieron en la recopilación que hizo Margaret Bates, “en estrecha colaboración con la poetisa”, para las *Poesías completas*, editadas en Madrid por Aguilar en 1958: “Salto del Laja” y “Volcán Osorno” están publicados bajo ese mismo subtítulo de “Tierra de Chile” y en la sección siguiente, a la que denomina “Trozos del Poema de Chile”, aparecen “Cuatro tiempos del huemul”, “Selva austral” y “Bío-Bío”.

La historia de este libro empieza casi a la par del *Poema de Chile*, y a veces se cruza y enreda con este. Después de la muerte de Gabriela Mistral, la albacea Doris Dana contactó a Hernán Díaz Arrieta, *Alone*, en carta enviada el primero de febrero de 1957, para que le ayudara a editar el *Poema de Chile*. Tres meses más tarde, el 12 de mayo, le pidió su colaboración para publicar *Lagar II*, cosa que la Fundación Rockefeller apoyó económicamente, como se lo cuenta Dana a Alone, en carta del 8 de septiembre de 1957, por lo que este pudo trasladarse a Nueva York y permanecer en esa ciudad un tiempo revisando y leyendo los manuscritos, y a partir de ellos preparar la “segunda parte de *Lagar*”, como la denominaba él mismo. Sin embargo, el crítico participa del primero, pero no aprueba la edición del segundo en carta de ese mismo año: “Si a *Lagar* lo titulas *Lagar II*, dirán que se trata de los desperdicios de *Lagar I*,

lo que Gabriela rehusó publicar en vida, etc. Gabriela, tú y la Fundación sufrirían grandes perjuicios”.

No obstante esto, Alone alcanzó a seleccionar una serie de poemas que se pueden ver en la Biblioteca Nacional Digital, en 56 hojas del “[Cuaderno], Versión de *Lagar*”. Además, de sugerirle a la albacea mistraliana que le cambiara el título por “Electra en la niebla”, escribió un corto prólogo y organizó un índice con 46 poemas, con el grueso de la obra, excepto que él no consideró las versiones alternativas de algunos de los textos. En ese índice, no aparecen los restantes 18 poemas que completan los 64 textos que incluyó la edición original de 1991 de este libro.

Pero la larga historia de *Lagar II* continúa con un sorprendente hallazgo: en 1965, Magda Arce, académica chilena, radicada en Estados Unidos, visita la casa que Gabriela Mistral adquirió con parte del premio Nobel en Santa Bárbara, California, en la calle Anapamu n° 729, y allí halló nueve baúles con documentos de nuestra poeta en el garaje de esa residencia.

La profesora Arce se quedó con 150 de esos documentos, 87 de los cuales fueron publicados después en el libro *Proyecto Preservación y difusión del Legado literario de Gabriela Mistral* (Santiago: Editora Zig-Zag, 1993). El resto del material de los baúles se lo entregó a Doris Dana, a pesar de que esta desconocía la existencia de ese material, para microfilmarnos. El trabajo técnico se llevó a cabo solo entre 1980 y 1981, en la Biblioteca del Congreso en Washington, con el auspicio del gobierno de Chile y la Organización de Estados Americanos (OEA), y para esta labor, Dana contactó esta vez a Gastón von dem Bussche.

Von dem Bussche publicó en *Reino Gabriela Mistral* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso y UC Valparaíso, 1983) los siguientes poemas de *Lagar II*: “Mi artesano muerto” y “La liana”, que provienen de la *Antología de Gabriela Mistral* (París: Gallimard, 1946); “Despedida de viajero”, obsequiado por la albacea al especialista; “Electra en la niebla”, publicado inicialmente en la revista *Mundo Nuevo* n° 1, de 1966, que dirigía en París Emir Rodríguez Monegal, y luego aparecerá como inédito en la revista *Orfeo* (edición Homenaje a Gabriela Mistral, números 23 a 27, de 1967).

Otros ocho poemas inéditos fueron dados a leer por la albacea a la escritora uruguaya Esther de Cáceres y publicados por esta en su texto introductorio “Alma y poesía de Gabriela Mistral”, en las *Poesías completas* editadas por Aguilar, en su Biblioteca Premios Nobel, en 1966: “Hace sesenta años”, “Montañas”, “La contadora”, “Balada de mi nombre”, “La liana”, “Nocturno I”, “¿A qué?” y “Acción de gracias”.

Al revisar la edición de estos poemas en *Reino* y en *Poesías completas* con los publicados en *Lagar II* se constatan diferencias en las versiones de algunos de estos textos, como era habitual en la maestra.

Luego la historia de este libro se ve incrementada con “la donación” que hace Doris Atkinson, sobrina de Doris Dana, a la Biblioteca Nacional, en 2007, pero con la llegada del Legado también aumentan las versiones e índices de estas obras, y con ello cierta confusión. Para que se dimensione en algo el trabajo que hacía Gabriela Mistral, previo a la publicación de un texto, hay poemas que llegan a tener cerca de veinte versiones. Tampoco es posible saber qué tanto intervinieron en su momento en los manuscritos la albacea Dana, Consuelo Saleva y otras “secretarías”.

Estamos claros que de haber tenido el legado completo de Gabriela Mistral, como lo conocemos ahora, los editores de *Lagar II* hubieran hecho también otra edición de ese libro.

Ahora al aplicar las normas que decidimos debían tener los poemas póstumos para esta *Obra reunida*, hicimos solo una selección de aquellos textos que estaban completos y finalizados, no en fase de taller. Así consensuamos estos 58 poemas, por lo que dejamos fuera seis textos que conformaban versiones truncas e incompletas de algunos de esos poemas.

Además, como en todos los volúmenes de la *Obra reunida de Gabriela Mistral*, usamos la publicación base sin reproducirla facsimilarmente y en algunos casos cotejamos las pocas versiones de un mismo poema publicadas o con las halladas en el Legado de Gabriela Mistral del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional Digital de Chile, donde están los manuscritos de todo *Lagar II*. Esto, para resolver las muchas dudas que quedaban en algunos textos. Igualmente actualizamos su ortografía y puntuación, allí donde lo consideramos necesario para una lectura más fluida, junto con corregir las erratas detectadas.

La edición de *Lagar II* contenía tres textos introductorios, que aquí no incluimos, por considerarlos pensados para un lector académico y no uno al que esta *Obra reunida* va dirigida: a todo tipo de lectores, pero en especial para el estudiantil. Por esta misma razón, eliminamos las innumerables notas y las redujimos a las estrictamente necesarias. Asimismo sacamos un asterisco que utilizaron los editores de 1991 para señalar que el verso donde iba aquel no había sido aprobado o resuelto totalmente por su autora. Aunque sabiendo del proceso de taller de la composición mis-

traliana, repartida por el mundo, es complicado dar una versión de sus poemas como concluida por completo.

Finalmente, digamos que en *Lagar II*, con todos sus altibajos, se hallan “racimos” de toda la poesía de Gabriela Mistral, quien como todo gran escritor siempre estuvo escribiendo el mismo libro.

Carlos Decap
San Juan del Puerto, Valparaíso,
marzo de 2020

D E S V A R Í O

C O N V I T E A L A D A N Z A

Romped la marcha de hierbas
que la hierba no rompéis;
la muy amante retorna
y la danzáis otra vez.

Romped cebadas y trébol
que ninguno romperéis:
la hierba herida se alza
y la bailáis otra vez.

Bailad los pastos floridos
y los que han de florecer;
los trigos que ya segaron,
los no sembrados también.

Quebrad esta nuez del mundo,
este límite, esta sed.¹
Cabello y brazos al viento,
bailad como que voléis.

Haced como que soltaseis
vuestra vida de una vez
y con son y ritmo eternos
la danza eterna bailéis.

1 Este poema, como la mayoría de los de *Lagar II*, se halla en varias versiones en el Legado de Gabriela Mistral del Archivo del Escritor de la Biblioteca Nacional Digital de Chile, en el cuaderno Archivador 9, y tiene una pequeña diferencia en un verso con el publicado en 1991. (N. de los Eds.).

Bailad como que soltaseis
cuerpo y alma de una vez.
Y si habéis perdido todo,
mejor que nunca dancéis.

LA LLAMA Y YO CAMBIAMOS SEÑAS

La llama y yo cambiamos señas:
ella torciéndose, yo enclavada.
Le encargo quemar mi cuerpo
como caoba derribada.
Y la llama aceptando me toma,
y le veo y le sigo su hazaña.
Caen sienes, caen manos,
todo mi cuerpo se vuelve su ascua
y voy con mi soplo y con mi diestra
atizando, en patrona, la llama...

J U G A R R E T A S

BALADA DE MI NOMBRE

El nombre mío que he perdido,
¿dónde vive, dónde prospera?
Nombre de infancia, gota de leche,
rama de mirto tan ligera.

De no llevarme iba dichoso
o de llevar mi adolescencia,
y con él ya no camino
por campos y por praderas.

Llanto mío no conoce
y no la quemó mi salmuera;
cabellos blancos no me ha visto,
ni mi boca con acidia,
y no me habla si me encuentra.

Pero me cuentan que camina
por las quiebras de mi montaña,
tarde a la tarde silencioso,
y sin mi cuerpo y vuelto mi alma.

HACE SESENTA AÑOS

Largo cuento de mis años,
historia loca de mis días.
Si no lo digo no lo creen
y contada sabe a mentira.

Ha sesenta años que en el valle
“de leche y mieles” se nacía,
y una montaña me miraba,
y una madre me sonreía.

Ha sesenta años, valle mío,
yo era un vagido que tenía
cabellos de aire, mirada de agua,
y ojos que rutas no sabían.

Son sesenta años huidos
y cuento mío se diría
que me dieron gesto y mirada,
y una voz que ni me oían.

Y me dieron los elementos,
las estaciones y los días.
Hace tanto que... no me acuerdo.
La madre sí se acordaría.

Hace tanto que no recuerdo
y tan poco que bien podría...
Pero si ella me lo contase,
¿le creería, le creería!

Cuéntalo tú, mujer del valle
que me besaste el primer día,
entregándome al Dios Padre
como a su huerta y a su viña.

Si pudiesen volver la madre
o la Marta que bien mecía,
me contasen como una fábula
en cada noche y hasta el día.

Pero a los mares que navego,
que son mares de extranjería,
y a las tierras que me encamino
con cien nombres de lejanía,

¿cómo pueden llegar las dos,
madres de nube o de neblina
llamadas con grito vano
y solo en sueño conocidas?

LA PALOMA BLANCA²

Ahora vamos a cantar
solo la paloma blanca
y donosa la azulada.
Paloma blanca en cantares,
paloma blanca en las casas.
Solo hay paloma blanca.

Paloma blanca en palacios,
paloma blanca en tonadas,
paloma blanca en romances,
paloma blanca en baladas.
Nadie me contó la gris
ni la azul, solo esta pálida.

Así y todo ha sucedido
que los sonsos y cansados
desde el nacer al morir
cantaron solo la blanca
y cantarán a la pálida,
modosita y entregada,
vuelo corto y voz pequeña.
Doña blanca y doña nada.

Siempre será la que luce
en patio o torre empinada.
Nadie demanda las otras,
las azules, las veteadas,
no más, no más que la blanca.

2 Ver acercamiento al tema similar en "Garzas", de *Poema de Chile* (p. 151 de esta edición).

El ritmo te toma y lleva
si la cuentas o la cantas.
Puede ser la azul o la gris,
o ser la tornasolada,
que solo van a pedirte
“una palomita blanca”.

Con ojos de encantamiento
o con la cara embobada,
o con grito que demanda
al vendedor de palomas
van los viejos y los niños,
las mujeres y los tontos
pidiendo paloma blanca.

El Señor con su divina
voluntad hizo las otras,
creó, alegre y dadivoso,
la azul, la gris y la parda,
y hasta la tornasolada,
como jugando al color
para alegrar nuestras almas.

No cantar más la paloma.
Déjenla comer contenta
su trigo, su pan, su grama.
Y den trigos o centenos
al ruiseñor que en su Francia
me cantó una noche entera,
loco de amor y de ansia,
y suele morir cantando
al Dios que busca y alaba.

Yo sé que las vendedoras
tienen unas azuladas
y unas pobres pardioscuras,
y hasta las hay tornasoladas,
si las mentan o las cantan,
sea que hablen en palacios o aldeas.

Ya me canso, ya me hastío
de oírmela en las tonadas,
leérmela en los romances
y oírmela declamada.
Vendedoras, vendedoras,
voy a ir por los mercados,
y voy a entrarme por las granjas
a gritar con voz de trueno:
“Compro palomas azules”
o la gris, o la azulada.

Vendedoras, voceadoras,
me rindo de esta tonada.
Tráiganme el tordo o el zorzal,
el tordo del valle de Elqui,
la tenca que nadie alaba,
el zorzal de Montegrande
o la diuca enamorada,
o el picaflor loco.

L U T O

MI ARTESANO MUERTO³

Tenías, ay, tenías cielo y tierra
abiertos, y dorados y extendidos:
en tus dos ojos griseaba la caña
y el cafetal estaba en flor y en sangre,
y los granados rompían el aire.

Ahora otros menos que tú heroicos
cogen tus odres, tus lazos, tus redes.
Otros llegaron a tomar las barcas,
los arneses y el cubo de semillas.

Salen y entran por la casa tuya,
silban al alba, arrean y parten,
y humean de su sangre y sus alientos.

Has dejado tendido lecho y mesa.
Diste la espalda a todas tus colinas,
a tu parte de dunas y de pesca,
a tus canteros y a tus albañiles.

Oigo picos y sierra, y molinos,
en rasgándose el día, y no son tuyos,
y me remece el trueno de la piedra,
y la mecha y el brazo no son tuyos.

Van a torcer un río, a abrir un cerro,
van a plantar un pueblo como un árbol.

3 Versión más completa que la publicada en 1991, con dos estrofas más halladas en el Legado de Gabriela Mistral e introducidas en esta edición.

Pararon, jadeando, una avalancha,
gritan un aleluya (y no es tu grito).

Y después de su gloria y de su gozo,
van a pasar delante de tu casa
esta tarde y mañana, ahora y siempre,
y los voy a contar uno por uno
sin verte rostro ni turno, ni cifra.

En este atardecer todo lo vivo,
va a pasar vivo por tu casa yerta,
y su mirada, y hasta las pobres bestias
olfateando mis ropas y tocándome,
mugíéndome por ti, y echando su hálito.

Parece como que todo está íntegro;
que nada muere y solo tú moriste,
que todo acude y solo tú no llegas,
que corre hasta el castor y baja el topo,
y solo tú ya no tienes caminos,
antes de saber el horror entero.

En vaho vuelan sobre los que pasan
su faena y sus juegos. Pasan henos
cortados, plumarada de la caña,
vigas airosas con aleros rojos,
y detrás y deshechas van tus obras,
y voluntades en trapos de niebla.

Ibas a hacerme el establo, la granja,
el colmenar y el vivero de peces,
el pozo para cuando la sequía,
y el campo sin arar para mi huesa.

Tú ibas a medir mis doce palmos;
yo para ti, yo no iba a contarlos.

Quieren saber de ti, se mueven, gimen
hacia mí como rectos animales
en la noche tus muros, y en el día
la sal me quema las palmas, la fruta
pregunta abierta y reteniendo el jugo;
el bananal bracea averigüándome,
y enróllanse y me siguen tus caminos.

Hay delante una tierra que era tuya
y se quedó como mujer sin dueño;
hay un taller de oro, unos tendales
de herramientas oscuras y azoradas,
y hay un olor de cafés y trapiches,
y hay sobre el campo una ancha levadura
que derramada sube, hierve y habla.

A todos nos dejaste así de enteros,
así desperdiciados y ofendidos.
Huelen en los rincones los barnices,
dan lumbres de impaciencia los forrajes
y las cuerdas se atan y desatan.

Y tú no vas ni vienes por este aire,
y esta fe, y este ardor, y esta hermosura,
sino que llegas con la luz sesgada,
y al cerrarse los puños de la noche,
ave de seda a caer en mi cara,
y a repasar me el pecho y darme sueño.

Pero mi sueño se rompió en tu cuerpo
y tú ni yo juntamos sus pedazos,

porque los mediodías y el sol ácido
me muestran y me miden, y me gritan
tu río seco, tu granja aventada,
el fraude de tu huida, tus espaldas
y el respunte sin fin de tu carrera.

LUGAR VACÍO

No se siente el vagabundo
en el intacto sitio vacío.
Siéntese en rocas, tronco o arenas,
y no me miente nombre bendito.

El que yace tenía un canto
a flor de sus labios floridos.
Danzar hacía las bestezuelas,
cantar el valle ensombrecido.

El perdulario todo en sangre
no tome el lugar bendito,
no llame a la puerta suya,
que como un árbol prodigioso
dando su sombra quedaba íntegro.

No desbarate la Gracia
de nombre, de hora, de sitio,
el perdulario que no sabe
devolverme el bien perdido
ni las rutas de la Provenza,
ni las flores de los caminos.

Y no arrebate el perdulario
si no mamó leche de ritmos
ni cultiva árbol de fábulas,
este ámbito enternecido
y el grito del “sucedido”.

La soledad de la casa
se puebla cuando ha anochecido,

cuando a su casa él regresaba
envuelto en neblina y ángulos finos.

Los ríos que cruce le digan
el nombre inocente y bendito,
y el viento repita sin tregua
solo aquel nombre en sus oídos.

Matador, tu amigo muere.
La luz no baja a tu rostro
y el agua no sube a tu boca,
y tu risa se volvió mueca,
y tu marcha huida vana.

Matador perdurable, ya matas
a cada hora y a cada instante,
despierto y dormido, huido y quedado.
No asentar brazo doloso
en el sillón del viejo pino
donde sus brazos despertados
gestean llenos de signos.

Venga del mar marrullero
o baje del monte esquivo,
llegue forrado en vicuña,
algodón o cordero vivo.

Es la hora de su recuerdo
y de su tránsito vivo
cuando el viento trae su nombre.
Viene infaltablemente
alto, dorado, leal y fino.
A la hora de su muerte
volvemos a ser lo que fuimos:

el círculo de la Gracia,
el regreso del peregrino,
la fábula recomenzada
como un río o un camino.

Llega a tu puerta y a tu sueño,
a tu silencio y a tu puerta,
y a tu boca que lo nombra
y a tu puerta que se le abre,
y a tu sueño que repite
un día, una noche y un alba.
Solo una noche y solo un día.

LA LIANA

En el secreto de la noche
mi oración sube como las lianas,
así cayendo y levantando,
y a tanteos como el ciego,
pero viendo más que el búho.
Por el tallo de la noche
que tú amabas y que yo amo,
ella sube despedazada
y rehecha, insegura y cierta.
Aquí la rompe una derrota,
más allá un aire la endereza.
Una camada de aire la aúpa,
un no sé qué me la derriba.
O ya trepa como la liana
y el géiser a cada salto
recibidos y devueltos.
O ella es y yo no soy;
ella crece y yo perezco.
Pero yo tengo mi duro aliento
y mi razón, y mi locura,
y la retengo y la rehago
al pie del tallo de la noche.

Y es siempre la misma gloria
de vida y la misma muerte:
tú que me ves y yo que te oigo,
y la pobre liana que sube
y cayendo remece mi cuerpo.

Coge el cabo desfallecido
de mi oración, cuando te alcanza,
para saber que la tomaste
y la sostengas la noche entera.

La noche se hace de pronto dura
como el ipé y el eucalipto;
se vuelve cinta de camino
o queda y dura en río helado.
¡Y mi liana sube y te alcanza
hasta rasarte los costados!

Cuando se rompe, tú me la alzas
con los pulsos que te conozco,
y entonces se doblan mi soplo,
mi calentura y mi mensaje.
Sosiego, te nombro, te digo
uno por uno todos los nombres.
¡La liana alcanza a tu cuello,
lo rodea, lo anuda y se aplaca!

Se aviva entonces mi pobre soplo
y las palabras se hacen río,
y mi oración así arribada,
¡al fin sosiega, al fin descansa!

Entonces ya sé que arriba
la liana oscura de mi sangre
y el rollo roto de mi cuerpo,
en oración desovillado.
Y aprendo yo que la paciente
gime cortada, luego se junta
y vuelve a subir, y subiendo
a más padece, más alcanza.

En esta noche, tú recoge
mi llamado, tómallo y tenlo;
duerme, mi amor, y por ella
hazme bajar mi propio sueño,
y como era sobre la tierra,
así, amor mío, así quedemos.

R U T A

Otra vez la ruta calva
sin álamos ni pomares,
el viento ácido golpeando
a mi nuca como un dios loco
y en flecha rota vencido
el que guardó mi costado.

En la posada esperando
mesa cubierta de escarcha,
un lecho rígido, ajeno
como el rostro de los muertos,
y el suelo ajeno, y mis pies
negros de hierbas mojadas.

Yo llevaba en brazo y brazo
un cesto de fruta y flores;
rebosaba de mi pecho,
yo era Ceres y Pomona...

Yo llevaba la estación
en mi brazada de frutas
y me borraban la senda
follajes, pomos, racimos.
No tropecé, no vi la nube,
no olí el olor de la euménide,
no oí su carrera a mi espalda:
en mi nuca no oí su jadeo.

Feliz iba y distraída,
y sin conjuro en la boca,

como el niño, como el niño
que ha de ser hasta la muerte.

La brasa de Dios me tapa la boca,
el meteoro me quema los párpados,
recibí bautismo sobre mi cabeza.
Los que me mataron no lo recibieron.

El viento oscuro sigue a mis espaldas,
corta mi grito y me mata sin muerte.

EL VIENTO OSCURO

El viento extranjero remece
los costados de mi casa.
Puja en las puertas como el oso;
salta en onza las terrazas,
y ya encontró y ya dobló
el pino de Alepo de mi gracia.

Viene como la marea,
manchado y fétido de algas,
tumbó, mascó y aventó
mi pino, el de gomas de ámbar,
y ahora yo lo tengo en el pecho
sin color mi árbol de llama.

El vagabundo no sabe
ni su nombre ni su entraña.
Entra huyendo, rasa muros,
hondea manojos de cañas.
Hipa y se tuerce, el beodo,
quiere hablar y olvidó la palabra.

Mi pino de Alepo no tiene
ya noches ni mañanas,
gloria de estío no tiene
ni su sombra embalsamada.
El ladrón de la tierra baja
muerda la puerta, abra y despoje,
busque en los ángulos vacíos,
huronee en los cimientos,
beba el agua que él bebía,
quiebre mis ojos que lo miraban

gire en el abra de nuestra dicha
como en tierra reconquistada.

Yo no quiero abrir los ojos
y aprenderme extrañas casas
ni recibir día nuevo
con Lázaro resucitado.

Quiero dormir del sueño grande
que duermen las piedras lajas,
y en la parada Eternidad
con tierra y memoria anuladas,
ver subir mi pino de Alepo,
íntegro y verde rama por rama,
y que sus brazos me reconozcan,
y su ruedo me haga la patria.

CUANDO MURIÓ MI MADRE

Yo dije: “Ahora que la pobre madre tierra
robó su rostro, ella ofendió sus manos,
ella cubrió su voz para que no llame nunca”.
Una voz dijo: “Vive para aprender la muerte”.
Con solo que camines te la irás encontrando.

Puedes llamarla al alba, susurrarle en la noche.
Cruz que encuentras y cae en tu más hondo sueño
que desciende por ti, asistida de su ángel
y que cuando despiertas feliz fue que la viste.
—Calla, no digas más; tú eres el ángel negro.
Vives de hacer morir antes de mirarnos.
Te he visto, y sé tu nombre; solo no sé tu rostro.

Ella vive, ella vive, ella llega llamada
y también sin llamado: ella es, tú no eres,
engendro sin amor y de ninguno amado.
Ella amó, todo amó: el niño, al día nuevo,
el mar, al dulce río,
al valle y sus montañas.

Ella fue y ella es en sus viejas montañas,
y yo la tengo y ella me tiene, y nos tenemos
por gracia del fervor que Dios puso en su pecho,
y gracia de aguardar que ella puso en el mío.

Ven, ven, ven, ya es la hora
en que la tierra no rebaja ni juega,
ya te sabes las tierras extrañas que no viste.
En todas nos hallamos sin más que recordarnos.

Dame en este crepúsculo la seña acostumbrada,
graciosa y pequeñita, y no me digas nada.
Mi día ha sido el mismo.

L O C A S

M U J E R E S

ANTÍGONA

Me conocía el Ágora, la fuente
Dircea y hasta el mismo olivo sacro,
no la ruta de polvo y de pedrisco
ni el cielo helado que muerde la nuca
y befa el rostro de los perseguidos.

Y ahora el viento que huele a pesebres,
a sudor y a resuello de ganados,
es el amante que bate mi cuello
y ofende mis espaldas con su grito.

Iban en el estío a desposarme,
iba mi pecho a amamantar gemelos
como Cástor y Pólux, y mi carne
iba a entrar en el templo triplicada
y a dar al dios los himnos y la ofrenda.
Yo era Antígona, brote de Edipo,
y Edipo era la gloria de la Grecia.

Caminamos los tres: el blanquecino
y una caña cascada que lo afirma
por apartarle el alacrán, la víbora,
y el filudo pedrisco por cubrirle
los gestos de las rocas malhadadas.

Viejo rey, donde ya no puedas háblame.
Voy a acabar por despojarte un pino
y hacerte lecho de esas hierbas locas.
Olvida, olvida, olvida, padre y rey:
los dioses dan como flores mellizas
poder y ruina, memoria y olvido.

Si no logras dormir, puedo cargarte
el cuerpo nuevo que llevas ahora
y parece de infante malhadado.
Duerme, sí, duerme, duerme, duerme, viejo Edipo,
y no cobres el día ni la noche.

LA CABELLUDA

Y vimos madurar violenta
a la vestida, a la tapada
y vestida de cabellera.
Y la amamos y la seguimos,
y por amada se la cuenta.

A la niña cabelluda
la volaban toda entera
sus madejas desatentadas
como el pasto de las praderas.

Pena de ojos asombrados,
pena de boca y risa abierta.
Por cabellos de bocanada,
de altos mástiles y de banderas.
Rostro ni voz ni edad tenía,
solo pulsos de llama violenta
ardiendo recta o rastreando
como la zarza calenturienta.

En el abrazo nos miraba
y nos paraba de la sorpresa
el corazón. Cruzando el llano
a más viento, más se crecía
la tentación de sofocar
o de abajar tamaña hoguera.

Y si ocurría que pararse
de repente en las sementeras,
se volvía no sé qué arcángel
reverberando de su fuego.

Más confusión, absurdo y grito
verla dormida en donde fuera.
El largo fuego, liso y quieto,
no era retama ni era centella.
¿Qué sería ese río ardiendo?
y bajo el fuego, ¿qué hacía ella?

Detrás de su totoral
o carrizal, viva y burlesca,
existía sin mirarnos
como quien burla y quien husmea
sabiendo todo de nosotros,
pero sin darnos respuesta...

Mata de pastos nunca vista,
cómo la hacía sorda y ciega.
No recordamos, no le vimos
frente, ni espaldas, ni hombreras,
ni vestidos estrenados,
solo las manos desesperadas
que ahuyentaban sus cabellos
partiéndose como mimbrera.
Una sola cosa de viva
y la misma cosa de muerta.

Galanes la cortejaban
por acercársele y tenerla
un momento, separando
mano terca y llama en greñas,
y se dejaba sin dejarse,
verídica y embustera.

Al comer no se la veía
ni al tejer sus lanas sueltas.

Sus cóleras y sus gozos
se le quedaban tras esas rejas.
Era un cerrado capullo denso,
almendra apenas entreabierta.

Se quemaron unos trigales
en donde hacía la siesta
y a los pinos chamuscaba
con solo pasarles cerca.

Se le quemaron día a día
carne, huesos y linfas frescas.
Todo caía a sus pies,
pero no su cabellera.

Quisieron ponerla abajo,
apagarla con la tierra.
En una caja de vidrio duro
pusimos su rojo cometa.

Esas dulces quemaduras
que nos pintan como a cebras,
la calentura del estío,
lo dorado de nuestros ojos
o lo rojo de nuestra lengua.

Son los aniversarios
de los velorios y las fiestas,
de la niña entera y ardiente
que sigue ardiendo bajo la tierra.

Cuando ya nos acostemos
a su izquierda o a su diestra,
tal vez será arder siempre,

brillar como red abierta,
y por ella no tener frío,
aunque se muera nuestro planeta.

LA CONTADORA

Cuando camino se levantan
todas las cosas de la tierra
y se paran y cuchichean,
y es su historia lo que cuentan.

Y las gentes que caminan
en la ruta me la dejan,
y la recojo de caída
en capullos que son de huellas.

Historias corren mi cuerpo
o en mi regazo ronronean,
zumban, hierven y abejean.
Sin llamada se me vienen
y contadas tampoco me dejan.

Las que bajan por los árboles
se trenzan y se destrenzan,
y me tejen y me envuelven
hasta que el mar las ahuyenta.
Pero el mar que cuenta siempre,
más rendida nos deja.

Los que están mascando bosque
y los que rompen la piedra,
al dormirse quieren historias.

Mujeres que buscan hijos
perdidos que no regresan
y las que se creen vivas,
y no saben que están muertas,

cada noche piden historias
y yo me rindo cuenta que cuenta.

A medio camino quedo
entre ríos que no me sueltan,
y el corro se va cerrando
y me atrapan en la rueda.

Al pulgar van llegando las de animales,
al índice las de mis muertos.
Las de niños, de ser tantas,
en las palmas me hormiguan.

Los marineros alocados
que las piden ya no navegan,
y las que cuentan se las digo
delante de la mar abierta.

Tuve una que iba en vuelo
de albatroses y tijeretas.
Se oía el viento, se lamía
la sal del mar contenta.
La olvidé de tierra adentro
como el pez que no alimentan.

¿En dónde estará una historia
que volando en gaviota ebria
cayó a mis faldas un día
y de tan blanca me dejó ciega?

Otra mujer cuenta lejos
historia que salva y libera;
tal vez la tiene, tal vez la trae
hasta mi puerta antes que muera.

Cuando tomaba así mis brazos
el que yo tuve, todas ellas
en regato de sangre corrían
mis brazos una noche entera.

Ahora yo vuelta al oriente
se las voy dando por que recuerde.
Los viejos las quieren mentidas,
los niños las piden ciertas.
Todos quieren oír la historia mía
que en mi lengua viva está muerta.
Busco alguna que la recuerde,
hoja por hoja, hebra por hebra.
Le presto mi aliento, le doy mi marcha
por si al oírla me la despierta.

ELECTRA EN LA NIEBLA⁴

En la niebla marina voy perdida,
yo, Electra, tanteando mis vestidos
y el rostro que en horas fue mudado.
Ahora solo soy la que ha matado.
Será tal vez a causa de la niebla
que así me nombro por reconocirme.

Quise ver muerto al que mató y lo he visto,
y no fue él lo que vi, que fue la muerte.
Ya no me importa lo que me importaba.
Ya ella no respira el mar Egeo.
Ya está más muda que piedra rodada.
Ya no hace el bien ni el mal. Está sin obras.
Ni me nombra ni me ama, ni me odia.
Era mi madre y yo era su leche,
nada más que su leche vuelta sangre.
Solo su leche y su perfil, marchando o dormida.
Camino libre sin oír su grito
que me devuelve y sin oír sus voces,
pero ella no camina, está tendida.
Y la vuelan en vano sus palabras,
sus ademanes, su nombre y su risa,
mientras que yo y Orestes caminamos
tierra de Hélade y Ática, suya y de nosotros.
Y cuando Orestes seeste a mi costado
la mejilla sumida, el ojo oscuro,
veré que como en mí corren su cuerpo

4 La versión que aquí se reproduce, además de seguir al Legado Gabriela Mistral, con unas mínimas correcciones, se cotejó con la que apareció en la revista *Mundo Nuevo*, n° 1, de julio de 1966. (N. de los Eds.).

las manos de ella que lo enmallotaron,
y que la nombra con sus cuatro sílabas
que no se rompen y no se deshacen.
Porque se lo dijimos en el alba
y en el anochecer, y el duro nombre
vive sin ella por más que esté muerta.
Y a cada vez que los dos nos miremos,
caerá su nombre como cae el fruto
resbalando en guiones de silencio.

Solo a Ifigenia y al amante amaba
por angostura de su pecho frío.
A mí y a Orestes nos dejó sin besos,
sin tejer nuestros dedos con los suyos.
Orestes, no te sé rumbo y camino.
Si esta noche estuvieras a mi lado,
oiría yo tu alma, tú la mía.

Esta niebla salada borra todo
lo que habla y endulza al pasajero:
rutas, puentes, pueblos, árboles.
No hay semblante que mire y reconozca,
no más la niebla de mano insistente
que el rostro nos recorre y los costados.

A dónde vamos yendo los huidos,
si el largo nombre recorre la boca
o cae y se retarda sobre el pecho
como el hálito de ella, y sus facciones,
que vuelan disueltas acaso buscándome.

El habla niña nos vuelve y resbala
por nuestros cuerpos, Orestes, mi hermano,
y los juegos pueriles y tu acento.

Husmea mi camino y ven, Orestes.
Está la noche acribillada de ella,
abierta de ella y viviente de ella.
Parece que no tiene otra palabra
ni otro viajero, ni otro santo y seña.
Pero en llegando el día ha de dejarnos.
¿Por qué no duerme al lado de Egísto?
¿Será que pende siempre de su seno
la leche que nos dio, será eso eterno
y será que esta sal que trae el viento
no es del aire marino, es de su leche?

Apresúrate, Orestes, ya que seremos
dos siempre, dos, como manos cogidas
o los pies corredores de la tórtola huida.
No dejes que yo marche en esta noche
rumbo al desierto y tanteando en la niebla.

Ya no quiero saber, pero quisiera
saberlo todo de tu boca misma,
cómo cayó, qué dijo dando el grito
y si te dio maldición o te bendijo.
Espérame en el cruce del camino
en donde hay piedras lajas y unas matas
de menta y de romero que confortan.
Porque ella —tú la oyes—, ella llama,
y siempre va a llamar, y es preferible
morir los dos sin que nadie nos vea
de puñal, Orestes, y morir de propia muerte.
El dios que te movió nos dé esta gracia,
y las tres gracias que a mí me movieron.
Están como medidos los alientos.
Donde los dos se rompan pararemos.
La niebla tiene pliegues de sudario:

dulce en el palpo, en la boca salobre,
y volverá a subir al canto mío.
Siempre viviste lo que yo vivía,
por otro atajo irás y al lado mío.
Tal vez la niebla es tu aliento y mis pasos
los tuyos son por desnudos y heridos.
Pero por qué tan callado caminas
y vas a mi costado sin palabras,
el paso enfermo y el perfil humoso,
si por ser uno lo mismo quisimos
y cumplimos lo mismo y nos llamamos
Electra Oreste, yo; tú, Oreste Electra.
O yo soy niebla que corre sin verse
o tú niebla que corre sin saberse.

Pare yo porque puedas detenerte
o yo me tumbe para detener con mi cuerpo tu carrera.
Tal vez todo fue sueño de nosotros
adentro de la niebla amoratada,
befa de la niebla que vuela sin sentido.
Pero marchar me rinde y necesito
romper la niebla o que me rompa ella.
Si alma los dos tuvimos, que nuestra alma
siga marchando y que nos abandone.
Ella es quien va pasando y no la niebla.
Era una sola en un solo palacio
y ahora es niebla albatros, niebla ruta,
niebla mar, niebla aldea, niebla barco.
Y aunque mató y fue muerta, ella camina
más ágil y ligera que en su cuerpo,
y así es que nos rendimos sin rendirla.
Orestes, hermano, te has dormido
caminando o de nada te acuerdas
que no respondes.

O yo nunca nací, solo
he soñado padre, madre y un héroe,
una casa, la fuente Dircea y el Ágora.
No es cuerpo el que llegó,
ni potencias.

MADRE BISOJA

Esta que era nuestra madre,
la tierra sombría y sacra,
y era tan vieja y tan niña
que al verla se desvariaba.

Era la higuera de leche
y era la Osa encrespada,
y era más, de ser la loca
que da su flanco por dádiva.

Arqueaba el cielo su brazo
dándola por ahijada
y ella lo miraba absorta
de recibirlo en cascada.

Y lo mismo la llamaban
la verdeante que la parda,
o la niña dedos cortos,
o la mujer manos anchas.

Por el ajetrear de día
y hacer de noche jornada,
casa techada no quiso,
de intemperie enamorada.

A todas las criaturas
soportó en rodillas anchas
y rebosando, ninguna
se le cayó de la falda.

Y conturbaba su encuentro
por ser bisoja y doblada,
que un ojo suyo era negro
y el otro color genciana.

A causa del ojo azul
el día se adelantaba
y por el ojo sombrío
la noche abría sus arcas.

En abriendo el ojo azul
se le iban a la zaga
acónitos y verbenas
siguiéndola que volaban.

Y tanto el azul crecía
que se volvía mañana
y todo el azul del mundo
solo ella lo pastoreaba.

Cuando el ojo azul dormía
el negro se despertaba
y desde entonces él solo
regía en cuerpos y almas.

Entonces detrás de Gea
se iban veras y fantasmas,
y abiertas las bocaminas
sus engendros bostezaban.

Iban al trote los topos
ladeando las musarañas
y de marcha y procesión
la gran noche rebosaba.

Y la bisoja iba abriendo
la noche como a tajadas,
y la procesión seguía
por sus quiebros y sus abras.

Cuando al alba de regreso
la madre era interrogada,
Gea, jugando a dos mundos,
ni levantaba la cara.

Y cuando le preguntaban
ella sonriendo callaba,
y a causa de su silencio
sus hijos la fabulaban.

Dicen que no envejeció
ni en el rostro ni en la marcha,
aunque envejecieron todos
los que ella amamantara.

Que le hicieron una tumba
para la hora llegada
y ella reía, reía,
de ver cómo la cavaban.

Así era cuando nació
y es a mi tarde sesgada,
y de sabido lo cuento
como quien dice charada.

LA QUE AGUARDA⁵

Antes del umbral y antes de la ruta,
aguardo, aguardo al que camina recto
y avanza recto mejor que agua y fuego.

Viene a causa de mí, viene por mí,
no por albergue ni por pan y vino,
a causa de que yo soy su alimento
y soy el vaso que él alza y apura.

Del bosque que lo envuelve en leño y trinos,
y sombras temblorosas que lo trepan,
se arranca, y viene, y llega sin soslayo,
porque lo trae mi rasgado grito.

Va pasando las torres que lo atajan
con sus filos de témpanos agudos
y llega, sin salmueras de dos mares,
indemne como en forro y vaina de honda.

¡Y ahora ya la mano que lo alcanza
afirma su cintura en la carrera!

Y saben, sí, saben mi cuerpo y mi alma
que viene caminando por la raya
amoratada de mi propio grito,
sin enredarse en el fresno glorioso
ni relajarse en las densas arenas.

5 Este poema es una variación del texto "La ansiosa", de *Lagar*, tal como lo hace notar Doris Dana en el original. (N. de los Eds.).

¿Cómo no ha de llegar si me lo traen
los elementos a los que fui dada!
El agua me lo alumbra en los hondones,
me lo apresura el fuego del poniente
y el viento loco lo aguija y apura.

Vilano o pizca ebria parecía,
apenas era y ya no voltijea.
Nonadas de la niebla lo sorbían
desbaratando su juego de mástiles
y sus saltos de ciervo despeñado.

Del bosque que lo envuelve en sus rumores
se suelta y ya se viene sin soslayo.
Viene más puro que disco lanzado;
más recto vuela que albatros sediento
porque lo trae mi rasgado grito
y el grito mío no se le relaja,
ciego y exacto como el alma llega.

Abre ya, parte, el matorral intruso
y todavía mi voz enlazada
con sus cabellos el paso le aviva.
Y al acercarse ya suelta su espalda;
libre lo deja y se apaga en su rostro.
Pero mi grito solo sube recto,
su mano ya cae a mi puerta.

DOS TRASCORDADOS

Anduvimos trocados por la tierra,
él por las costas, yo por las llanuras;
él dispersado entre materias ciegas,
yo desvariando nombre que era el suyo,
zarandeados del agua y del fuego,
husmeados de la loba y la iguana,
y sin comer y beber alimentos,
solo mordiendo por granada el pecho.

Nos cruzamos en noche de ventisca,
en las mismas posadas estuvimos,
ciegos dormidos y ciegos despiertos.
De la vigilia ya desconfiamos,
toda la fe ponemos en el sueño:
si es que estamos soñando, que soñemos
hasta que nos convenza nuestro sueño.

Está el pasado cayendo en pedazos
como el mendigo de las ropas bufas...
y no lloramos viéndonos desnudos,
no tiritamos de tanto despojo;
si tanto falta es que nada tuvimos.

Todos partieron y estamos quedados
sobre una ruta que sigue y nos deja.
Y no lloramos cuando desprendimos
sus pobres manos de su ronda muerta.
Si todo ha sido sueño y desvarío,
que nos madure en el sueño la muerte.

LA TROCADA⁶

Así no fue como me amaron
y camino como en la infancia,
y ando ahora desatentada.
Serían aquellos metales
donde el amor tuvo peana.
Serían los duros líquenes,
el descampado, la venteada,
o los pardos alimentos
—piñón y cardo, y avellana—,
si me amaban como se odia
y al amor mismo avergonzaban.

El montañés miró mi rostro
como la ruta con celada.
Para su amor fui la lobezna
por peñascales rastreada.
A los engendros de la noche
se fiaban más que a mi alma,
veía el duende de la niebla,
los espejos de la avalancha,
y nunca oyó mi canto ardiendo
sobre su puerta con escarcha...

En el país de la gaviota
del aire suyo voy llevada
y le pregunto al que me lleva

6 “La trocada” fue escrito en Petrópolis, Brasil, en febrero de 1942 y publicado en el diario *La Nación*, Buenos Aires, el 15 de febrero de 1942. Esta es la versión que damos a conocer aquí, con una leve modificación al inicio, por considerarla más completa y acabada. (N. de los Eds.).

por qué en bajando fui trocada,
y me creen sobre las dunas,
y en salinas yo he sido salva.

Y camino como la niña,
aprendiendo tierra mudada,
clara patria color de leche,
lento olivar, lindas aguadas,
oyendo pido cantos no sabidos,
teniendo hermanas iguanas,
¡con extrañeza, con asombro,
y azoro de resucitada!

N A T U R A L E Z A

MONTE ORIZABA

Indio libre cargando
su fe con su esperanza
y al absoluto cielo,
y al Dios que te dio el ansia:
sin postración adoras,
sin abajarte alzas
y la marcha detienes
donde alcanzaste gracia.
Divino Quetzalcóatl,
sin brazo de matanza,
santo y seña del cielo,
monte Orizaba.

Ofrendador que ofrendas
sin mano ni palabra,
los pies como raíces,
franciscanas las sayas;
pasión en el arranque,
el vuelo y la arribada.

Peán y canturía,
y el ¡evohé! lanzado,
y entre nubes bacantes
escondida la danza:
ya te buscan las nieblas,
ya te alcanzaron y andas:
¡devuélvete, regresa
asístenos, Constancia!

Caracol con que juegan
demiurgos, manos altas,

pizarra de Dios llena,
vertical palabra,
escala de los muertos,
azuladas espaldas:
y mándanos mensaje
rodando por tus faldas.

Alumbren las mujeres
junto al Orizaba.
Los nacidos lo llamen
con su primera palabra
y el nombre de cuatro hálitos
tornee sus gargantas.

Vamos, vamos subiendo;
quema y quema jornadas,
por tus rodillas lentas
y la rojez de tu ansia,
y los morados hálitos
que te vuelan la cara.

Se guardan espinales
la primera jornada
y a más que sube, más
el pecho se le aclara,
y donde desfallece
es que se vuelve su alma.

Parece sueño nuestro,
parece eterna fábula,
pero tras de las nubes
vigila y salva,
y nuestra paz desciende
de su frente y sus faldas.

Danos de beber, danos,
con escorzo de plata,
la jofaina de Tláloc
llena de acérrima agua.
Bebamos en el punto
del milano y el águila,
y que tu sorbo puro
nos labre las entrañas.

Padre de hielo y fuego,
monte Orizaba,
manda la noche grande,
suelta las mañanas,
en dos tiempos su gloria
entrega y arrebatá.

Su sombra grave y dulce
rueda como medalla;
ella cae a las puertas,
las mesas y las caras:
ojos hace de amianto,
dorsos de plata.

Cebrea los pastales,
enjoroba las parvas,
enmiela los racimos,
tornea las manzanas
y recuenta sus pueblos
como Abraham y Sara.

GOLONDRINAS DEL YODO⁷

Del desierto de Atacama,
moradas de amanecer,
las golondrinas del yodo
suben todas de una vez.

Vuelan dormidas tres mares
sin coger alga ni pez
y no paran en las islas
ni por juegos ni por sed,
y en duna africana posan
con su abrasada merced.

Entran por los hospitales
en bandada y en mudez,
abren las lonas embreadas
plegadas como el amén.
Tanteando llegan a Lázaro
y hallan su pecho y sus pies.

Ellas se hunden en las llagas
sin volver a aparecer,
golondrinas quemadas
de su amor como Raquel.

En fantasma acongojado
llego al campo del inglés.
Voy nombrando los heridos

7 Este poema fue publicado en una versión más extensa en *La Nación*, Buenos Aires, en diciembre de 1943. (N. de los Eds.).

a la luz de su rojez
y palpando golondrinas
de sangre, de yodo y hiel.

LAVANDA ARGENTINA⁸

En el huerto de Victoria
al mediodía moroso,
en donde olea la lavanda
yo me tiendo y abandono.

Y la empinada, juntando
su cerco de ángel custodio,
se está poniendo a girar
y más girar en redondo.

Lo morado y lo azulenco
traveseando a ser palomos,
se va y viene por mis brazos
con picos y pies ansiosos.

Rayada del entrevero
y cegada de manojos,
no me ve de lo alto el ceibo
y el mar no me ve tampoco.

A menos de que el pampero
con su pechada de moro

8 Hay otras versiones de este poema, cuyo título original es "Lavanda argentina", tal como está escrito en índice del cuaderno 96 del Legado Gabriela Mistral, y creado hacia 1946, según libro *Gabriela Mistral/Victoria Ocampo. América nuestra. Correspondencia 1926-1956*. (Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2007). Aquí optamos por incluir las alternativas desechadas en la primera edición, porque dan mejor cuenta del clima costero del poema, escrito según la experiencia vivida en Villa Victoria, en Mar del Plata, en la casa de Victoria Ocampo, revisitada en este texto casi una década después. (N. de los Eds.).

me zamarree y arranque
de este golfo de cogollos.

MONTAÑA Y MAR

Ya me vuelvo a la montaña
que renegué por ingrata.
La niebla me va llevando
con manos desbaratadas.
Las cascadas me ensordecen
como unos pueblos que claman
y de dormida o despierta,
voy andando entre sus hablas.

Tras de pinares o rocas
dan señales de llamada
salamandra, águila, ciervo,
y caen las hierbas mascadas,
y palpo cruza cruzando,
toco pellejos ariscos,
unas pechugas, unas nidadas.

Adonde llegué no están
ni trigos ni naranjales,
solo son pinos severos
y una sola patria blanca,
y en el testuz de la sierra
los metales miran y hablan.

Si quieren volverme a ver
síguenme los que me aman.
La espalda del mar ha huido
y nos turba su pechada,
y no me alcanza su pérfido
vino que nos arrebatara.

Cuando el viento sopla del este,
cierren mi puerta hasta que pase,
no dejen sal en mi boca,
y en pan y en fruta yo no la lama,
y el que suba desde las costas,
olas no traiga en la mirada.

Lo amo más que a los que quise
y me arrancaron de unas playas
por darme en las serranías
olvido de mar y barcas.

Mas todavía lo escucho
aunque subí las montañas
y las subí por perderlo,
rey Lear, ropas desgarradas,
curtidor cuyas señales
por no llevar su salmuera
llevo en frente y garganta,
y no dejarlo que [tocara]
enteros mi cuerpo y mi alma.

R A Í C E S⁹

Estoy metida en la noche
de estas raíces amargas
como las pobres medusas
que en el silencio se abrazan
ciegas, iguales y en pie,
como las piedras y las hermanas.

Oyen los vientos, oyen los pinos
y no suben a saber nada.
Cuando las sube la azada
le vuelven al sol la espalda.

Ellas sueñan y hacen los sueños,
y a la copa mandan las fábulas.
Pinos felices tienen su noche,
pero las siervas no descansan.
Por eso yo paso mi mano
y mi piedad por sus espaldas.

Apretadas y revueltas
las raíces alimañas
me miran con unos ojos
fijos de peces que no se les cansan,
y yo me duermo entre ellas
y de dormida me abrazan.

Abajo son los silencios;
en las ramas son las fábulas.

9 Una versión ligeramente distinta de este texto apareció en el *Poema de Chile*. Ver página 136 de esta edición. (N. de los Eds.).

Del sol serían heridas
que sí bajaron a esta patria.
No sé quién las haya herido
que al tocarlas doy con llagas.

Quiero aprender lo que oyen
para estar tan arrobadas,
lo que saben y las hace
así de dulces y amargas.
Paso entre ellas y mis mejillas
se llenan de tierra mojada.

R E S E D A

Lonja callada de la reseda,
delgada orilla, ímpetu verde,
ojos de olor, tactos de olor,
cuellecillos que no parecen
y se vuelven apercebidos
a palabra que nadie siente.

Blanda pechuga entredormida,
cuernecillo de cierva en cierne,
¿dónde estuviste y yo no estuve
que solo es hoy el poseerte?
¿Y cuándo ha sido el despojarte
de tu patria que era inocente?

Iba de vuelo la reseda,
por aire dulce y lunas leves,
como dorada de otro polen
y sin nombre del no saberte.

¿A qué pecho que viste herido
das, pequeñita, el vaho verde
y le embalsamas cuando pasa
su lenta marcha hacia la muerte?

Por el repaso de mi mano
que te acaricia y te conmueve,
mi habla se vuelve cuchicheo
y la adamita te comprende.

No te rompan en esta noche
rama que cae, tropel de gente.

¿Señal no des, no des aroma,
aunque dos reyes atraviesen
que el hombre mata lo mismo que ama!

A la medianoche afilada
de un día muerto al otro vivo
la gocemos o la perdamos,
abre la Reina de la Noche
mascullando palabra viva,
que susurra y nos entrega.

Una sola noche íntegro
y cabal y ensimismado,
cactus a gracia aupado,
solo un día y una noche,
y esta noche la única tuya,
y vanas todas las otras,
hasta aquella de mi muerte.

Quien te hizo está mirándote
llamar en tu noche única.
Te abrió en el justo momento
y te escucha sin respiro.

Nosotros solo esta dádiva,
otra cosa no quisimos.
Ayer nosotros no éramos
y después nada seremos:
tú, el erizado de espinas;
yo, de polvo y de ceniza.

Te cuento porque no tienes
lengua de mujer o niño,
y digo tu noche y la mía
profunda, cerrada, muda,

la mejilla en tu mejilla,
aunque criben tus espinas
el rostro que dio la madre.

Viejo cactus, hieres, cumpliendo
mi destino en tu destino.
Los que vienen por tus flores
te encuentran roto y rendido.
Hermoso cactus que mata
desangrando a bestia.

EL SANTO CACTUS II

Al filo de la medianoche,
en silencio como hace el alma,
se va entreabriendo, se va entreabriendo,
y no la saben ni la miran
porque la noche no lo declara.

Y ahora que ella se confiesa
diciendo su nombre y su alma,
íntegra, hermosa y ofrendada.
La jardinera está dormida
soñándola triste y vana,
nacida para la noche,
sin color, sin rostro y sin alma.

Despiértate, jardinera,
que lo regaste diez semanas,
herida de sus espigas
y de tu suerte acongojada.
Esperaba solo una noche
y se la herían las mañanas.

Cuando llegues a la siesta
ya no la miras ni la hallas.
Ella no tiene como las otras
primaveras atolondradas.
Solo tiene una noche, esta noche,
para entregarte toda su gracia.

La jardinera sueña, sueña,
sueña las rosas que la miraron,

sueña claveles, sueña lirios
y sueña a la malhadada.

“Despierta, solo hay una hora,
una sola que llega y que pasa”.
Pero ella no cree en su sueño
y duerme su noche de gracia.

Llévenme al mar y me dejan
abandonada a mi dueño,
ya que no me pueden dar
a aquel que no tiene tiempo.

Nunca recuerdo por qué
camino como el poseso,
sin adoptar una casa
ni andar un solo sendero,
pero cuando salta el mar
a mis ojos que van ciegos,
sé que camino buscándolo
y grito de él cuando llego.

Llévame, adóptame, dame
tu sal, tu danza, tu ritmo,
y cancélame los puertos.
El padre mar me reciba
con su espumoso braceo,
me dé la sabiduría
de su ley y de sus ecos,
y su música me siga
y haga mi segundo cuerpo.

Aunque su grito me turbe
como al dios de mi deseo
y aunque me dé el desvarío
y la salmuera en el pecho,
¿por qué siempre me devuelven
a la que hunde en su silencio?

Ya bostezo de la Gea
que no canta como Homero,
tampoco como el arcángel,
menos como el rey hebreo.

¿A qué me cuentan historias
de ciudades que me dieron
donde un polvo innumerable
me blanqueó los cabellos
y vi morir a los míos
sin ver a su dueño eterno?

¿Por qué canté una canción
que devolvían los cerros
y no me quedé a la orilla
de mi cantor sempiterno?

Él no es la quedada tierra
que recita el mismo cuento
y solo alcanza palabras
en la encina y en el cedro.
Solo Él da el canto divino
que consuela a los acedos
con canto y labios eternos.

Para cita con los míos,
con pastores y cabreros,
y con los mineros huérfanos
de peán y canto nuevo,
camina que te camina,

pido al mar su grito eterno,
voy, voy yendo.

Él canta para los suyos
igual desde todo tiempo
y es nuevo a cada oleada
de salutación o treno,
y yo todavía camino
la madre que da el jadeo,
y que solo en las montañas
logra plegaria y anhelo.

Aquí estoy con el oído
empinado del deseo,
el rostro vuelto hacia aquel
que da en vano su mensaje
a las dunas de ojos ciegos.

Ya serví a la madre esquiva
que solo mece a sus muertos,
y ahora quiero servir
a mi padre, el hechicero
del pecho heroico y salobre.
A la tierra no fui dada.
A Él sí desde el nacimiento.

A la tierra no me di
que solo me di al violento
porque nunca él es el mismo
y nunca fue prisionero,
y es cantador sin fatiga
y con mil labios eternos.

Él no es la mama tierra
que repite el mismo cuento
y al peregrino da el polvo,
la calentura o el sueño.

No me devuelvan a aquella
que solo hace prisioneros.
Nunca a la tierra me di.
Solo le presté mi cuerpo.

Quiero embarcarme algún día
para viaje sempiterno,
sin puertos y sin arribos,
divino viaje sin término.

En mi boca irá la gracia
de la acre sal de su pecho.
A norte o a sur mis vistas
no verán sino a su dueño
y recobrarán mis ojos
el azul con que nacieron.

Vi en la tierra researse
los rostros como los leños

y menguar los ojos dulces
del adamita y del ciervo.
Vi heridas las primaveras
y perdurar los inviernos,
y ya morí muchas veces
en muerte de encina o cedros.
Mi propia muerte recito
como un refrán que me dieron.

Segunda vez yo nací
cuando llegué hasta mi dueño
y desde entonces camino
oteándolo en el viento
y cantando su aleluya
de hijo de Dios prisionero.

Cuando arribe el barco, bajen
cuantos aman los regresos
porque en costas les aguardan
los que con ellos nacieron.
No anuncien nombres de puertos
para mí los marineros.
Yo tengo casa vacía
y umbral de puro silencio.

No sé yo si he poseído
en un mundo que era eterno
el arrullo sin relajo
de este padre y este dueño,
y no sé con qué palabra
que sería juramento
él me dijo de seguirlo
con el canto o el lamento,
e ignoro por qué delirio,

sorda al grito de mi dueño,
quedé prendida a una casa,
una morada y un huerto.

Solo alcanzando a las costas
fue el oír, el escuchar
y quemar mis soledades,
y la orfandad de mi pecho,
y fue el danzar y el cantar
danza, son y canto nuevos.

Mi madre soñaba el mar
cuando descendí a su seno.
La canción que ella cantaba
desde el hondón de sus cerros
sin relajo iba loando
al que canta eternamente
(a la tierra no me vuelvan,
ella me lo dio por dueño).

Nunca él fue como la Gea,
aferrada a su secreto
que da al pobre peregrino
polvo, límite y jadeo.
Nunca quise a la callada
que retiene su misterio.

Tuve y tengo soledades,
anchas como tierra y cielo;
los otros han la congoja
del que no alcanzó el inmenso.
Cielos no tienen ni cántico
ni azules ni espumajeos.
Y vi a los tristes humanos,

huérfanos de canto eterno,
y escuché a los pescadores,
ricos de fe y ojos nuevos,
ir cobrando y recibiendo
de su cantor y su dueño.

El canto del adamita
es corto, lacio y enfermo.
Los convidó desde el mar
hacia canto verdadero.
Y en cada costa del mundo
los llamo, silbo y espero.

Nuestras palabras no saben
así deshechas del viento,
alcanzar adonde están
los tristes y los acedos,
sordos de polvo y barrenos.
Yo les llamo desde el mar
que es padre de los encuentros.
Y el generoso y el fuerte,
de norte a sur va trayéndolos.

¡Qué dulce es llegando al mar
mandar un grito en el viento
por si él lo toma y lo lleva
con la gracia que le dieron!
Y entender que lo recoge
a los vivos y a los muertos.

Mar vivo, alto y señero,
con recado verdadero,
o me llevas a mis vivos
o me juntas a mis muertos.

Nunca como en este día
tu gracia y tus silbos fueron.
Tráeme de vuelta, tráeme
respuesta en tu espumajeo.

Ya me cansé de la ruta
que me enseñó tu jadeo,
y su polvo innumerable,
y su taimado silencio.
Ya me entrego al contador
que nunca conoció el sueño
y que no quiere cortar
su viejo santo Excelsis Deo,
y enseña a madres sin canto
la canción que hace a los héroes.

No quiero morir en urbes
ni en poblados ni en desierto.
Quiero morir escuchando
desde su grito mi anhelo
y contando a los petreles
que van pasando en el viento.
Venga el viento de mi nombre
y lléveme hacia mi dueño.

MONTAÑAS

No hay fidelidad más grande
como el cuerpo de la América,
como la que dan los Andes
a tierra y gentes chilenas.

Parece marcha de hermanos
y manso diálogo eterno
en dichas y desventuras
o callado juramento.

Caminan mano a la mano
de dormidos, de despiertos,
con la mirada violeta
y callando su misterio.

La blanca, la amoratada,
cela al hijo que le dieron
y el valle al atardecer
cuando es como un hombre atento,
sube en trapos de neblina
a acurrucarse en sus miembros,
y entonces ya nada habemos,
pero somos solo sueños.

N O C T U R N O S

NOCTURNO I¹⁰

Lento perdón de diez años,
más lento que río bebido,
más lento que sangre en tierra,
más que lágrima de resina.

Perdón por fin diciendo estoy
por veinte años retenido,
perdón de cantos no cantados,
de los llantos no secados,
de los dioses no servidos,
perdón vestido de viejo polvo,
perdón que llega así transido
jadeando como las cuestras,
perdón que en noches y que en días
ni al alma mía he prometido,
y que baja antes de tu muerte,
y madura antes de la mía.

La fiesta sea de mi arcángel
al ver mi cielo renacido;
la fiesta sea de mis muertos
que cantan viendo mi camino
hasta sus pies, hasta su diestra,
fiesta del corazón temblando
como un ciervo de regocijo,
y de su grito que es por mí,
y va llegando a Jesucristo.

10 Cambiamos la numeración de los dos "Nocturno" a I y II, porque continuaban la serie de *Tala* y no consideraban los dos nocturnos de *Lagar* (1954).

NOCTURNO II

A la hora duodécima,
la hora del fino aliento,
pasan silbidos de señales
para cita que no conozco,
pasan en lanas rotas
los... pensamientos.
Pasan, pasan lentas, las derrotas pasan,
arrastradas y sin acento,
pasan quejidos como de niños
y que son de hombres de gran pecho;
pasan en ráfaga caliente
los áridos remordimientos;
pasan aromas de los amantes
en un resuello denso,
y cabellos de vagabundos,
de marinos y de mineros,
cabellos con olor de sal
de cuerdas y de establos viejos.
Pasa como lianas y musgos,
pasa la flora de los sueños,
tan baja que tocan mi cara
algas y helechos estupendos.
Pasa la fauna de las fiebres
a ras de mí y a ras del suelo,
chacalillos con ojos rojos,
con salamandras en los cuellos
y cobras de badanas vivas
enredando patas de ciervos.
Pasan las cabelleras vivas
de las pobres mujeres muertas,
buscando encontrar sus amantes

y mojarse de nuevos besos.
Pasan locas tribulaciones,
perros negros de aliento seco,
hambres de pan y de mujer,
y hambres del Dios secreto.
Pasan como turbas antiguas
y pasan sin ululamiento.
Pecho dado a la medianoche,
cara ofrecida a los desvelos,
tactos recibe de la lechuza,
vahos de géiseres secretos,
caldos de llanto inacabable.
Noche de blanco soberano
en que la luna pavonea,
embaucadora de diamante,
embaucadora de la tierra.
Mejor dormir como Rebeca
y como Sara, y sus abuelos,
bajo hojas de palmeras o vigas
de cedro encima de su sueño.
Gruesa sangre que dé el sopor,
duro oído para el silencio,
tranquila como las praderas
y grasa como los becerros...

O F I C I O S

ASERRADERO

Porque no tengo bosque sobre el pecho
ni gracia de hojarasca en que dormirme
yo me cuelo furtiva en duende como el Tláloc,
por puertas vanas del aserradero.

Son el ciprés y el pino araucaria,
y el haya que de esbelta casi danza,
y el cedro del poeta rey,¹¹ y el fresno
palpitante y el pino embalsamado.

Huelo el olor,
vaho al llegar, ahora bocanada;
lloran un lloro escocedor y lento,
lloran sin voz como el santo o el loco.

Llenos de ojos están y de mirada,
y oyéndose más vivos en su muerte.
Todos son diferentes y los mismos
como los once de *La última cena*.

Ya se están olvidando de su nombre
y de sus copas como el trascordado,
y me apego a su oído, por decirles:
“tú el roble”, “tú la encina”, “tú mi cedro”.
Y llamo al viento para que los alce,
pero él tan solo zumba a sus espaldas.

11 Nota de la Autora: David.

Tantos son que recobro a cuantos tuve,
a mi bautizador descabezado,
a mi Bartolomé mondo y sin rostro,
y a mi dulce Miguel sacrificado,
a cada nombre los nombro y repaso,
y los vuelvo a nombrar por que se acuerden.

Pecho con pecho yo les voy diciendo:
“Ya fuimos, ya cruzamos trebolares,
ya echamos flor y resollamos gomas,
ya cantamos el canto que trajimos
en el limo feliz o en la salmuera,
ya amparamos, ya fuimos y pasamos
según la ley del hombre y de los árboles”.

Ahora es dormir y olvidar esperando
el despertar y enderezarse enteros,
o no esperar ni tiempo ni estación,
ni el repentino silbo del llamado,
porque todo fue dado y recibido.

ALTOS HORNOS¹²

En el cielo blanco de siesta
los altos hornos suben leales,
cebream y trepan al cielo,
los hornos esbeltos y fieles
suben, llegan y parecen
quietos árboles sin viento.

En sus cuellos oscuros sube
cuanto es ardiente y es amante,
cuanto estaba triste y vencido,
y fue llamado a elevarse
cantando el himno del fuego
dorado, rojo y crepitante,
y el santo fuego caído
de los cielos vuelve a acordarse.
Sube la greda de los caminos
en cuellos rojos y granates,
y arde, y habla, y señorea
igual que antes, igual que antes.

En flecha y flecha de deseo,
se van volando los metales.
Asciende en hálito ganoso
el resuello de los herreros,
y la tierra trascordada
se acuerda y sube a los cielos.

12 Agregamos al final una estrofa nueva hallada dentro de otras versiones del poema en el Legado, porque cierra mejor el texto.

De día y de noche arden
sin fatiga y sin sosiego.
Trepas el cobre franciscano,
sube con salto de ciervo,
y el hierro, saya plebeya,
sube en azulado acero.

Sombras de los altos hornos
sobre los verdes campos caen,
y caen tan vivas y anchas
que parecen elefantes,
y en sus sombras los veinte hornos
suben y caen al mismo instante.

RECADO SOBRE UNA COPA

Quince años hace que yo bebo
leche y agua en esta copa,
amartillada y manida
por el indio de Colombia
que para mi vieja mano
la hizo azul, suave, redonda.

De roca que nunca vi
bajó el metal de mi copa.
Un indio jadeó su plata,
otro la fundía en gotas;
y pulsos de otro cantaron
mimando su luna azulosa.

El indio que la torneaba
la celó como a la esposa
y su prestado destello
al beber me vuelve hermosa,
y yo dejo siempre un sorbo
para la sed que la ronda.

Se vuelve lacia mi mano,
grisea el lino en mis ropas
y ando viendo, ando buscando
boca que mi sed conozca.
Porque ya oigo que llaman
las señales urgidoras
de otra esfera presurosa
y no quiero que ella quede
olvidada, vana y rota.

R E L I G I O S A S

ARCÁNGELES¹³

Ángel Miguel, vaina del rayo,
de frente a pies filo de espada,
descenso recto, y al arribo
la tierra hendida como granada.

Ángel Gabriel, mano de aurora
a nosotros abajada.
Una aldea dormida mil años
y un techo abierto por llamarada.

Ángel Rafael, único hombre.
engaño de cuerpo, mentira de marcha,
engaño divino de diálogo,
y Tobías, la carne curada.

Trío de arcángeles, tiempos de fuego:
el uno vino cuando el alba,
otros llegaron a la tarde
y la tierra fue alanceada.

Se abre el silencio por tres flancos,
se oyen límpidas las tres dagas
y después de tocar la tierra
a los cielos son rebotadas.

Entran al cielo como petreles
o como piedras hondeadas.

13 Agregamos la estrofa faltante con el tercer arcángel: Rafael, que no fue incluida en la edición de 1991.

Cuentan delante del trono en fuego,
dicen delante de la cascada.

El dragón ya no da la muerte,
a Tobías la luz fue dada
y las manos de Myriam, la hebrea,
doradas entregan la gracia.

ESPÍRITU SANTO

A Esther de Cáceres

Hornaza de los astros
que va soltando signos,
vieja llama primera,
disco encendido;
de ti fue que rodamos,
de ti vinimos.

Como troncos tirados
a noche, polvo y frío,
como los minerales
oscuros y tendidos,
hasta que nos aúpes,
aquí seguimos.

Desde el hierro y la brea,
la ceniza y el cisco,
desvariarnos, cubiertos
de escarcha y cardenillo.

Dueño del fuego blanco,
pecho, nidal, arrimo,
rumor de rama leve,
paso, siseo, arribo:
llégate y posa,
reverbero divino.

Como que estabas
y no hiciste camino,
vela velando,
presente y cristalino,
más cerca, más que el hálito
y que el sentido,
y forrados de noche
no lo supimos,
por mareas y dunas
ensordecidos,
grava y polvo en el flanco,
y en el sentido
nieve o pedrisco,
y cayendo a la espalda
nada entendimos.

L A R E M E M B R A N Z A

Desde que me recuerdo en esta carne
y esta caña de sangre, yo te busco,
y desvariada voy por la memoria
que no me deja nunca, y que de aguda
la vigilia y el sueño me alancea.

Y cuando se derrumba esa memoria,
como el ciervo alcanzado me desangro,
y valgo menos tirada en el polvo
que el carrizo o la larva pisoteada,
y vuelvo a ser la hija que no sabe
el rumbo del hogar, y no recibe
en cada noche hostil su derrotero.

O soy la niebla de rodillas rotas
gateando por dunas que no aúpan,
burla del caminante o del cabrero,
o me siento racimo desgajado
que sin vendimia cayó de la cepa.

Como una isla cortada por tajo
y que nos lleva consigo, recobro
a veces un país que ya me tuvo
sin veleidad de locas estaciones,
y el día no llamado que regreso,
y la bandada como de albatroses
de mis muertos me encuentra y reconoce,
y toma y lleva en río poderoso.

Digo, les digo: llevadme, llevadme,
al eterno, al país sin estaciones

y no desmayan plegaria ni canto,
y me aguardan sin olvido y mengua.

¿A qué la rueda de las estaciones,
a qué la vana lentitud del año,
con su torpe ración de noche y día,
la raya mentirosa de la ruta,
y el sol devuelto que nada devuelve
ni la voz reidora de la madre
ni el perfil dolorido de la hermana!

Me acuerdo, sí, cuando el día y la hora
benditos son y todo lo devuelven.
No pesan ni la sangre ni el sentido;
nombre no tengo, edad, caña adamita,
y cuento con nudillos de indio quechua
lo que resta de noche y cautiverio.

Y de pronto se rompe la memoria
como cristal infiel de jarro herido.
Y es otra vez el costado en la peña
que sangra sin encía, y muda mata.
Y es mi ancha aventura arrebatada
como por fraude, befa o mofa oscura,
y el yacer en la arena innumerable,
al duro sol, con dogal de horizonte,
redoblados la sed y el desvarío.

No me retires este corto vaho,
este harapo, esta brizna de memoria
incierta que se allega y se rehúye,
silbo tuyo que se hace y se deshace,
palabra que se allega y nada dice,
o se deshace dejándome sílabas

que quedo balbuceando sin sentido,
o que voy repitiendo como el loco.

Un auxilio de ti para acordarme
con memoria violenta, alzada y vívida.
Quiero acordarme más, quiero acordarme,
coger como península que se hurta
la vaga patria de bruma morosa
que los sueños me rasa de dormida
y me burla en neblinas de despierta,
isla querida que en jirones baja
y que antes de arribar se vuelve un hálito.¹⁴

Memoria, quiero ahora, más memoria
para pasar el vago y corto sueño,
a un soñar poderoso que la sangre
no pueda sacudir, al sueño denso
que no partan el grito ni la flecha.
¡No más volver como el ciervo o el gámo
que regresan al valle de su leche!

14 Incorporamos esta estrofa hallada en otra de las versiones conservadas de este poema y que lo completa.

VINE DE OSCURA PATRIA

Vine de oscura patria y claro dueño
sin saberlo o sabiendo vagamente,
sin escoger ni valle ni faena,
y vine ciega, y ciega voy y vengo.
¿Quién me diera el saber por qué camino
en turno de praderas y espinales!
¿Por qué me hablan en lenguas que no entiendo
y no más que una vez la que me dieron?
¿Por qué nombres me dan que no son míos
y solo en el soñar el verdadero?

Me he de interrogar sin que respondan.
Me dan el pan y nunca me contestan.
Lechos me dan y fábulas me cuentan
para hacerme dormir o despertarme.
Pero lo que me aprendo cuando sueño,
aunque es lo mío yo me lo reniego.

Una densa embriaguez me dio la tierra
desde que abrí los ojos y la tuve,
fue un entenderle las palabras mágicas,
“océanos”, “montañas” y “ pinares ”.
Pero al silbo de un niño que me llame
o a la voz del hermano, acudo, acudo
y pierdo el tronco angélico de musgos
que me tenía, o la arena salada
en donde sin memoria, era dichosa.

P A S C U A S¹⁵

El niño es recién nacido
de tanto que era esperado.
¡A buscarlo y encontrarlo!

Nadie se quede en las casas
porque todos son llamados,
y hasta el ciego va buscándolo.

No es día de moler cobres
ni de regar lo sembrado.
¡Digán qué es lo que ha pasado!

De tantos nombres que había
uno solo va quedando,
nadie lo había llevado.

¿Qué ocurre en ese pesebre
que era asunto de ganados
para estar así agitados?
Es que miran y no ven,
o es que ven, pero no entienden.

Todos, todos
y nadie, de tantos que somos
se lo había adivinado.
¡De esto estamos azorados!

15 De acuerdo a las indicaciones de la autora, fusionamos en una sola versión las dos que presentó la edición original de este libro. (N. de los Eds.).

Vengan los iluminados
a ver al recién nacido.
No se queden azorados,
dejen hijos y ganados.

Vamos a seguir llamándolo
cada noche y cada día
mientras lo mece María.
Qué dirán, que cielo y tierra
y Belén que lo esperaba
delirante noche y día.

Y las mujeres y niñas,
que saben todo lo arribado,
no entendieron ni contaron.
Respondan, ¡labios pegados!

Yo que iba por carne y pan,
ahora me quedo embobado.
Se ve, sí se ve: ¡mirad!,
un niño y una mujer.
¿Pero por qué los dos tienen
unos rostros tan azorados?
¿Qué hago en pesebre parado?

Yo voy saliendo por pan,
pero no hago mi mandado
ni me deja seguir, ¡no!,
un niño que me ha mirado.

La madre se lo contempla
y yo lo quiero ver, ¡ay!
—Ah, ah, mujer..., ¿quién es él?
—El prometido y llegado.

PADRE VEEDOR

Padre veedor, padre amoroso,
guárdala, guárdala, guárdala
de sanguinoso horizonte,
de nieve que besa y mata,
de neblina que toma y ciega,
y de las playas ensalmueradas,
y del espíritu que va en el viento
aullando oscuras palabras.

Señor, dueño de los caminos
de greda roja y greda pálida,
que la marcha haces aérea
y liberas nuestras plantas
del filo de cuarzos crueles
y de huella ensangrentada,
y el paso vuelves alácrito¹⁶
o lento como la balada,
dale el ritmo del llanto lento
o el de la vicuña cauta.

Padre, sin dueño como los mares,
lleno de silencio o de hablas:
afina, afina su oreja de ave
para la lenta sierpe ondulada.

16 Gabriela Mistral emplea varias veces en *Lagar* este término, que derivó del italiano: vívido, alegre, gozoso, ágil. En su origen proviene del latín *alacritas*, que significa prontitud, viveza, alegría, gozo. Y en español se usa como *alacridad*: alegría y presteza del ánimo para hacer algo. (N. de los Eds.).

Padre, secreto como la mina,
como el nido o como la valva:
óyele el paso cuando le falle
o le mengüe como la lágrima.

De cuanto hiciste que alienta y corre
por serranías y por llanadas
se le parecen la golondrina,
la codorniz y la venada,
la rama dulce de la mimbrera
y la gaviota en la venteada.

Mídele viento, sol, arena
y desvíale la tornada,
y la rama del pino abájale
cuando en ella la alondra canta.

Va caminando los tres senderos:
el del aire, la arena, el agua,
el invisible del destino
y el inaudible de la gracia.

Dale el vuelo de la gaviota,
dale una mar jesucristiana,
un corro de estrellas amantes
y la canción que la lleva embriagada.

Aunque tus ojos la conocen,
te la digo por acercártela:
ojos ha sido para una ciega,
desvelo para una desvelada,
oído alerta para el grito
que se oye en noche de tornada.

ACCIÓN DE GRACIAS

Gracias, Señor, por el día que asoma
devuelto como el padre y el hijo.
Lo esperamos sumidos en la noche,
pero volvió como el que vuelve a amar
y regresó como el que mucho ama,
y con él van y van llegando
el bosque cantor y el mar arrebatado,
el rostro de la madre y el del hijo,
y los caminos borrosos de miedo.

Gracias, Señor, por la ruta que hicimos
cegados de la niebla maldadosa
y por los ojos vivos del arroyo,
y por el canto ya devuelto de la alondra.

Gracias por cuanto regresa devuelto
al oído del hombre y de la bestia,
y por la risa de los pescadores
que van guiñando a la ola y la pesca,
y a la mujer que en umbral espera
con el vaso de leche y con el beso.

Gracias te doy por el tordo vehemente
que canta y canta en la higuera escogida
al alba en cuanto sabe que es la primavera
y al crepúsculo allá en mi valle
que me ama y espera,
y a donde he de volar porque él es mío,
y suya soy, y lo sueño y lo vivo
así despierta y lo mismo dormida.

R O N D A S

RONDA DEL AZÚCAR

El Día de los Reyes,
¿quién la ve, quién la vio!,
la madre caña muerta
resucitó.

Se levantó de rueda
de muerte y aflicción,
trocada de semblante,
talle y color.

Golpeando en las cabañas,
la caña regresó.
Entró por estas puertas
riendo madre caña entró.

Regresó sin heridas
de ser hija de Dios.
La vuelta dio a la mesa,
sonriendo se sentó.

Cogiendo nuestras manos
al centro como un sol,
ella baila la muerte
y la resurrección.

A palma y a tabaco
echó su bendición,
sumisas nos sentamos
todas alrededor.

Traía el pecho blanco
y no traía voz,
y a todos hizo niños
de solo su fulgor.

A todos fue tomando,
a todos abrazó.
Al signo de su mano
el baile comenzó.

Del Día de los Reyes
bailamos hasta hoy
la muerte de la caña
y la resurrección.

En medio de nosotros,
¿quién la ve, quién la vio!,
la madre baila y baila
muerte y resurrección.

Y clara su garganta,
¿tan dulce el corazón!
Vengan a verlo todos,
venga quien no lo vio.

Al centro de nosotros
la caña hija de Dios
está tirando luces
y dando resplandor.

Los negros tumbadores
de Reyes
perdones le bailan,
perdón, perdón.

Chis, chas, ¡ay, caña dulce!,
¡ay, machete de hiel!
¡Chis, chas, el filo es de hierro,
pero la caña es de miel!

R O N D A D E L A Z A F R A

La isla Siboney
se dora de su hazaña
y se nos vuelve madre
cuando sube la caña.

De sur a norte el santo
cañaveral la baña.
A gozo huele el aire
y a Cristo la campaña.

Las gentes de la zafra
partimos espadañas
y vamos desnudando
la espalda de la caña.

El golpe jadeado
los filos nos empaña.
¡Se rinden los machetes
en cuellos de la caña!

Amor de cortadores
es el amor con saña.
Queremos y tumbamos
la santa madre caña.

RONDA DE LAS MANZANILLAS

La ronda que más nos gusta
es la de las manzanillas:
desde todo tiempo gira
blanquiverde por las villas.

Juega desde todo tiempo
y llamando a las chiquillas,
a más que baila más crece
de loca y ambiciosilla,
y la bailan con nosotros
pájaros y bestiecillas.

En alguna parte empieza
pequeña como chiquilla
y cuando sube su canto
ya se vuelve maravilla.

Tiene miedo en el comienzo,
apenas se oye y se mira,
y a cada vuelta se agranda
lo mismo que cosa viva.

Y las que hacían la siesta
se despiertan sorprendidas
hasta que el campo resuena
como si fuese la trilla.

Esto pasa cuando ya
la primavera es venida
y danzan sobre la tierra
ancianos, mozos y niños.

Aunque les digan que muero
me verán como en neblina
danzando en mi Montegrande
como una loca perdida
con la vicuña y la alpaca,
con el huemul y la ardilla.

No digan que yo no canto
ni por campos ni por villas.
Es que de loca, la ronda
no me siente ni me mira.

La ronda que más nos gusta
es la de madres chinchillas,
pequeñitas y calladas,
y viviendo entredormidas.

De no ser vistas se cansan
y pasa que cualquier día
al cielo suben a dar
ronda a la Virgen María.

Lo verde se muda en blanco
y de blanco en cosa viva,
y toda la tierra canta
voceando lo sucedido.

Que el invierno ya está lejos
y el Cristo es recién nacido,
y que la Virgen María
con el mundo canta su himno.

No quedar puertas adentro
con lo viejo y aprendido,
sin saber que está en la puerta
la Virgen trayendo al recién nacido.

R O N D A D E L M A R

La ronda está bailando
a la orilla de la mar.
No cantarla en la tierra
que no sabe cantar.
¡Ea, ea, llegar al mar!

Verdean, verdean los pastos,
todavía no saben cantar,
cuando suban volveremos.
Ahora solo canta el mar.

La ronda se baila cantando
y el buen cantor es el mar.
Las hierbas son niñas pequeñas,
todavía no saben cantar.

De miedo no canta la hierba.
Nunca tuvo miedo el mar.
Los valientes vamos buscando
¡al mar, al mar, al mar!

RONDA DE LA HIERBA

Ya verdea, ya verdea
y va subiendo el pastal,
calladita va subiendo
y nunca llega hasta el mar.

Soñando vive la hierba,
¿qué sueña, qué soñará?
Soñando sube, soñando vive
y no canta como el mar.

Las muchachas cantamos la hierba.
Los mozos le cantan al mar.
Cuatro semanas, cuatro semanas
y madre hierba ya volverá.

Bajito, canta la hierba
algo nos dice: ¿qué será?
Cuenta que baila dos semanas,
dice que quiere bailar más.

¡Ea, la hierba pequeñita!
Oígan que quiere vivir más.

Baila, baila, generosa,
los pocos días que te dan.
Volveremos a verte crecida,
pero no subas mucho más.

Como canta tan bajito
callemos para escuchar.

Apenas se oye su palabra,
pero ya no va cantando más.

Sosiegue ese viento loco,
vaya a perderse en el mar.
¡Cómo las dobla, cómo las ríe,
cómo las tiende el caporal!

No pueden nada sin dar gritos,
pero suben cuando él se va,
cansado se va alejando,
¡más y más, y se pierde en el mar!

RONDA DE LA CREACIÓN

Vamos a tejer la ronda
de la creación.
Lo primero fue la tierra,
lo segundo el sol,
después fue Adán y Eva,
y Eva, la traición;
después los animales.

Gracias de tantas gracias
que vos, Señor, nos das a la mañana.
Gracias a la buena madre tierra
y del padre sol, y ronda de sol.

Gracias a la patria libre
de tierra y de sol,
a la nuestra madre tierra
de las flores y las frutas
que dicen su amor
y el día que se levanta
por acto de amor.

VAMOS A BAILAR LA RONDA¹⁷

Vamos a bailar la ronda
viniendo el día de Dios.
Todas, todas, todas,
que la noche ya acabó
(en la mañana de Dios).

Se acabó la ciega y muda
desesperación.
Se fue como una mentira,
en el mar cayó.

Vamos a bailar la ronda.
Se acabó el invierno largo,
desapareció.
Va que corre, va que vuela
antes de que caiga el sol.

17 Hicimos un enroque en la ubicación de este poema, por considerar que es el cierre natural de la serie. (N. de los Eds.).

V A G A B U N D A J E

LA GRUTA

De tanto andar llegué a la gruta
y entré por el hueco de piedra.

Si me buscan no me hallan,
será mejor que no vengan.
He vivido tantos soles,
tantas lomas y praderas,
que me cansé de tener brazos
y tener nombre en esta tierra.

Buena está la gruta del cuento,
tan dura y blanda que era ella,
lavada de olas tardías,
lamida, gusto a salmuera,
y hace silencio y hace noche
cuando baja la marea.

No quiero salir, no quiero irme
y perder esta ceguera.
En la luz en donde se ve
madre viva y madre muerta,
a mis amigos oigo que gritan...

Pasen ahora por la gruta
y en recovecos me rastrean.
Yo no contesto, yo no me muevo
y sosiego cuando se alejan.

La gruta llena de resaca
de día y de noche es buena.

En una costa que nunca vi
vine a encontrar madre de piedra.

Nada se habla, pero se mueven
unas esponjas y unas estrellas,
y no se acaba nunca la gruta
que me contaron tan pequeña.

Madre gruta que con helechos
juegas, cantas y entregas,
déjame oírte arpa mujer
y escóndeme de ella.

Bueno es todo lo que no mata,
buena es la vaina de la piedra
y ahora es bueno lo que me ciega,
lo que es vivido como mi pena.

Y en la garganta de la roca
cabén las cosas que me quedan,
cabe mi pecho con memoria
y la sangre mía y de ella,
y la locura con que la veo
cuando la santa noche llega.

Y las palabras se me vienen:
¡madre mía, blanca cordera!
En lo ciego qué bien la veo;
viene del mar, blanda se allega.

Llegas como las olas
medio alta, medio deshecha:
—Hijita mía —llega y me abraza,
y como madre me aprieta.

DESPEDIDA DE VIAJERO

La misma ola vagabunda
que te lleva te devuelva.
La ruta no se te enrosque
al cuello como serpiente;
te cargue, te lleve y al fin te deje.

Los que te crucen y miren
de ti se alegren como de fiesta.
Pero que no te retengan
tras de muros y cerrojos
la falsa madre, el falso hijo.

Guarda el repunte del acento,
cela tu risa, cuida tu llanto.
El sol no curta la frente;
la tornada no te enronquezca
y las ferias y los trueques
no te cierren la mano abierta.

Nadie te dijo de irte.
La tornada no te empuja.
El banco de peces hierve
llamando a sus pescadores.

En la mesa te tuvimos
como alto jarro de plata.
En el fogón escuchándote
te dijimos “pecho de horno”.

Bajo palmera o tamarindo,
despierto o dormido, entero o roto,

Rafael arcángel vaya a tu lado
y tu isla de palmeras
raye tus ropas, bese tu cara.

Enderézate entonces y salta
como el delfín a las olas.
El rumbo este como el tábano
te punce, te hostigue y te venza.

Vuelve, hijo, por nosotros
que somos piedras de umbrales
y no barqueros ni calafates
que rompimos los remos
y que enterramos las barcas.

En la costa, curvados de noche,
te encenderemos fogatas
por si olvidaste la ensenada.
Te pondrá en la arena la marea
como a alga o como a niño,
y todos te gritaremos
por albricias, por albricias.

En corro, en anillo, en nudo,
riendo y llorando enseñaremos
al trascordado a hablar de nuevo,
cuando te broten y rebroten
tus gestos en el semblante,
nuestros nombres en tu boca.

UN EXTRAVIADO

Nada ves y nada viste,
nada has entendido, hermano.
Nadie come el pan del otro,
alto, sabroso y dorado,
y del reino que negaste
nadie te ha robado, hermano.

Nadie te arrancó la dicha
de la que vas viudo, hermano,
ni por cerros ni por playas
la tuvo tu rostro pálido;
la dicha ojidorada
nunca te la arrebataron.

Nadie te puso de noche
en el morral ni en el vaso
la ola de hiel acérrima
que se te viene a los labios,
tampoco tus soledades
de hombre que no tiene hermano.

Nadie te persigue huido,
ni te hostiga en arribado,
ni te da lecho de ortigas,
ni la almohada de quebranto.
Abel ni Seth te hicieron
solo tu alma, sin descanso.

Nadie siega como tú,
siempre la ortiga y el cardo,

la hoja de la genciana,
el tuero de tallo amargo,
solo el limón de tu pecho
que muerdes desesperado.

Hombre, niño, ni mujer
han de tu esencia robado
lo que te diera Dios padre
que de ninguno es trocado
para que muerdas tus puños
y sangres desesperado.

Triste vas del bien ajeno,
débil como el desangrado,
y el que llamas tu enemigo
reza por saberte salvo,
y a más odias, más te crecen
las pupilas de extraviado.

Va a ti quien camina siempre,
a ti sin ser arribado
te halla dormido o despierto,
te pasa y repasa en vano,
pero sin ti nada puede
tu pobre padre enclavado.

Nadie ha despojado nunca
a mar ni río del canto,
no ha rebanado a la llama
en su cogollo abrasado.
¿Y tú imaginas que apagas
la garganta de tu hermano!

Tu reino te dio el que da,
pobre Caín extraviado,
y preferiste jugar
con sangre de tus hermanos
para hallarte cuando caigas
sin cuerpo, y sin alma, hermano.

EL HUÉSPED

No quiero que diga su nombre
el desconocido.
Tantos nombres están manchados
que solo es puro el de los niños.

Y no quiero que me diga su patria,
el desconocido.
Con decirla ya se aparta
de este umbral, y de este nido.
Y no quiero que vea mi cara
el desconocido.
Pensará que ha de contarme
su ruta, su madre, sus hijos.

Que tenga, quiero, el silencio
para mascullar su destino
o escarmenar su fracaso,
tenga la escalera suave, lecho
tenga este hálito de los pinos.
Después la oración por los suyos,
la miga densa del sueño.

Parta mañana sin nombre
de oficio, de patria y puerto,
tarareando el mismo aire,
y dueño de su secreto
desdeñador de las bocas
que para ofrecer la leche
el pan sobrado, el café denso,
le cobran el Dios, la sangre
y el blancor de sus ojos ciegos.

Dulce está, dichoso está,
hermano devuelto parece
reconciliado de silencio,
acariciado por las cosas,
intacto y fiel en su silencio,
sin pensar que perdió en la ruta,
silencio en las comisuras,
las rodillas y los pies juntos,
y ya el sueño le espolvorea
ceniza, y en silencio
su polen, su arena...

CANCIÓN DE LAS NIÑAS CATALANAS

La canción me la traje entera,
la canción, niñas catalanas.
Al regreso he de cantarla
tal como me fue cantada.
Si la oís será que marchó;
si no es que fui arrebatada.
Cantad entonces mi canto,
que es con fe y sin esperanza.

P O E M A D E L O S H E B R E O S

Ya se asoma, ya viene, ya arriba
la madre que estuvo perdida.
Nunca creímos la fábula
de su muerte en noche o día,
el sol y la luna nos vieron
cantar a la madre nuestra,
e hija nuestra,
año por año, día por día.

Ninguno te olvidó nunca.
Del nombre tuyo se vivía.
Caminabas nuestros caminos,
al primer sol aparecías
y en la noche que todo lo pierde
la cantábamos como en el día.

Caminábamos de noche
como por ruta sabida,
nombrándola y apresurándola
con gozo o con acedía.
Entera y hermosa y cauta
llegaba la nunca rendida
en los caminos y en las posadas,
mentándonos de nuestro nombre,
sonriendo de su sonrisa
y en el silencio de la noche
su grito de madre venía
para decirnos: —No hay tiempo.
Sigue soñando lo que veías.

En espera está el olivo,
ríen los cañaverales
del día, del mes, del siglo
y cruzan mentando tu nombre
David y el señor Jesucristo.
La tierra se llama Esperanza
y el cielo se llama lo mismo.

Nombren los otros la muerte.
Nosotros nunca la vimos
en desiertos, en huertas y en islas,
en ciudades ni en caminos.
Vivos, vivos nos hablamos
en el desierto y en las montañas,
a la mañana y a la noche
como mareas que juegan,
y la muerte no conocimos.

Tuvimos un sueño largo
como de viejos o de niños.
En el sueño hablábamos lenguas ajenas
que a la mañana ya eran olvido.
Pero el sueño fue nuestro padre
y nuestra madre y nuestro hijo.

En toda mañana de gloria
y en la sangre del martirio
cantaremos para olvidarnos,
por recordar cantaremos.
Sobre la tierra, bajo los cielos.
Dormidos como despiertos.

T I E M P O

¿A QUÉ?

¿A qué la casa y la huerta,
a qué la nueva mañana,
a qué el mar y a qué la ruta,
aunque él hable y ella cante,
a qué el sueño y la vigilia,
y la puerta acostumbrada?

Quiero dormir sin soñar
a menos de que por gracia
en esta noche sin horas,
sin Casiopea ni Sirio,
vayan llegando devueltos
los míos a su morada.
¿Dónde están? ¿Fueron tan lejos
que ni el alma los alcanza?

Esta noche, esta que llega
rasa de fe y esperanza,
ciega noche no pedida,
sabida, ni adivinada,
¿quién la llamó, quién la trajo,
quién la hizo desesperada
y quién la dobla y la manda?

Y si no viene hacia mí
como flecha destinada,
¿hacia quién es que ella iba
con lo absoluto de su alma,
así lenta, así transida,
así rasa de esperanza?

¿Qué más busca, qué más quiere?
¿Hay más? ¿Por qué no descansa?
¿Es que el día fue arrasado
con su signo y con su gracia,
y se rindió de mirarnos
viles del alba hasta el alba?

EL TIEMPO

Solo un flechero hiere a medio pecho,
solo uno sangra a la grey adamita
y ese me hirió desde el día primero,
y a ese flechero lo llaman el tiempo.

A todos los que quise él alcanzaba.
Todo lo que me tuve era su reino.
Se abajaba a la fruta y a la bestia,
a la paloma, a la madre, a la hermana.

Me lo contaron cuando yo era niña,
pero yo me lo oí como una fábula.
Árbol, madre y hermana eran del tiempo
como la patria de la cual yo arribaba.

Golpeó a mi boca el oficio del canto
solo a la hora del perder con sangre,
del árbol que con sesgo se renuncia
y la derrota de manos vacías.

Miré al ladrón de la hora y el día
en la espalda vencida de mi madre.
Fue mi enemigo solamente el tiempo,
solo el despojador que va sin rostro,
el arrebatador mudo y nocturno.

¡Ni hambre, ni sedes, ni el odio me hirieron:
solo el despojador con brazo de aire!
No lo quise aprender como una lengua
y una ley y un país, y un padre oscuro,

y me voy yendo sin decirle “padre”,
porque vine de patria en que ninguno
perdió el amor y la dicha ganada.

I N V I T A C I Ó N

A L A

M Ú S I C A

INVITACIÓN A LA MÚSICA

Vamos sin barco, vamos sin remos
y trocados en nuestra alma,
y dejando lo que hubimos
caído y sin esperanza,
por ríos de libertad,
con cadenas canceladas.

Para olvidar en su vaho
la memoria ensangrentada,
vamos a islas sin nombres,
veraces o desvariadas.

¡Todo está cayendo en polvo
como las monedas falsas,
lo soñado y lo vivido,
el castillo y la cabaña!

La piedra, el hierro, las cales,
los cánticos, las baladas,
nuestro canto y nuestro sueño,
y la fe sin la esperanza.

Por eso por tierra estamos
con la tristeza de la manada,
que trepó cuestras y encuentra
solo nieve en las montañas.

Desengañados de ríos,
incrédulos de las antártidas,
de las edades de hierro,
de vellocinos y cábalas.

Nos vamos por este golfo
o aquella nube inflamada,
todo ella vuelo de arcángel
más leve que alción y barca.

Nos vamos por el torrente
desbocado que arrebatada,
aupados por lo divino
sin balbucear palabra.

Desnudos y sin lamento,
criaturas que fueron robadas,
de lo amado y lo servido,
y del hoy y del mañana.

Cuanto labramos, cuanto hicimos
—redes, fosos, torres, casas—,
todo paró en servidumbre,
todo en fruta encenizada,
menos ésta que mece y mece
con regazo y sin palabra.

Vamos huyéndonos por ella,
en fuga que toma y salva,
con madre leve y sin peso,
sin rostro como la gracia.
Tómenos la vieja madre
sin cobrar sangre ni lágrimas,
con dejo de bosque al viento
sin bulto, nombre ni casta.

Tu rostro nunca lo vimos,
solo seguimos tu espalda.

Vamos contigo sin verte
sobre esta fe de fantasmas,
ignorando a dónde llevas
sabiendo que tu amor salva.
¡Liberados de duros dueños,
sin pesadumbre a las espaldas!
Vamos contigo, sea la noche,
sea la siesta, sea el alba.

Virgen nacida y no nacida,
de los sin rostro, así prestada
que no se muere por vendida
y continúa de acabada.

Sigue cantando bajo la noche
y no te rompas con el alba;
si esta no llega, dobla tu canto
para apurarla en las montañas,
sin que te llamen, como a María,
y más ardiente cuando llamada
siguiéndote por los pinares
a la rasa noche estrellada,
y para todos o ninguno.

Todavía no éramos y eras
cantando tu himno y no escuchada,
y las tinieblas se sentían
de voz y número rasgadas.

Tal vez temblando nos ensayas
en cuarzos,
gimiendo desesperada.
Tal vez los aires que vas cantando
no son arias.

Tal vez no estamos, ni nacimos
y tú cantas por que nazcamos.
Si te oímos y no te vemos
será que buscas el burlarnos.
Si te amamos así sin verte,
y te amamos perdidamente,
será que en sueños te nombramos.
Será que dentro de ti estamos.
Mejor si Eva ha sido estéril
y tú eres la destinada,
y estás cantando canción de cuna,
embriagada de apercebida
y sin pisar aún las plantas.
Será que esperas otra tierra
y otras mares tornasoladas.
Será que cuando te nombramos
solamente cruzas y pasas.

POEMA DE CHILE

Monte Aconcaagua.

Yo he visto, yo he visto
en monte Aconcaagua
me dura en los ojos
aquella lunilirada.

Tronda la noche grande,
suelta las mananas,
se esconde en las nubes,
(hace el clown con las nubes)
bórrase, acaba...

Y sigue pastoreando
detrás de la nubada.

Ni sube más ni baja,
~~de fier~~
de aborto, no avanza.

Sólo nos pastorea
con lomo y llamarada.

Aunque
de que le corren siete
metales las entrañas,

de aborto
de dios
de ahora y de hoy
no cigan y no malay

copiado - Dic. 10, 1953

Este día ya no digas

más que me la sigo viendo

y se me clava ^{para dentro} en los ojos

en los ojos veinte cuervos

aunque ella sólo sea un cerro

Eh, señora, blanca, blanca

miedo que das, puro miedo!

¡Por qué no se acuesta nunca

y no se baja? No entiendo

Yo jugaría como ella,

con susto pero riendo.

mas ella está encerrada y siempre y no se abaja a nunca

Le grito por tí responde y apenas responde un se,

¿siempre va a estar así, mamá? ¿Por qué estás riendo?

- Porque a la vez tú la pueras y no la pueras ¿no es?

Es esa mala que me + así ¿Me vas entendiendo?

- A tí te han querido así? que me pones ese gesto?

¿Almój, vos se parece al sí y al no. al mismo tiempo

CHILLAN

La ciudad de amasanderas
cultidores y alfareros,
tiene tendones heridos
y si no sé qué de lo huérfano,
y a medio alzarse nos cuenta
de su tercer nacimiento.

El Volcán ^{haja} ~~salta~~ a buscarla
por - - - - y refrigerio. como quien busca su oreo
Pero ella, como Perséfone
le hurta el abrazo trenendo,
y de todo tiempo dura
su amor sin aplacamiento.

Por
Se la Feria de Chillán
dónde rebrillen en cercos
raíces, volaterías,
riendas, estribos, aperos,
cruzaremos sin pararnos
y azuzada del deseo,
porque los tres vagabundos | porque la que va en fantasma
voz no lleva ni dineros

Arden- - - ^{eras} ~~casas~~ chillanejas

y salta una llamarada
de - - - -
Ternuras habuceamos al
al Padre oídos abiertos

BIO-BIO

^{ay}
Yo no quiero que me atajen
sin que vea el río lento
que cuchichea dos sílabas
como quien fía secretos:
dice Bio-Bio, y dícele
en dos estremecimientos.
Me he de tender a beberlo
hasta que corra mis tuétanos.
Foco lo tuve de viva,
pero ahora me lo tengo,
larga cuchillada dulce,

abajada a balbuceo,

Así Dios "dice" y responde
con puro estremecimiento,
con respiro susurrado,
temiéndose pecho a pecho,
que no levanta el pecho.

Te oímos. lo-
Y así los tres, ~~estamos~~
tuados en pastos crespos
quedados como sin tiempo,
y en arroyos que surgen
ajetados que bobujan
los pies de niño y de ciervo
el su pasar sempiterno.

No sabemos irnos, no
ocidos de este silencio

→ Agua mayor de nosotros,
red en que nos
barridos como fuen,
pero sin golpe de ~~trueno~~
Luz y luna picadillo,
Cabra herida, ~~primera~~
empuro.

LAGAR II

MADRE BISOJA

Esta que era la que era !
la Chea Bisaja y ancha
que de lo vieja y lo nina
al verla se desbariaba.

parecia
Y mirarla conturbaba
por ser Bisaja y doblada :
que un ojo suyo era negro
y el otro color genciana.

A causa del ojo azul
su dia se adelantaba
y por el ojo sombrío
la noche ~~la~~ abria sus arcos.

Y lo mismo la llamaron
la Verde que la Nevada
y la ~~Mano~~ *manita* dedos cortos
y la Mujer Manco Anchas

Arcueba el cielo su brazo
dandola por ahijada
y ella lo miraba absorta
recibiendolo en cascada

Por el ajetrear de dia
y hacer de noche jornadas,
casa techada no quiso
de intemperie enamorada

LA REMEMBRANZA

Beck

Desde que me recuerdo en esta carne
y esta caña de sangre, yo te busco
y desvariada voy por la memoria
que no me deja nunca y que, de aguda,
la vigilia y el sueño me alancea.

Y cuando se derrumba esa memoria,
como el ciervo alcanzado me desangro
y valgo menos, tirada en el polvo,
que el carrizo o la larva pisoteada,
y vuelvo a ser la ~~hija~~ ^{cada} que no sabe
el rumbo del Hogar y no recibe
en la noche sutil ^{hostil en} tu derrotero,

o soy la niebla de rodillas rotas
gateando por dunas que no supen,
burla del campante o del cabrero,
o me ^{siento} vuelvo al racimo desgajado
que, sin vendimia, cayó de la cepa.

Un auxilio de **Ti** para acordarme
con memoria devuelta, alzada y vívida.

Quis
Quiero recobrar más, quiero acordarme,
coger como península que se hurta
la vaga Patria de bruma morosa
que los sueños me rasa de dormida
o en rocío tocado se evapora,
Me acuerdo, sí, cuando el día y la hora
benditos son y todo lo devuelven.

NO pesan ni la sangre ni el sentido;
nombre no tango, edad, caña adamita,
y cuento con nudillos de indio quechua
lo que resta de polvo y cautiverio.

Como una isla cortada por tajó
y que nos lleva consigo, ^{veo que me vedó}
~~la vaga patria sin terror de caso~~
ni veleidad de locas estaciones;
y la bandada como de albatropes
de mis muertos, me encuentra y reconoce
y lleva y lleva en río poderoso!
Digo: ^{esto} ~~estoy~~ pronto! Digo: ^{ya} ~~voy~~ yendo;
y de pronto se rompe la memoria
como cristal infiel de jarro herido.

Y es otra vez el costado en la peña
que se sangra sin encía, y ^{muerte} mata.
Y es mi ancha aventura arrebatada
como por fraude, befa o mofa oscura,
y el tacer en la arena innumerable,
al duro sol, con dogal de horizonte,
redoblados la sed y el desvarío.

II

No me retires este corto vaho,
este harapo, esta brizna de memoria
incierta que se allega y se rehuye,
silbo tuyo que se hace y se deshace,
a qué ^{la rueda de la vida} ~~la rueda de la vida~~
y a qué ^{la fuerza del viento} ~~la fuerza del viento~~

*de donde me, de donde me
a donde es el país
sin estaciones
y no desmoronam
negaría tanto.
y ~~todo~~ ^{me} ~~que~~ ^{me} ~~que~~
sin dolo y sin
de la mano
de la mano
el día que me reg
con su torpe racimo
de noche y día,
la raya de la noche
y el sol demuelto
que nada demulta
mi la voz ardora de
de la mano
mi el perfil delos
de la mano*

Ronda del Azúcar

Ronda del Azúcar, Ronda

SEGUNDA CANCIÓN DE LA ZAFRA

El día de los Reyes
¡quien la ve, quien la ve!
La Madre Caña muerta
^{muerte}
viva reapareció.

Golpeando a las cañas
la caña regresó
por estas mismas puertas
^{se} erguida entró, ^{se} *se* ^{entró}

Volvió sin tallo verde,
sin nudos y sin flor *de aflicción*
en el cuerpo glorioso
de su resurrección.

Regresó sin heridas;
de ser hijo de Dios. *Cajendo mudo*
La visita dió a la mesa *al centro como*
a todos sonrió. *ella baila la muerte*
7 la resurrección

A palma y ² tabacos
echó su bendición
Sumos nos sentamos
todos alrededor.

LA RONDA DE LA MANZANILLA

-1-

La ronda que más nos gusta
es la de las manzanillas:
desde todo tiempo gira
blanquiverde, por las villas.

Juega desde todo tiempo
y llamando a las chiquillas
en círculo ~~y~~ ^o cadenilla
a más que baila más crece
y la bailan con nosotros
pájaros y bestiecillas.
Eaa, eaa,

*de loca y de
la ambiciosa*

*el cuerpo con la
castor*

En alguna parte empieza
pequeña como chiquilla
y ~~a~~ ^{cuando} más que sube su canto
se ~~le~~ ^{ya} vuelve maravilla.

*con la
7 ardilla*

Tiene miedo en el comienzo
apenas se oye y se mira
y a cada vuelta se agranda
~~lo mismo que~~
como linda cosa viva.

Y las que hacían la siesta
se despiertan sorprendidas
hasta que el campo resdena
como si fuese la trilla.

C O L O F Ó N

Obra reunida de Gabriela Mistral incluye sus textos más importantes y significativos, aquellos que se podrían denominar como canónicos, editados en vida por la autora, y que han sido publicados en libros individuales y en diversas compilaciones anteriores, y también una cantidad significativa de textos póstumos, inéditos y dispersos que estimamos acabados y no en proceso de escritura. La concepción de esta *Obra reunida* es, principalmente, la de una edición de divulgación para un público lo más amplio posible. El texto fue compuesto con la familia tipográfica *Biblioteca*. La forma de este colofón está inspirada en el trabajo que Mauricio Amster realizó en la obra *Impresos chilenos 1776-1818* (1963). Es un homenaje a su contribución al desarrollo del diseño y la producción editorial de nuestro país. Esta edición consta de mil ejemplares y fue impresa en Graphika Impresores. Santiago de Chile, noviembre de dos mil veinticinco.



EDICIONES BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Director	Thomas Harris Espinosa
Diseñador	Felipe Leal Troncoso
Asistente editorial	Carla Salazar Núñez
Secretaria	Araceli González Cerei
Distribución	Nora Carreño Cepeda

UNIDAD DE PROGRAMACIÓN
Y DIFUSIÓN PATRIMONIAL SERPAT

Coordinadora	Valentina Orellana Guarello
Mediación	Francisca Santibáñez Marambio
Diseño	Magdalena Derosas Contreras

Derechos exclusivos reservados para todos los países

Impreso en Chile por Grafhika impresores



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile



PREMIO NOBEL
80 AÑOS

**Gabriela
Mistral**